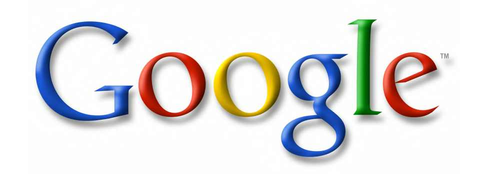




4

OBRAS SUELTAS.

OBRAS

DE

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,

DADAS Á LUZ POR LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO IV.

OBRAS SUELTAS.



MADRID:

POR AGUADO, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Y DE SU REAL CASA.

1831.

EXPLICACION

DE LAS ESTAMPAS DE LOS TOMOS II, III Y IV.

TOMO II.

El asunto de la estampa 1.ª está tomado de la escena X (pág. 156) de la comedia *El Viejo y la Niña;* y representa á D. Juan rasgando las cartas en presencia de Doña Isabel; á ésta llena de confusion al ver la conducta de D. Juan, y á D. Roque acechando á la puerta. El original fue pintado al óleo gratuitamente por el pintor de Cámara D. José Ribelles, y litografiado por D. Alejandro Blanco.

La estampa 2.ª representa el desenlace de la *Comedia nueva.* D. Eleuterio arrebata la comedia de manos de Pipí, y la hace pedazos en presencia de D. Pedro (que aparece en la estampa con el sombrero en la mano izquierda y en accion de dirigirle la palabra), de Doña Agustina, Doña Mariquita, D. Serapio, D. Antonio y Pipí (pág. 283). El original es de D. José Ribelles, y la litografía de D. Vicente Camaron.

La estampa 3.ª representa al Baron dando quejas á Doña Mónica; á ésta procurando disipar sus temores, y á D. Pedro escuchando la conversacion con malicia (pág. 407). El original fue pintado por D. José Ribelles, y pasado á la piedra por D. Alejandro Blanco.

La estampa 4.ª representa el asunto mas cómico é interesante de la *Mogigata.* En ella se ve á D. Claudio que por ocultarse tropieza en una silla y cae al suelo: Doña Inés en-

tra al mismo tiempo: D. Martin aparece en ademan de entrar en la misma pieza: Doña Clara recomienda á su hermana el silencio, y á lo lejos se ve á la criada Lucía, confidenta de los amores de Doña Clara (pág. 538). El original de esta estampa fue pintado por el pintor de Cámara de S. M. D. Juan Galvez, y pasado á la piedra por D. Alejandro Blanco.

La estampa 5.ª representa el desenlace de la comedia *El Sí de las Niñas*. D. Carlos y Doña Francisca se arrodillan á los pies de D. Diego, y Doña Irene y la criada Rita lo presencian (pág. 823). El original fue pintado y litografiado por los mismos profesores.

TOMO III.

La 1.ª estampa de este tomo representa el desenlace de la comedia *La Escuela de los Maridos*. D. Manuel trata de persuadir á D. Gregorio, que aparece lleno de indignacion al ver en la calle á Doña Leonor, á Juliana y al lacayo alumbrándoles con un farol y seguidos de los demas personages que intervienen en esta escena y las dos siguientes (pág. 107). El original fue pintado al óleo por el pintor de Cámara de S. M. D. Juan Galvez, y litografiado por D. Alejandro Blanco.

La estampa 2.ª representa á Bartolo en la comedia *El Médico á palos* (pág. 168), explicando á D. Gerónimo la causa de la enfermedad de Doña Paula: ésta se halla sentada entre ambos, y detras asisten Andrea, Ginés y Lucas. El original fue pintado por el mismo profesor D. Juan Galvez, y litografiado por D. José Antonio Lopez.

La estampa 3.ª representa la sombra del Rey Hamlet refiriendo al Príncipe su hijo el homicidio con que terminó su existencia (*Hamlet* pág. 257): Horacio y Marcelo permanecen

aterrados al lado del Príncipe, y á lo lejos se descubre el mar y el palacio de *Elsingór*. El original fue pintado al óleo gratuitamente por el pintor de Cámara de S. M. D. José de Madrazo, y litografiado por los profesores Blanco y Bellay.

TOMO IV.

La estampa de este tomo representa al Rey moro de Granada entregando las llaves de la ciudad al Rey Católico. Éste y la Reina Doña Isabel se ven á caballo; á su lado el Príncipe D. Juan, detras una de las Infantas y el Cardenal de España, y en seguida el egército vencedor. Forma el fondo de la estampa la vista de una parte de Granada, y por todas partes se ve á los sarracenos confusos y humillados (pág. 103). El asunto de esta estampa ha sido elegido, pintado y litografiado gratuitamente por D. Federico de Madrazo, que á la edad de diez y siete años promete ser digno sucesor de su padre D. José de Madrazo, pintor de Cámara de S. M.

ÍNDICE DEL TOMO IV.

OBRAS SUELTAS.

EPÍSTOLAS.

ODAS.

TRADUCCIONES DE HORACIO.

SONETOS.

ROMANCES.

EPIGRAMAS.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

LA DERROTA

DE

LOS PEDANTES.

Neminem specialiter meus sermo pulsabit. Generalis de vitiis disputatio est. Qui mihi irasci voluerit, prius ipse de se, quod talis sit, confitebitur.

S. Hieronym. Epist. ad Nepotian.

Esta obra no necesita prólogo: por eso no le tiene. Necesitaba notas; pero el autor no ha querido ponérselas.

ESTÁBASE Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en un mullido catre de pluma: un mosquitero verde le defendia de pelusa y moscas: la alcoba tenebrosa y fresca: el palacio en profundo silencio; y el dios bien comido, mejor bebido, y nada cuidadoso. Roncaba pues su reluciente Magestad haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio que se habia quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Pluton, por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se levantó tal estruendo en los patios, corredores y portalon del palacio, que parecia hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio: dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pie, esto es, sin talares, porque Madama Terpsícore,

la mas juguetona y revoltosa de todas las nueve, habia ido poco antes á la cama pasito á pasito, y se los habia quitado por hacerle rabiar. Afligióse sobremanera, y á tientas se puso los gregüescos, la chupa y la camisa; porque es fama que el tal dios no puede dormir en verano, si no depone todos los trastos, quedándose á la ligera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveidile de los dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano, y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto; y al atravesar un corredor vió venir un burujon de gente que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena, y el buen Ercilla conducian á Clio desmayada y casi moribunda, el peinado deshecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. ¿Qué es esto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo: qué es esto? ¿Qué ha de ser? respondió Juan de la Cueva, que venia haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuetes: ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las Musas cual mas cual menos estropeadas, y Apolo nuestro señor muy á pique de quedar por puertas si duerme cuatro minutos

mas. ¿Pero no sabremos?..... No hay mas que saber, añadió Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa y acudir todos á la defensa, sin andarse en aqui me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro.

¡Cáspita, dijo Mercurio, y en qué lindo dia me he venido á comer á esta maldita casa! Bien hacia yo en no querer admitir el convite por mas que mi hermano me molia á recados todos los domingos: mi padre come mucho mejor que él, y mas me gustan dos tragos de nectar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe: no, si yo no fuera tonto, no me sucederia esto. ¡Majadero de mí que podria estar ahora en el Olimpo, mientras mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda. ¡Voto va mi fortuna!

Esto decia Mercurio lleno de indignacion; y mientras unos llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á Esculapio que estaba hervorizando en un tejado húmedo, y otros corrian desatinados de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ageno de lo que pasaba roncaba todavia como un Provincial.

Dióle un pellizco, y otro y otro, y ni por esas podia dispertarle; de manera que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia que entraron en el dormitorio dando alaridos, y remesándose los pelos como unas desesperadas.

¿Qué haces, hermano? le decian á Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Flegon para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitran y ruedas de molino, ataje si puede nuestra desgracia. ¡Ay! y dirásle que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahi los que tiene que despachurrar y hacer gigote, sino un egército el mas formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan egércitos en el mundo.

Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello,

que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. Ay hijo mio: ¿descalabrado estás? dijo Erato: pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales? No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? ¿Qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedicion? No son esos, replicó Polimnia: ni ¿cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versecillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan, y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina: unos, que hacen tráfico del talento ageno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas: otros, que no habiendo saludado jamas los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es

sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demas. Otros y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aqui y de allá, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español, estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos en fin, los que haciéndose intérpretes de la Nacion que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados Príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al cielo al mas piadoso de sus Reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de

todos ellos (*). Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demas. ¿Pero qué me detengo?..... ¡mísera!..... Corre, y verás por ti mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las Musas castellanas se perdieron para siempre.

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detras de él se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre; y el estruendo militar crecia por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcazar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos egércitos (porque segun su número no parecian otra cosa) se combatian furiosamente al pie de la escalera principal; el uno defendiendo el paso de ella; y el otro que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos

(*) Por estas señas se viene en conocimiento del tiempo en que se escribió este opúsculo, que fue á principios del año de 1789, cuando á poco de haber fallecido el Sermo. Sr. Infante D. Gabriel y su Esposa, ocurrió tambien la dolorosa muerte del señor D. Carlos III y le sucedió en el trono su hijo D. Carlos IV. En todo lo demas del opúsculo hay frecuentes alusiones á sucesos literarios y á escritores de aquella época, que reconocerán facilmente los curiosos. *(Nota de la Academia.)*

que se le defendian. El egército amigo se componia de las guardias y dependientes del palacio, y de los Poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistian con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las Musas, esto es, siete de las nueve, porque Calíope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias Ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatian en defensa de su titubeante honor. El egército contrario era una turba confusa de diversas gentes que habia unido por casualidad el furor, y peleaban sin órden ni disciplina, ni gefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses rezelaron mucho del éxito que podria tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacian prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temian verse precisa-

dos á retirarse á las eminencias para desde alli ofender con mas ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos, tanto, que al escucharlas comenzó á temblar de pie y de mano como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir á Terpsícore muy llorosa y cariacontecida, con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos, ¡ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor: los nuestros ya desfallecen: Quevedo y Cervantes, ¡mi querido Cervantes! estan heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban: los enemigos se aumentan sucesivamente: no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

¿Y mis zapatos? dijo Mercurio, ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? Ahi los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera; póntelos aprisa, que para escaparte son que ni pintados. ¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cuclillas y atándose á toda prisa las correhuelas de los escarpines alígeros: ¿yo escapar? no en mis dias: ahora sí, es-

capar: dejadme á mí, y vereis quién es Calleja.

Dicho esto se disparó por los aires adelante como un cohete; y encaramándose á las bovedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes. ¡Ah de abajo! decia, ¿qué tremolina es esta? ¿qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Asi se profana el alcazar de mi hermano? ¿Estamos en algun bodegon? Canalla soez, ¿qué es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto la pelea: alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse; y él, valiéndose de la turbacion que su presencia les habia causado, prosiguió diciendo: mi hermano Apolo quiere que dejeis las armas por una y otra parte: y á vosotros, quien quiera que seais, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretension tuviéreis, me la digais al instante, sin andaros en ambajes ni tranquillas, que como ella sea justa, desde luego quedareis servidos; porque de no hacerlo asi, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses.

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los

de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos recogiendo algunos heridos, se hicieron un peloton. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañifaba diciéndoles que callasen y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado, pues, de ver que nada podia lograrse de bien á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á mano, voló con él otra vez al techo, y desde alli les dijo: puesto que no es posible haya union en vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitais, he pillado á este para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habeis querido decir; pero entretanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotros pasareis tampoco de la línea

de estos arcos: nadie se atreva á insultar á otro: no hagan gestos, ni se tiren chinarritos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, y cuenta con ella: porque si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegais á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recien buhidos, y todos ellos sin estrenar. Esto decia el dios del babeo únicamente para atemorizarlos: porque segun se supo despues, no habia en toda la casa mas instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpomene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate: las tropas se retiraron á los parages señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillan que habia pescado, asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dejaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchon sucio que habia servido muchos años de carbonera, metió en él su presa: torció la llave, colgósela del dedo meñique, y en un santiamen buscó á su hermano que estaba hojeando á toda prisa *El Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y

disponiendo un plan de fortificacion y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni mas ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en extremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio: tratóse de lo que en el caso convenia, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza: que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traido, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier exceso; y en fin, que mientras durase la grave escena, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fue á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso: asomóse de camino á un agujero que caia al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fue en derechura á la carbonera donde estaba su hombre: escuchó un poco por la cerradura y parecióle que estaba re-

citando versos, y asi era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro habia ya compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala suerte, y llorando su prision como pudiera el mismo Macias.

¡Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y qué pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es este el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¿No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pie quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida que el tal improvisante debe de tener manejo y vena.

En esto le abrió la puerta del cochitril diciéndole muy halagüeño: salga acá afuera, señor galan, salga acá afuera, que ya he llegado á entender su habilidad: salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

¡Oh favor! exclamó el de los ovillejos, ¡oh favor! y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los pies una y muchas veces. El dios se resistia; pero no lo pudo evitar: levantóle con mucho agasajo, y el poeta sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenia en el rostro, manos y vestido,

siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podia contener la risa.

¡Que es posible, decia, arqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, que es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo numen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! ¿Pero es cierto, soberano Alípede, es verdad, ó ilusion dulce de mi deseo? ¿Es realidad física, ó extravío de la imaginacion férvida? ¿Es soporoso nocturno rapto, que en la atezada calígine..... No es calígine, ni rapto atezado, ni cosa alguna de las que habeis dicho, replicó Mercurio: mi hermano os quiere ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad que trateis de no hablarle en culto, ni le jugueis del vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcon y le obedecerán al punto.

¿Qué decís, ínclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿tanta cólera podrá caber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible. Si es posible ó no, aña-

dió Mercurio, veréislo despues; y vuelvo á avisaros que si no dejais esas gallardías de estilo, lo habreis de pasar muy mal, señor repentista. *Sileo libenter,* dijo el poeta; y en estas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio y vió que aún no habia venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetia tantas veces que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

¡Qué variedad! ¡qué diferencia! ¡qué opuestos polos! exclamó entonces con voz recalcada y nasal: aqui desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡qué variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quién dirá que un hombre como yo, de tan exquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y obscurecido entre el

vulgo, *profanum vulgus*, sin que un *Mæcenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿qué he conseguido? Díganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratonados en mi guardilla, que jamas verán la luz pública: ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo: esto es, *pauperiem*, la pobreza, *pati*, sea para ti que yo no la quiero: tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doctos es abominada.

¿Y qué obras son estas que conservo? ¿qué felices partos? ¡Ahí es nada! ¡ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios..... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur?* Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegiaco, satírico, epigramático, didascálico y mixto.

Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á

prevencion, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear.

¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿qué diré sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la obscuridad de la carbonera, y á los cendales aráchneos que me cubrian? ¡Pero qué sonetos! ¡qué madrigales! ¡qué romances! ¡qué estrambotes! ¡qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, zelos de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demas la naturaleza..... ¡Ay mi dulce Nise! ¡ay idolatrada señora mia! Esta, pues, Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesion, segun consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi Coleccion manuscrita),

esta es la que encendió mi numen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendria diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias.

Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que como llevo dicho vulneró mi corazon en los adolescentes años, he llorado desvíos, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolucion de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aqui, si quereis la prueba, unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamacion de nuestro Soberano: dicen asi ni mas ni menos, *favete linguis:*

El dia diez y siete del corriente,
Á cosa de las nueve ó nueve y cuarto
De la mañana, se juntaron todos
Los señores que estaban convidados.
Y como era preciso, cada uno
Llevó á la fiesta su mejor caballo;
De manera que cosa mas lucida

Ni se ha visto jamas ni se ha pensado.
   Todos iban de gala, como digo,
Con vestidos muy ricos, bien cortados,
Los mas con bordadura, y los restantes
Á cada cual mejor (si no me engaño.)
   Pues como llevo dicho, se dispuso
La cabalgata, y luego muy despacio
Cogieron y se fueron á la villa,
Segun estaba ya determinado.
   Y al llegar á la puerta.....

Basta, basta, dijo Mercurio, no me reciteis mas versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demas no serán mejores: callad por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el poeta, si esta composicion pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamas de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, *proh dolor!* ni sé cuándo me veré con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! ¡oh ignorancia! ¡oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! ¡yo sin haber almorzado todavía! ¡yo debiendo cincuenta reales al P. Procurador del Carmen por los alquileres de mi desvan! ¡yo que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sanchez*

de Matrimonio! ¡yo que he escrito un curso completo de artes y ciencias que puede ir en carta! ¡yo que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¿Quién ha sido el coco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte? ¿quién ha hecho callar á tanto hombron erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfion harmónico? Sí señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de crítica, que aun manuscritas han dado terror al orbe; ¿qué sería, ¡oh Cilenio raudo! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? ¿Pero qué me canso en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo..... El mismo infierno con todas sus furias desatadas debeis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio: ¿qué es esto? ¿No os he dicho ya que calleis? ¿Os estareis hablando hasta mañana, parlanchin ridículo? Por vida de Júpiter, que si descoseis los labios para decirme una sola palabra, os desuelle vivo á latigazos. ¡Cáscaras, y qué pesado es el pedanton, y qué insolente!

Parce domine, respondió el coplero; y no bien habia abierto la boca para decirlo, cuando el Alípede alzó el puño en ademan de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubie-

ra dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron pues en un salon magnífico y espacioso: el pavimento y las paredes eran de esquisitos mármoles, la decoracion corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como tambien los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficcion.

Alli se veían los orígenes de las artes y los progresos del talento humano, muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle á la contemplacion de los objetos mas sublimes. En una parte se veía á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió despues á materias mas durables, variando segun la mayor ó menor consistencia de ellas la proporcion de sus edificios. A otro lado los egipcios daban principio á la geometría, señalando sus campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomó su origen la pintura, perfeccionándose despues lentamente con la invencion ca-

sual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un rio fiados á un tronco mal seguro; una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los árabes y caldeos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demas astros que la distancia nos amenora ó nos oculta. La escultura en otra parte ponia sobre las aras bultos informes que adoraba supersticioso el temor, y mas allá los Fidias, Lisipos y Praxiteles daban á los mármoles y bronces tan elegante forma, que en algun modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Alli Orfeo reducia á los hombres en vida social, les daba leyes y les persuadia la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos chinos. Eaco, Radamanto, Minos, Solon, Licurgo y Numa establecian leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á mas distancia se veían florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Alli estaba representado el padre Homero, á quien rodeaban con admiracion los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Píndaro al son de la lira cele-

braba con sublime verso las victorias istmias y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacia aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Leucate al mar, y repetia muriendo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Anacreon de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Alli acudia la juventud de Grecia á escuchar en las Academias, el Liceo y el Pórtico, las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió despues para obscurecer la gloria de cuantos le habian precedido. En otra parte Demócrito y el divino Hipócrates reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mustios sobre la física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para

dilatar su fin; y mas allá Demóstenes desde la tribuna de las arengas conmovia al pueblo ateniense, le persuadia por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; excitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milciades, Conon, Cimon y el justo Arístides; y oponiéndose por una parte á todo el poder de Filipo, y por otra á la envidia, la calumnia atroz y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato, veía á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su pais, y perecia con ella.

En el testero del salon habia un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las musas le acompañaban inmediatas al solio, y los mas célebres poetas españoles, segun la edad en que florecieron, asi ocupaban por su orden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demas al ver su figura ridícula, porque era el hombre la mas triste vision que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad que le desfiguraban en parte las barbas,

el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrian el rostro. Revolvíase en unas bayetas pardas, raidas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arambeles por las orillas á modo de randas ó cucharetero; sus movimientos eran mas vivos de lo que su edad prometia, la accion teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba: él te dirá lo que deseas saber. Y acercándose á él le dijo al oido: mirad, señor, que aqui no os sufrirán disparates; decid claramente quiénes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en mas repulgos, porque si asi no lo hiciéreis, témome mucho que mi hermano os mande freir y echar á los perros, segun le he visto de mal humor esta tarde: y habiendo dicho esto, se fue volando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro encarándose con Apolo, le hizo tres grandes cortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar. Diósele Apolo, y él comenzó á delirar de esta manera:

Reverberante Numen, que del Istro
Al Marañon sublimas con tu zurda,

Al que en ritmo dulcísono te urda
Elogio al son del címbalo y del sistro:
 Si la alígera prole de Caistro
Blandos ministra acentos á mi burda
Harmónica pasion, ¡ay! no te aturda
Ver rompo de tu tímpano el teristro.
 La nubígena Dea en alto plaustro,
Ungiendo el nervio de oloroso electro,
Me lleva en alas del Ouest y el Austro.
 Y hurtando á las Memnósides el plectro,
Hoy me intromito en el fulgente claustro,
Obstupefacto, á venerar tu espectro.

Reventaba Apolo entre la indignacion y la risa: las musas se tendian por los suelos dando exorbitantes carcajadas: los poetas se miraban unos á otros sin saber lo que les sucedia, y el badulaque muy satisfecho se disponia á proseguir disparatando en culto; pero Francisco de Rioja que estaba inmediato, le dijo: ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aqui para que le declameis versos tenebrosos; lo que únicamente quiere es..... ¡Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido; lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes: pues allá va, hijo de Latona, escuchadme benévolo:

 Dios rutilante, que del Ebro al Istro
Proteges, honras al que versos urda,

Rauca mi lira atiende tosca y burda,
Simil no mucho á resonante sistro.
Que si tal vez alado el de Caistro
Pájaro dulce en la ribera zurda,
Hace canoro que fugaz aturda
Su voz, rompiendo el diáfano teristro;
No ya disimil yo, si el Indio electro
Prestarme gustas, que veloz al Austro
Sones encarga de curvado plectro,
Métricos mucho al eminente claustro
Llevaré ritmos ¡oh divino espectro!
Que el zenit giras en ebúrneo plaustro.

Ola, ministros, dijo Apolo, al instante coged á ese hombre, atadle y enviádsele á Pluton con un recado mio, para que se le entregue á los genios tartáreos y le atormenten con los suplicios mas atroces. ¡Qué desvergüenza, venir á hacer burla de mí! Llevadle, digo, no quiero verle.

Esto decia el dios bermejo con tales ademanes, que manifestaban demasiado su cólera; pero las musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograse el fin á que era traido, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á Apolo; pero al fin se moderó algun tanto, habiéndole pro-

metido todos en nombre del tuerto, que no volveria á decir mas versos, sino que en prosa llana y pedestre relataria cuanto era menester; y él mientras esto sucedia, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan, y los administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una cancion estigia que pensaba recitar á Tesifone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la mas jovencita y agraciada de todas las furias; pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y Don Juan de Jáuregui, los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debia hacer para no incurrir en la indignacion de Apolo.

Haré cuanto me decís, respondió despues de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narracion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titan radiante, prodigio délfico, deidad esmíntea, el suceso es este.

Yo aunque indigno, y mis compañeros los

del zaguan, somos alumnos vuestros: la divina Poesis fue nuestra delicia desde los años infantes: hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiracion, basta esto, *sufficit*, para noticia preliminar; pero reflexionemos.

¿Qué es Poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. ¿Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composicion? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un Rengifo por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria ademas de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro Rengifo, que hemos pasado toda la vida en esta ocupacion, y que altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas; ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quién nos disputará

este honor? *Dicite Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cuál debe ser nuestro egercicio? ¿Tejer esteras? ¿coser zapatos? ¿alquilar camas? ¿vender achicorias? Claro es que no: claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios aquellas que por útiles y honestas estan reservadas al ignorante vulgo: asi pues, siendo poetas, debemos poetizar y no otra cosa: debemos ilustrar á la nacion, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

Pero esta nacion ingrata, ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros procurando su felicidad y su gloria la enriquezemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente de conocimientos profundos; sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido segun la hemos visto decadente y mal parada.

Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego) cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable ya protervo, envió á la patria prosperidades ó desdichas.

Se ajustó la paz, coplas á la paz: nacen los Gemelos, coplas á los Gemelos: nace nuestro Príncipe Fernando, coplas á D. Fernando: se hace el bombardeo de Argel, coplas á las bombas; en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.

¡Pero con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar! ¡Qué felices invenciones las nuestras! ¡oh qué felices! ¡oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor! ¡Oh Jacob y Esau! ¡oh Rómulo y Remo! ¡Con qué oportunidad la Providencia os hizo nacer de una ventregada! ¡Y con qué gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á mellizos, haciendo saber al mundo que nuestra Princesa habia dado á luz un Esau brutal, un Rómulo fratricida, y lo que es mas lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos), una Clitemnestra y una Helena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados Infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo.

¿Y qué diré del sutil arbitrio que discurrimos para formar las fábulas de nuestros poemi-

tas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para sí, y trazas llevan de no soltarle hasta la consumacion de los siglos. ¡Soberano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues á todos viene como llovido: ¿se trata por ejemplo de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo? El poeta no tiene mas que acostarse y apagar la luz. Á media noche se le aparece un trasgo, una ninfa ó cualquiera otro personage alegórico, con gran concurso de geniezuelos alrededor; y este tal personage reprende al vate su modorra y su pigricia, le manda que se levante inmediatamente y que escriba esto, y aquello, y lo de mas allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso; de suerte que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pio, y acabarse el poema, todo es á un tiempo. Sobre este molde de aparicion hemos compuesto de once años á esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas; con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la vision acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla

del rio, al otro cogiendo el sol en un cerro; pero siendo el fondo de la ficcion el mismo, siempre es el mérito igual, y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil.

¿Y el estilo? ¿y la versificacion? ¿y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? ¿no es particular? ¿no es admirable? Desde el ovillejo mas diminuto y vil, á las octavas mas retumbantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables que darán fama inmortal á las recalientes seseras que las produgeron? ¿No es cierto, señor, que con esta irrupcion de coplas, con este chorroborro perenne de versos hemos llevado al mas alto punto de perfeccion el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo á los mas célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba? ¿No es cierto?

Asi nos lo persuadíamos: con este fin trabajábamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria. *Pan curat oves, oviumque magistros*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

¿Pero qué sucedió? ¡oh iniquidad! ¡oh livor! ¡oh influjo adverso! ¿Qué sucedió? Que asi co-

mo el murciélago torpe (*vespertilio* le llamó el doctísimo Requejo, y con él Calepino, Facciolati y otros), que asi como el murciélago torpe que busca las tinieblas pavorosas del angosto mechinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril asiéndole una de sus aurículas, le extrajo con violencia de su lobreguez apetecida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan al orbe, forceja, y se resiste, y bate las alas membranáceas, y se desespera, y chilla, y muerde, y araña la mano que le tiene asido; de la propia manera no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponia la opacidad de su insipiencia, comenzaron á gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo mas cruel.

Este fue el galardon, esta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios: despues de habernos recocido los sesos en amontonar erudicion gentílica, histór ica y dogmática; en rehenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastr ada ocupacion ganábamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo que nos hallaba en vela todas las noches, *Bel-*

la per Emathios plus quam civilia campos, como dijo no sé quién, en no sé qué libro.

Pero como por especial favor de la Providencia asi somos estupendos poetas como filólogos incomparables, discurrimos no ceñirnos á una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos á quien vuestro celeste incendio mas inmediatamente retuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y correccion, que algunos ínvidos traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan ecónomos y correctos, labrados á compás, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á extractar, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la nacion gran cantidad de epigramas, díchicos, anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acertijos; en una palabra, aspiramos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustracion pública. ¡Oh cómo regurgitamos ciencia por todas partes! ¡oh qué

traducciones hicimos tan agraciadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el mas pintado. ¡Y qué comedias á la antigua! esto es, á nuestro modo; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y qué apologías del teatro! digo de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto solo, si he de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente; bien es verdad que segun él está arreglado, parece que se hizo exprofeso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables; asi lo hacemos todavía, alli retumbamos, y ¡oh nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesion!

¿Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculacion, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo, sobre la excelente moral de los caribes y hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros, sobre la tolerancia, sobre la

tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinches..... ¡Oh Dios omnipotente y máximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste! ¿Por qué asi como somos universales en la ciencia, no somos universalmente venerados? ¿Por qué siendo tan desaforadamente instruidos, nos llaman pedantes? ¡Pedantes! Anatema cruel que nos sigue por todas partes, y nos estremece y horripila.

Ya en algun modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo cuán pocos elogios hemos merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigilias, hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, tratándonos mutuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat*, que quiere decir: el sapiente aplaude al sapiente. Pero esto dura ocho dias, el público se desengaña, ó nosotros por un quítame allá esas pajas nos estropeamos á garrotazos en un portal, y la discordia que volvió en cenizas los soberbios muros de Ilion, nos conduce al hospicio, ó nos reduce á la sopa de un convento.

Pero en el *hic et nunc*, en que tímidos y vacilantes juzgábamos irremediable nuestra desgracia, cuando circuidos de horrores y faltos de consejo, hollábamos caliginoso pavor, y palpábamos ateza-

das lobreguezes, *ecce Corinna venit*, *ecce* benigna rutilante estrella que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Asturias va á tener un Príncipe, la nacion le jurará sucesor al trono de su padre, Madrid previene regocijos, y esta es precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurreccion.

Queremos cantar, sí señor, queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del Príncipe D. Fernando con la misma gracia con que desempeñamos los asuntos anteriores; queremos celebrar las felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no arrojemos décimas y octavas como el puño. Volveremos á extasiarnos y á dormirnos; y cruzarán por esos aires á media noche, al son de los chirriones de la limpieza, tantas ninfas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa vision desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heróicos y romanzones, que será una confusion.

¿Y los toros? ¡Oh mi Dios! ¡Los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡Qué ocurrencias exquisitas estamos almacenando para los caballeros que se caigan, para los que no se

nuestros áureos dramas al gran teatro. Direis que en materias de buen gusto, de lógica, de erudicion, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiendo, que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente, amonesta, y en caso necesario manda, y condena á todo erudito que sepa deletrear á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupcion poly-metri-encomiástica que tenemos prevenida á la jura del nuevo Príncipe, acudan á las librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita; para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

Tal es, señor, nuestra pretension: con este deseo abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallamos á la falda de ese bifronte cerro: comenzamos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derrumbaderos inicuos; pero apenas hubimos salido de los pasos mas peligrosos, cuando hallamos nuevas difi-

cultades. En una floresta sombría que el abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo el zéfiro las alas sutiles ungidas en aromas índicos..... pero en vuestro ceño, radiante Numen, advierto no sé qué displicencia que me obliga á omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras y los arroyuelos: sigo pues adelante.

En esta, como dije, deliciosa mansion de Flora descubrimos un edificio, del cual salieron al acercarnos seis ó siete hombres no nada inermes, y mucho menos que nada tácitos y tranquilos: comenzaron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos. Hicímoslo asi: nos preguntaron ¿quiénes éramos, y á qué veníamos? respondimos á todo; y sacando el que parecia gefe de los demas un volúmen membranáceo, leyó en él no sé qué índices ó apuntaciones; y al acabar nos dió por respuesta, ¡oh respuesta amarga, mas que las adelfas y el absintio póntico! nos respondió que nosotros no estábamos reconocidos por sonoros elocuentes vates, sino por copleros adocenados y misérrimos: que nuestras obras se habian examinado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero: que Apolo nos habia maldecido solemne-

mente en pleno consistorio hasta unas cuatro docenas de veces; y que sería ofenderle el dar un solo paso adelante.

Esto nos dijo Luzan, que asi parece que se llamaba: si fue lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del dia, consideradlo mientras lo restante patentizo.

Replicámosle como era razon: sacamos para su desengaño nuestros manuscritos: no quiso verlos; y tapándose á toda prisa las narices, gritaba que nos fuésemos inmediatamente. Representamos humildes: negóse díscolo; y encendido en cólera fulminó dicterios y amenazas. Ya era justísima la vindicta: arremetimos intrépidos: dimos con él en tierra: acudieron gentes en su ayuda: trabóse bélica porfia, y fluctuamos en incierto Marte, hasta que el cielo declaró por nosotros el honor triunfal, *io triumphe*, quedando en el campo casi difunto el gefe, y los mas de sus atrevidos secuaces ó contusionados, ó vulnerados, ó mútilos.

Seguimos adelante; y si bien advertimos que nuestra victoria habia alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra, proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcazar, que na-

ciendo laberinto de piedra, se eleva portento, y nube desaparece.

Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turmas; pero fue vana su pretension: llegamos á los umbrales venerandos, que saludamos humildes, y al pisar los átrios magníficos vimos unidas pedestres haces que comenzaron á disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traía; pero interrumpiendo gárrulos el apologético discurso, fundibularon sobre nuestras vértices ponderosas lápides, á cuya ruptura hostil siguió el combate mas desesperado y sangriento.

Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letífera Tesífone á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos mílites, daban al Bóreas fragoso estrépito, que en cavernas lóbregas, Eco llorosa y húmida, dolorosa y confusamente repercutia. El Numen belígero, embrazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba iracundo fatigando los eges férvidos, y agitando flagelífero cuádriga indómita. No de otra manera fulgurando el eter, se precipita rápido.....

Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo, calla, y no abuses mas de mi paciencia: vete, y

dí á esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamas los vea, si no quieren que en un solo momento los aniquile. ¡Ellos creerse poetas, llamarse doctos, é insultar de esa manera á los verdaderamente sabios, á su nacion y á mí, que los he despreciado siempre por no destruirlos!

¿Qué enjambre es este de copleros y charlatanes que inunda vuestra península? ¿qué enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿Y en dónde estan aquellos pocos que deberian oponer sus doctas obras al torrente desatado de tanto papel ridículo que dictó la envidia, la demencia, ó el interes abatido y sórdido? ¿En dónde estan?

Cierto es que en todos los paises, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en pocos momentos: este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo, animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre, el premio decoroso y el aplauso. Entonces los talentos sublimes se levantan sobre los demas, y uno, uno

solo basta para hacer gloriosa á la nacion que le produjo.

¿Pero qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debian escribir callan, cuando los que aun no saben leer escriben? ¿Qué? ¿Tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan comun será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupcion, á declamar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporcion para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdeñando los egercicios útiles, se abandona instigada de la necesidad á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

¿Vacilareis siempre entre las contradicciones mas absurdas, queriendo sostener por una parte que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extrangeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la mas crasa ignorancia, ó de la mas frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridículo en las

otras lenguas que no traduzcais á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os atreveis á tocar, porque habeis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?

¡Y qué traducciones! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastantemente ninguno de los dos idiomas, y en donde se ve estropeada hasta el exceso el habla castellana, enervando su robustez, y afeando con aliños que no la pertenecen su gracia y hermosura natural!

¿Llegará el dia en que se aprenda por principios? ¿en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad? ¿en que sepais conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro? ¿aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron despues en su pais, haciendo gloriosa entre las demas por su sabiduría á aquella misma nacion que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

Entonces no se instruian los españoles en compendios y polianteas: no era tan universal su literatura, porque era menos pedantesca, me-

nos frívola: los grandes hombres que ha producido España, entonces los produjo: las obras de mérito que tiene la nacion, entonces se escribieron; estudiadlas.

Su lectura os dará á conocer cuales fueron los principios de la renovacion de las letras en España, cuales las causas de su esplendor y las de su decadencia: vereis tambien lo que debeis tomar necesariamente de los extrangeros, y lo que teneis en vuestro suelo digno de imitarse con incesante afan.

Sí, de imitarse: porque sería indecoroso ademas, y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio de los buenos originales que en algun tiempo ha producido: sería indecoroso á un escritor, á un orador ó á un poeta, carecer de las prendas de estilo, lenguage, versificacion é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas (tan dificiles de poseer unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.

Entonces se extinguirá quizás aquel espíritu de partido tan funesto á la sabiduría como á las costumbres, aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su nacion, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce; y á otros por el extremo opuesto los empeña en defensas absurdas cuando se trata de manifestar con rectitud y desinteres el mérito de estas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas, porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo, exactitud y buena fe en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran ó se fingen á placer las autoridades; el mérito se abulta ó se deprime segun al autor le conviene para sus ideas; se callan ó ciegamente se disculpan unos defectos, y se exageran otros; se comparan los objetos mas discordes entre sí, y repitiendo muchas veces el nombre santo de patriotismo, la ignorancia y la parcialidad hacen aparecer como excelente lo menos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores

de su nacion; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas grandes, no dicta á un escritor ingenuo tales artificios: la verdad, por mas que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el lenguage de un buen ciudadano, y el que no la lleva en la boca como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.

Por estos principios conocereis cuán despreciables han sido vuestras fatigas, y cuánto os habeis apartado de la verdad cuando mas habeis querido demostrarla: vereis tambien que no son doctos, ni jamas han merecido nombre de tales, los que uniendo ideas inconexas, especies vagas, raciocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles, no solo dañosas á quien las lea porque en ellas malogra su tiempo, sino tambien porque excitando en el público el prurito de saber á poco trabajo, le apartan con tedio de los buenos libros en que se debiera instruir, propagándose por este medio la falsa sabiduría, mas funesta mil veces que la total ignorancia.

Cesará entonces esta guerra continua que manteneis unos con otros sobre la observancia del arte en las obras de ingenio; porque la razon sola os enseñará que no es dado á la mas

fecunda fantasía hacer nada perfecto, si las reglas, las abominadas reglas, no la señalan los debidos límites; y que igualmente yerran los que gradúan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invencion, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.

Ilustrado el público por estas verdades irresistibles, sabrá aplaudir con mas justicia el sólido mérito, y no llamará poetas á aquellos que como vosotros, sin disposicion natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, sentir ni pintar, pasan los años haciendo coplas infelices; que ni instruyen, ni deleitan, ni pueden excitar en cualquiera lector juicioso mas que el desprecio, la compasion ó el asco.

¿Y son estos, son estos los que esperan mi aprobacion para cantar con ahullido disonante las felicidades de la nacion española en la jura de su querido Príncipe? Tan grande asunto, digno de mi cítara, digno de que todo el coro de las Musas le celebre, ¿habrá de caer en manos de esa turba infeliz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á ha-

cerlo, unan sus votos á los de toda la monarquía. Rueguen al cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso vástago del tronco ilustre de Borbon, delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos héroes. Rueguen al cielo que uniendo la piedad de su abuelo á la justicia, á la fortaleza, á la grande alma de su generoso padre, aprenda á su lado el arte de hacer felices á los hombres, y reconozca por los altos ejemplos que de él reciba, que ni la magestad ni el cetro son comparables á la virtud; que ella sola es el apoyo firmísimo del trono, que ella sola hace á los Reyes imágenes de la Divinidad en la tierra, que ella sola une en durables vínculos al vasallo con el Monarca, y que sin ella los estados mas poderosos se trastornan, se destruyen con ruina espantosa, y apenas dejan á la posteridad la memoria de que existieron. Rueguen al cielo que al tiempo mismo que el joven Príncipe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz, le halague con ósculo dulce, y entorno le sigan las ciencias y las artes todas que moderan la natural ferocidad del corazon humano, para que á su vista conozca cuanto es mas dichosa una nacion por ellas que por el temido honor de sus armas, por los

estragos de sus victorias: mal necesario tal vez y siempre funesto á los vencidos y á los vencedores. ¡Oh! ilustren tales máximas su ánimo real, para que el mundo goze lo que de él espera, cuando despues de largos y felices dias, pasando á sus manos el cetro español, vea dilatar el poder, la gloria, la beneficencia de tan digno Príncipe, aun mas allá de los límites de su grande imperio.

Estos son los deseos de la patria: tales son sus votos, y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrías, y no os pide en tal ocasion elogios insulsos ni versos ridículos y despreciables, que para ser buenos ciudadanos no es menester ser malos poetas; pues si fuera posible celebrar dignamente á los semidioses de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco é inspiro; cuyas obras no bien conocidas todavía en un pais en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran á obscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura para honor inmortal de su nacion y de su siglo.

Pero ¡vosotros, y tú mas que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!..... Vete, y di á los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida: que se retiren, y que si es posible enmendar de algun modo los desaciertos que han cometido, solo será callando, y callando eternamente: que no menor reparacion exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadle.

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete ú ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban á la escalera principal; de alli le dejaron caer sobre los de abajo, y éstos viéndole venir se previnieron de suerte, que caer y empezar á voltear como una rehilandera entre aquella turba, todo fue á un tiempo. Era de ver como iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegría y satisfaccion de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pellizco, darle un capon ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al monton enemigo, con la misma facilidad y ligereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada peñola á referir

lo que Mercurio hizo mientras duró la embajada. Parecióle conveniente no descuidarse ni fiar á la fortuna el éxito de aquella empresa: habia llegado á entender, aunque confusamente, la pretension estrafalaria de los filólogos; y conociendo que Apolo no podia concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que solo á garrotazos se podria concluir tan enrevesado asunto.

Llamó á consejo á los poetas que imaginó mas inteligentes y acostumbrados á tales peleonas: tratóse el caso con la madurez que requeria, y se acordó por último que se hiciera provision de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que ademas se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadizas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse despues del órden que se debia guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando á los eruditos á que dejando el portalon pasaran al patio, creyendo todos que alli se les podria combatir mas á placer, ya fuese en

batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que habia alrededor cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha: la izquierda don Diego de Mendoza: el centro don Alonso de Ercilla; y el cuerpo de reserva, que debia acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al Conde de Rebolledo acompañado de Lope de Vega, Cristobal de Virues, y otros sugetos de acreditado valor y experiencia militar.

Despues de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir hácia la escalera cuanto hallaron que podia ser útil para un caso de rompimiento: acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos que hasta entonces no habian servido de gloria á sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel dia se hicieron apreciables; porque no hay duda en que un mal libro por malo que sea, siempre sirve, y mas si es de buen tomo, para descalabrar con él á cualquiera cuando no hay á mano abundante provision de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho pues todo lo que va referido, sucedió

la bajada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver á la zurra, fuese volando á decir á su hermano cuanto habia dispuesto. Hallóle que bajaba ya la escalera con ánimo de presentarse á los enemigos, creyendo que á sus razones y autoridad ni debian, ni podian oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaria respeto y moderacion, hallándose ya obstinada en conseguir por fuerza lo que pretendia; pero hubo de ceder mal de su grado á las instancias de Apolo, y dejándole en la escalera, se remontó al techo para anunciar su venida.

Á este tiempo empezó á notarse un rumor y conmocion general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que habia tenido la erudita oracion de su embajador; pero dando Mercurio un grande ahullido desde allá arriba, les hizo callar y atender. Díjoles que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entonces levantado en hombros de los mas robustos, se dejó ver de aquella amotinada gente. Comenzó con semblante pacífico y agra-

dable á persuadirlos que dejando las armas se volviesen á sus casas á cuidar de sus mugeres é hijos si los tenian. Que no creyesen que la nacion perderia nada perdiéndolos á ellos, pues no solo la harian una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver á escribir jamas ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, olvidando con un verdadero arrepentimiento las travesuras pasadas, podian dedicarse á varios egercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos ciudadanos y gente de juicio. Díjoles tambien que los hombres habian nacido para trabajar, y muy pocos entre ellos para saber; porque ciertamente aquellos pocos, siendo buenos, bastan para ilustrar á todos los demas con su sabiduría. Que esto de ser doctos no era cosa tan hacedera y trivial como se habian imaginado, pues cualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunion de circunstancias, que rara vez llega á verificarse; y aun por eso siendo tantos los que siguen la carrera de las letras, son tan pocos los que han llegado á poseerlas en grado sobresaliente, y á merecer el aprecio público por sus escritos. Que dejasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional á otros talen-

tos muy superiores, sin comparacion, á los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudicion enciclopédica que tanto les habia trastornado la racionalidad, y tan ridículo papel les habia hecho hacer en estos últimos años á los ojos de la Europa culta, y que sobre todo abjurasen de buena fe el error de haberse creido poetas. Que no envidiasen esta gloria á los que realmente lo son: gloria mezclada siempre de sinsabores los mas amargos: gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo á los que viviendo pudieran gozarla, porque la reserva el cruel para las cenizas de los que ya no existen.

Mas iba á decirles; pero fueron tales los berridos que resonaron en el zaguan, los gritos y amenazas, que Apolo temiendo algun insulto de parte de aquel populacho feroz, se bajó á toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguia entretanto la gritería y tumulto de los enemigos, y el endiablado tuerto corria de un lado á otro atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le habia hecho, y el poco aprecio que le merecian las doctas fatigas de tantos sabios: ellos que no ne-

cesitaban espuelas, se enfurecieron de tal modo, que no es posible ponderar á qué extremo llegó entonces su frenesí. No es ese, decian, no es ese Apolo: á ese no le conocemos, y estos son ardides de Mercurio, que piensa burlarse de nosotros tomándolo á fiesta y tararira: que venga el hijo de Latona, que venga, él nos conocerá, y nosotros le adoraremos como hijos obedientes suyos.

Medrados estamos, dijo Mercurio, con lo que nos salen ahora estos malditos. Si es imposible que no se hayan desatado del infierno para darnos guerra. ¿Se habrá visto tal invencion? Pero yo les juro por la asquerosa Estigia que no se han de reir de mí: no, sino haceos de miel y paparos han moscas: para ellos no sirven razones; lo que no les duele no les persuade; pues que la paguen, mal haya su casta, que la paguen, y acabemos de una vez con ellos.

Dicho esto, se metió entre los suyos: repitió las órdenes: previno los acasos, y sin que diera la señal de combatir el estruendo de trompetas ni atambores, se comenzó la batalla, poniendo en uso los de Apolo las nuevas armas de que se habian prevenido.

Llovian librotes sobre los literatos intrusos,

unos viejos, sucios y despilfarrados, y otros nuevecitos y en pasta, y en papel de Holanda, y con láminas y elogios ultramontanos, y notas, y animadversiones. Esta descarga desordenó las primeras filas enemigas, no sin pérdida de sus gentes, pues aseguran algunos sugetos fidedignos, apoyados en relaciones auténticas, que pasaron de veinte los que cayeron derrengados, cinco tuertos, descalabrados nueve, y trece ó catorce contusionados ó aturdidos.

Con esta pérdida se notó algun desfallecimiento en aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apolo, que no dudaban ya combatir cuerpo á cuerpo para concluir de una vez aquella empresa; bien que los gefes procuraban contenerlos conociendo cuán cerca está de ser temeridad el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pero á este tiempo ocurrió un accidente que puso á los de la escalera en grave peligro de perderse; porque acabada que fue la primera descarga, vieron venir de retorno por el aire el tenebroso *Machâbeo de Silveira*, que arrojado de robusta mano parecia una bala de cañon segun el ímpetu que traia: hirió de paso, aunque levemente, á Luis Barahona de Soto; y volviendo de

rebote dió tal golpe en el pecho al tierno Garcilaso, que sin ser poderoso á resistirle, cayó aturdido sobre las gradas, y tuvieron que retirarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola que se hallaba cerca, lleno de indignacion y dolor por la desgracia de su dulce Laso, agarró seis ó siete tomos que vió á sus pies, y con no vista fuerza los lanzó al enemigo. No bien llegaron allá los *Comentos de Góngora*, que esta era la gracia de los tales volúmenes, cuando se conoció el horrible estrago que habian hecho en el cuerno izquierdo de los contrarios, lo que advertido por los de Apolo se adelantaron algunos á querer seguir hácia aquella parte la derrota; pero asi que se alejaron de los demas, se vieron rodeados de enemigos y cortado el paso á la escalera: dieron y recibieron golpes crueles, y con no poco trabajo pudieron volverse á incorporar en sus líneas, sufriendo mucho en la retirada, que tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Cristobal de Virues que pasase á gobernar el ala derecha, y remediado con prontitud el desórden, prosiguió el combate. Mercurio, sostenido en sus borceguíes, observaba desde allá arriba lo que pasaba en ambos egércitos;

y vió que del contrario se retiraban muchos hácia el patio asaz dolientes y mal feridos: otros se ocupaban en conducir á algunos á quienes ya se les iba introduciendo la forma cadavérica por las narices adelante; y otros muy diligentes ejercitaban su caridad é inteligencia médica en dar alivio á los lastimados. Limpiábanles las heridas, les apretaban los chichones con cuartos segovianos, colocaban por su órden los dientes y muelas que habian perdido su primer asiento, y usaban varios remedios, ni muy costosos, ni muy eficaces, que se reducian á gran cantidad de telas de araña, pegotes de lodo y de pan mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea, saliva, orines, y buenas razones.

Observado esto, partió hácia la escalera para dar aviso y ordenar lo que convenia: preguntó por su hermano, y le dijeron que habia desaparecido con las Musas y todas las demas mugeres. Esta fuga dió que sospechar á Mercurio; pero á breve rato quedó satisfecho de la inocentísima conducta de Apolo; porque uno de los poetas que habia ido á rebusca de libros, vino diciendo que en la cocina se estaba guisando una gran porcion de mixtos, y que el dios imberbe tenia recogidas tantas y tales armas, que si lle-

gaba el caso de poder encarrilar al patio á los pedantes, era indubitable su destruccion.

Que me place, dijo Mercurio; y ahora mismo se ha de hacer el último esfuerzo para conseguirlo: Mendoza que manda el ala izquierda sostenido por el Conde de Rebolledo, avanzará á viva fuerza sobre la opuesta de los enemigos á fin de amontonarlos por aquella parte, y marchará en buen órden siempre hácia el patio describiendo un cuarto de círculo, para que en llegándolos á sacar del portal, se les vuelva á presentar por frente toda la línea. Mientras esto se verifica, el centro y el ala derecha se mantendrán sobre la defensiva, y avanzarán ó se detendrán segun vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza.

Asi se empezó á egecutar, cargando D. Diego de Mendoza y Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que los recibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la refriega no era de burlillas sino muy á toca ropa, no dejaron de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bartolomé Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpazo qùe le dieron con los *Reyes nuevos* del famoso *Lozano:* Quevedo, que aunque ya estaba herido quiso volver á hallarse en la lid, tuvo que

retirarse mas que de prisa con la cabeza llena de tolondrones y un arañazo en el rostro que le hacia derramar no poca sangre; y el mismo Mendoza aunque peleaba valerosamente, no dejaba de resentirse de un latigazo que le habia sacudido en la pierna izquierda un poetilla ridículo, autor de siete Comedias góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables á no poder mas, y todas impresas por suscripcion, con dedicatoria y prólogo.

Pero á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole ocasion, hizo una señal, que al observarla D. Alonso de Ercilla gritó en alta voz: *Hijos, ya es tiempo; descarga, y al patio.*

Corrió la órden, y al repetir la línea *descarga, y al patio,* comenzó á caer tal granizo de libros sobre los pedantes, que desde luego los menos locos reconocieron ser inevitable su ruina.

¿Y cómo la podrian evitar, si al rumor confuso de los alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalon la batería incesante de libros, parecia que el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella gente? Alli volaban á docenas, á cientos, enormes cuerpos de Medicina bañados en sangre: alli las His-

torias sacro-profanas de imágenes aparecidas: alli tomos gigantescos de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompian en el aire contra otros no menos disformes de sermonarios, crónicas de religiones, y disputas ridículas en las que se veia embrollada hasta el último punto la mas breve, la mas clara, la mas santa de todas las doctrinas, y unos y otros caian despues con espantoso estruendo, aplastando cuanto debajo de sí encontraban: alli entre los pesados é indigestos genealogistas cruzaban los comentadores, glosadores é intérpretes del Derecho, con sus tratados, autoridades y escolios llenos de obscuridad y confusion babilónica; y alli por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las coplas del célebre *Leon Marchante*, dulce estudio de los barberos: las del *Cura de Fruime*, *Gerardo Lobo*, la *Madre Ceo*, *Boscan* y *Garcilaso á lo divino*, *Jacinto Polo*, *Cancer*, *Benegasi*, *Villamediana*, *Bocangel*, *Tafalla*, *Zabaleta*, *Montoro*, y *Salas Barbadillo*, con el *Arte de Gracian*, y las comedias, silvas y romances de *Henriquez Gomez:* alli el *D. Quijote de Avellaneda* hizo oficio de bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las *Comedias de Cervantes* revo-

loteaban tambien con risa de su autor inmortal, y á pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguieron á éstas las de *D. Tomas de Añorbe y Corregel,* con su miserable *Paulino* entre ellas: las de *Bazo, Cuadrado, Guerrero, Sedano, Ibañez,* y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caróleas, Carlos famoso,* la *Hesperoida,* las *traducciones de Ariosto,* el *Poema de S. Rafael,* la *Mejicana de Gabriel Laso,* la *Conquista de Sevilla* en cuartetas, el *Cesar Africano,* la *Nueva Méjico* de *Villagran,* la *Argentina* de *Centenera, Sagunto* y *Cartago,* el *Alfonso,* el *Nuevo Mundo,* la *Hernandia,* los *Amantes de Teruel* del insipidísimo *Juan de Yagüe,* y el mas que todos ellos fastidioso poema de los *Inventores de las cosas;* siguiendo á este turbion la espesa metralla de Misceláneas, Novelas, Famas póstumas, Justas poéticas, Coronaciones, Entradas, Beatificaciones, Loas, Certámenes de escuela, Autos Sacramentales, Autos al Nacimiento, Funerales, Villancicos, Motetes, Follas, y una pestilente multitud de Tonadillas modernas, bien frias, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia: los eruditos huyeron al

patio no hallando salida por otra parte; y Mercurio alegre en extremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolar sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gaznatazos y mogicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente, dónde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¡Y entre literatos! ¡entre humanistas! ¡entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¿Y por qué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á reducirse á una friolera que no vale un pito; si el asunto no es mas, se-

gun he llegado á entender, que venir á presentar un memorial en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesarcedes enviar un diputado á mi hermano para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me vi en la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero este, por desgracia vuestra, nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado á mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya vísteis.

Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pélamelas, y mucho menos entre gentes de suposicion y buena crianza: he hablado á Apolo; y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corresponde, no es ningun vinagre que se hubiera de negar á complaceros: asi que, señores mios, lo que debeis hacer es esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de caracter, que no sea ningun chisgaravis, sino un erudito

de representacion, conocido ya de mi hermano por la excelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros y la general estimacion del público. Este se encargará de vuestra pretension; y perderia yo una oreja y aun las dos que tengo, si escogiéndole y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto querais pedirle. Y esto se hace con paz y quietud como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condicion el asunto: con que asi no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la eleccion, que se pasa el tiempo.

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado, porque empezando á disputar entre ellos quién debia ser el elegido, todos querian para sí aquel honor: repetian las palabras de Mercurio en que pedia un literato de representacion, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. ¿Y quién era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presuncion nació su ruina. Empelasgáronse unos con otros: cada cual se alaba-

ba á sí propio con admirable satisfaccion y engreimiento: oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicterios sin número: salieron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la mas desesperada refriega que jamas se ha visto.

Alli se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que solo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinacion con que peleaban: ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinion de docto y único en su línea, y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello como gente desesperada que solo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intencion; y advirtiendo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Asi se dispuso, y cuando todavía proseguian los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y uten-

silios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destruccion de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos viendo encima de sí aquella tempestad, corrian desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuertas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendidos, agua fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, aceite frito, trementina caliente, pez y rescoldo. No era facil resistir á tan horrible fuerza: dieron á huir hácia la puerta, pues la necesidad no permitia otra cosa: el egército de Apolo se abrió en dos columnas para que dejándoles la salida libre, y asegurado el palacio, se les pudiese cargar despues en la retirada: y asi que los vieron fuera, salieron detras el Conde de Rebolledo y D. Diego de Mendoza con una partida ligera á seguir el alcance, y otros cuerpos pequeños se iban apostando por

todos los caminos y sendas del Parnaso, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche: la obscuridad, el cansancio, los golpes recibidos, el miedo, la prisa que llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento alguno del terreno por donde iban, eran todas circunstancias fatales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decian que se rindiesen como algunos de ellos lo habian hecho (incluso el embajador tuerto que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja), porque si adelante seguian, perecerian todos sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en estado de venirse á buenas: correr que te correrás como galgos, saltar peñascos, atravancar malezas, y no dar oidos á cuanto les decian: esto fue lo que hicieron; hasta que llegándose á encarrilar la mayor parte de ellos por unas breñas escarpadas y altísimas, á breve rato comenzaron á rodar por ellas agarrados unos á otros, y dando ahullidos se precipitaron en una gran laguna que está al pie de aquellos peñascos, y se forma de las vertientes de Castalia.

Los pocos que andaban descarriados por varios andurriales, libraron mejor, porque cayeron

en manos de los de Apolo: recibieron todo agasajo y buena asistencia: se les cataron las feridas, y fueron tratados con mas amor que su ignorancia y soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos, y todos los de casa, no se hartaban de dar gracias al cielo por tan feliz victoria: despacháronse extraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo dia; y en ocho que duraron las fiestas, quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate, ascendió á mas de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena Poesía.

Despues de pasado el turbion de visitas y enhorabuenas, se trató de lo que convendria hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y Luzan se encargaron de examinarlos separadamente para ver á cuantas estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, despues de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su racion de pan, queso y pasas; y á los mas contritos por via de ayuda de costa repartieron las

caritativas Musas de propio caudal unos cuantos maravedises.

Á los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre, y tan sabios como su madre los parió.

POESÍAS VARIAS.

LA TOMA DE GRANADA

POR LOS REYES CATÓLICOS

DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL.

Cesse tuto o que a Musa antiga canta,
Que outro valor mais alto se levanta.
CAMOENS. LUSIADAS, CANTO I.

ROMANCE ENDECASÍLABO.

ERA la noche, y el comun sosiego
Por las opacas sombras se extendia,
Y en medroso silencio los mortales
Con el sueño olvidaban las fatigas.
En la hermosa ciudad que Jenil baña,
Y el Darro con sus aguas fertiliza,
Matizando sus cármenes de flores,
De frescas flores que el abril envia,
Yace soberbio alcazar, cuya cumbre
Del aire ocupa la region vacía,
Palacio un tiempo del monarca moro,
Que el regio trono granadino pisa.

Éste, olvidando con descanso dulce
Cuidados que al espíritu fatigan,
Tranquilo ocupa de su alcazar regio
Oculta estancia en que el primor lucia.
Alta cornisa del metal precioso
Que el claro Tajo en sus arenas cria,
Robustas cimbrias y estucados techos,
Follages varios y labores ricas.
Por el salon á trechos se miraban
Mudas historias que el pincel dió vida,
Sucesos grandes, célebres victorias,
Claros héroes, hazañas inauditas.
En pedestales del mosáico estilo,
Que adornó singular mazonería,
Formó diestro cincel del bando moro
Los Reyes, capitanes y califas.
De Osman y Alí, terror del Oriente,
El marmol muestra la presencia misma,
Del fuerte Ulit y el valeroso Muza,
Y el gran conquistador de Palestina.
Sobre los otros elevado estaba
Con regio ornato y magestad debida
El mentido profeta, á quien Arabia
Ciega venera, y en su fé confia.
Este miraba el Rey, cuando cubierto
De asombro y miedo, vió que descendia

Del alto asiento, y á su lecho llega
De Mahomet la estatua muda y fria.
Tiembla, y al verla con airados ojos,
Ni á hablar acierta, ni callar podia:
Tres veces quiso huir de su presencia,
Tres veces lo estorbó fuerza divina.
¿Dónde vas? dijo: ¿dónde, desgraciado
Monarca, evitarás la saña mia,
Huyendo del que nunca desampara
Á los creyentes que en su amor se fian?
Detente, y en el lecho á quien adornan
Ricas alhombras, turcas alcatifas
Reposa, y con el ocio entorpecido
Las aflicciones de tu reino olvida.
¿Qué importa que al furor del Nazareno
Destrozadas se miren tus provincias,
Tus vasallos ó muertos ó rendidos,
Y la ciudad en bandos dividida?
Mientras FERNANDO tus castillos toma,
Las vegas tala, arrasa las campiñas,
Gustosos juegan Mazas y Gomeles
En Bibarrambla cañas y sortija.
¿No bastan tantos golpes desgraciados,
Tantas ciudades presas y vencidas,
Tantos fuertes egércitos deshechos
Al furor de las huestes enemigas?

El que tuvo valor para oponerse
En Lucena á sus gentes atrevidas,
Haciendo ver cuánto á Castilla cuesta
Humillar la potencia granadina,
¿Hoy fuerzas no tendrá, viéndose libre
De la cadena que arrastró algun dia,
Para vengar su afrenta, derramando
Del cristiano la sangre aborrecida?
Si la fuerza y las armas no sostienen
La patria que á su estrago se avecina,
¿De qué ha servido quebrantar los tratos,
Negar los pactos, y la fé rompida?
Borra, borra el baldon de haber firmado
Las paces que detesto, envilecidas:
Niegue el valor, y el pundonor anule
Lo que otorgó la voluntad cautiva.
De tu resolucion el universo
Está pendiente, y en tu ardor confia:
Por él su libertad espera el mundo,
Y si no le defiendes, se arruïna.
Pues el fiero español, si de este imperio
Se apodera (¡oh Allah, no lo permitas!)
Cual rápido torrente que del monte
Con ímpetu velóz se precipita,
Asi, rompiendo de Tarif la puerta,
Llegará audaz hasta la ardiente Libia,

El gran sepulcro librará de Cristo,
Cautivando quizá la tumba mia.
  Méjico la opulenta, rezelando
Su estrago, al cielo súplicas envia,
Y el Cuzco teme que cruzando el golfo,
Pase tal vez á encadenar sus Incas.
  ¿Y tú darás lugar para que logre
Los triunfos que soberbio premedita,
Viendo las barras de Aragon triunfantes
En los blancos pendones de Castilla?
  Cuando medroso en tu ciudad te encierras,
Temiendo el golpe de su diestra invicta,
Él atrevido á vista de tus muros
Otra ciudad levanta ¡qué ignominia!
  Ya los Abencerrages, que otro tiempo
En bandos á la corte dividian,
No existen, ni tu padre te dá enojos,
Ni arma Muley traiciones á tu vida.
  Persigue al que sacrílego persigue
La verdadera ley, santa y divina:
Nada rezeles, la victoria es tuya,
Que el profeta de Dios te alumbra y guia.
  Yo haré que al ver tus fuertes escuadrones
La espalda vuelva en la marcial porfía,
Y amontonando triunfos y despojos,
Su vano orgullo aniquilar consigas:

Y pasando del Tajo la corriente,
En la corte imperial fijes tu silla,
Despues de haber deshecho en las Asturias
La turba de sus gentes fugitiva.
Un nuevo Abderraman, y un nuevo Muza
Vendrá, que fiero su altivez oprima,
Y otro Almanzor del templo de Santiago
Renovará el incendio y la ruïna.
La mezquita famosa toledana
Mi indignacion reducirá en cenizas,
Y en la noble imperial Cesaraugusta
La imagen venerada de María.
El Coran se verá reverenciado
Y la ley sacrosanta que predica,
Desde Gijon á la distante Goa,
Y de la Zeca á la feliz Medina.
Esto será, que asi te lo promete
El que pisa del sol la lumbre viva,
Á quien los Querubines acompañan
Y las Dominaciones se le humillan:
Que ocupando ante Dios glorioso asiento,
Los claros astros á su planta mira,
Y adornando la luna su turbante,
Los luceros se apagan á su vista.
Dijo: y al ir el Rey á responderle,
Veloz de entre sus brazos se retira,

Y á ocupar vuelve la animada estatua
El pedestal robusto que oprimia.
Mientras en Santa Fe mira FERNANDO,
Vistoso alarde haciendo su milicia
Al son de los clarines y atambores,
Los caballos marchar é infantería,
Cuando del claro sol lucientes rayos
Á los objetos su color volvian,
Dorando en los soberbios pabellones
Las banderas que el zéfiro movia,
Bajo un rico dosel con perlas y oro,
Que del Oriente empobreció las minas,
FERNANDO é ISABEL el trono ocupan,
Alto campeon, castísima heroína.
En tanto que en el templo de la Fama,
Venciendo á las edades fugitivas,
Vuestros nombres en mármoles escritos
Causen al orbe admiracion y envidia,
Yo haré, á pesar del tiempo y del olvido,
Que su trompa sonante los repita,
Y vuestras merecidas alabanzas
Las hijas de Memnósine divinas.
Muéstranse alrededor del alto asiento
Los príncipes y grandes de Castilla,
Los Ponces de Leon y los Mendozas,
Portocarreros, Laras y Mejías;

El que de Alhama el defendido muro
Guardó á pesar de la morisma impía,
Y con debil defensa reparado,
Burló su muchedumbre descreida.
Pacheco y el Guzman van á sus lados,
Que dos robustos potros oprimian,
Mostrando el noble varonil semblante,
Alzada la luciente sobrevista.
Del joven de Alba la tristeza muestran
Las pavonadas armas que vestia:
Negro el plumage sobre el alto almete,
Peto y escudo, cinturon y hebillas.
El que escalando de Guadix el muro
Horror y asombro fue de la morisma,
Y el que llegando hasta Granada, puso
El *Ave* de Gabriel en su mezquita.
Cárdenas y Alburquerque, y el famoso
Córdoba, lustre de la patria mia,
Terror del moro, de la Italia espanto,
Estrago de las gentes enemigas:
Lujan se ofrece á la dudosa empresa
Con doscientos ginetes que acaudilla,
Que el Manzanares entre musgo y alga
Miró nacer en la feliz orilla.
¡Oh patrio suelo! si al acento mio
Prestar Apolo quiere melodía,

Y se digna tal vez al rudo canto
Dar nuevo ardor, dulcísona armonía,
Yo sabré levantar el nombre tuyo
Á la esfera que Venus ilumina,
Ensalzando mi voz no disonante
Tus blasones y glorias inauditas,
Pues para trono del mayor Monarca
La suma Omnipotencia te destina,
Y el sol para alumbrar tu vasto imperio
Á Eton fogoso y á Flegon fatiga.
El valiente doncel, que en tiernos años
Venció del moro la arrogancia impía,
Colocando en su escudo por trofeo
El nombre que ultrajaba de MARÍA,
Del gallardo Aguilar ocupa el lado:
Aguilar, cuya espada vengativa
Del infiel Mahandon traspasó el pecho,
Librando la inocencia perseguida.
Hacen-Benel Farax Abencerrage
Lucida escuadra de su gente guia
En tordas yeguas que produce el Betis,
Y á su veloz corriente desafian.
Blancos bonetes con azules plumas,
En las adargas la comun divisa,
Corvos alfanges, largos alquiceles,
Robusto aspecto, y la color cetrina.

El fuerte capitan, que de Lucena
Defendió la muralla combatida,
Derramando al impulso de su diestra
La sangre del infiel Ismaëlita,
Muestra en su escudo entre cadenas preso
Al Monarca que audaz le resistia,
Y los nueve estandartes matizados
Con caracteres árabes y cifras.
¡Cuántos esclarecidos capitanes,
Que ganaron victorias inauditas,
Delante de FERNANDO se presentan!
Cántalos tú, Parnáside divina:
Su nombre ensalza, su valor y esfuerzo,
Por quien se vieron rotas y vencidas
Las escuadras de Agar, que el dogma siguen
Del fementido esposo de Cadiga.
FERNANDO al verlos: claros campeones,
Dice, blason de la corona mia,
Por cuya diestra las cristianas cruces
Sobre el Alhambra se verán tendidas,
Ya llegó el tiempo en que mireis cercana
De esa ciudad rebelde la ruïna,
Y en premio de fatigas tan dichosas
Laurel eterno vuestra frente ciña.
Desde que en Zahara combatiendo el muro
Rompió Muley Hacen la union amiga,

Hasta que Boabdelí preso y rendido
Firmó la paz, que hoy niega su osadía,
¡Cuántas veces, dudosa la victoria,
Expusísteis por ella hacienda y vida,
Ya combatiendo en Baza las almenas,
Ó en el alto peñon de la Axarquía!
Málaga os vió con ánimo invencible
Contrastar al feroz Abenconixa:
Y Dordux, rezelando el golpe duro,
Os entregó su fuerza destruida.
Muley Abohardil, tirano injusto,
Desamparó á Guadix con Almería,
Y de Huescar á Ronda vuestra espada
Estrago fue y horror de la morisma.
Aun hay mas que vencer: á vuestro brío
Es corto triunfo esa ciudad vecina;
Mas es fuerza juzgar su rendimiento
Como principio de mayores dichas.
Desde que Febo, visitando el Toro,
Volvió á los campos la estacion florida,
Hasta que en Capricornio retirado
Iluminó desconocido clima,
Sufre Granada el dilatado cerco,
De fuerzas y poder destituida:
Mas ¡oh cuán presto la hollará mi planta,
Si ayuda vuestro ardor la intencion mia!

De hoy mas vuelva á sufrir nuevos afanes,
Nuestros ginetes talen sus campiñas,
Y la sangre de Sarra se derrame
En las escaramuzas repetidas:
Que el cielo, que hasta aqui miró propicio
El éxito feliz de su conquista,
Verá gustoso fenecer el nombre
Del que tanto ofendió su ley divina.
Dios, sí, Dios mismo de rigor armado
Á nuestros brazos servirá de guia,
Porque ganando su sepulcro santo,
Se mire el Asia á nuestro pie cautiva.
Dijo, y sordo rumor el campo ocupa,
Que el nombre de FERNANDO repetia:
Todos al duro asedio se aperciben,
Acusando las horas de prolijas.
Suena confuso estrépito: el soldado
Se viste el espaldar y la loriga,
Y al apretar las cinchas el ginete,
El caballo belígero relincha.
Ya corren por la vega dilatada,
Que el Jenil baña con corriente fria:
Los campos queman, roban el ganado,
Huye el pastor á la contraria orilla.
Tristes gemidos é incesante lloro
En la infeliz ciudad el aire hendian:

El vulgo corre temeroso y ciego:
Deja el muro y ocupa la mezquita.
Asi venciendo Vespasiano y Tito
Los fuertes muros de la sacra Elía,
Esta lloró su mísera desgracia
Con hambre y fuego y muerte destruida.
Boabdelí, de valor y fuerzas falto,
Al Albaicin medroso se retira:
Dudoso al escuchar consejos varios,
Entre opuestos dictámenes vacila.
Quien le aconseja que la gente anime,
Tienda al aire las árabes insignias,
Salga á campaña, y en batalla dura
Al enemigo intrépido resista.
Quien pretende, primero que rendirse,
Que en llamas arda la ciudad querida,
Dando la vida al tósigo y al hierro,
Cual los de Astapa ó la Sagunto antigua.
Cuando Zelim-Hamet, gallardo moro,
Que el sexto lustro de su edad cumplia,
Árabe en patria, Aldoradin en sangre,
Hijo de Abenhucen y Geloira:
Negra la barba y el color tostado,
Sangrientos ojos de espantable vista,
Robustos miembros, corto de razones,
Diestro en el arco, cimitarra y pica:

Locura es, dijo, en pareceres varios
Perder el tiempo que veloz camina,
No habiendo fuerzas, ni ocasion, ni gente
Para librar la patria que peligra.
¿Expondremos acaso á una batalla
La feliz libertad que tanto estima,
Cuando de España la potencia junta
Procura con teson nuestra ruïna?
No, no es justo, ni en este medio solo
La pública salud se encierra y cifra:
Una astucia rompió de Troya el muro,
No Agamenon ni Aquiles de Larisa.
Yo ofrezco, apenas el luciente Apolo
Huya las sombras de la noche fria,
Hacer que el campo del contrario fiero
Con incendio voraz vuele en cenizas.
La confusion, el sobresalto y miedo,
El sueño, que los miembros debilita,
Las llamas y la noche harán felice
La heróica accion, si Boabdelí la anima.
Sí, yó la apruebo, dijo, y de los hombros
En muestra de su amòr al punto quita
El precioso alquicel, que el moro admite,
Doblando reverente la rodilla.
Vístèse al punto las lucientes armas,
Que el oro y el cincel enriquecian,

En quien mostró su perfeccion el arte,
Que á Gradivo tal vez dieran envidia.
En el turbante el acerado casco
Al herirle la luz rayos envia,
Luna pequeña y afolladas tocas,
Con un penacho verdegay encima.
El dilatado borceguí guarnecen
Dorados lazos y labores ricas,
Y el alquicel en el siniestro lado
Con plata y borlas resplandece y brilla.
Del ancho tahalí se ve pendiente
La cimitarra fuerte damasquina,
Que ciñó al lado Abenhozmin su abuelo,
Cuando á servir á Soliman partia.
La istriada lanza acomodó en la cuja,
Que cual un mimbre el bárbaro blandia,
Á cuyo golpe en desigual pelea
Felipe de Aragon perdió la vida.
Pintó en la adarga de Azamor el moro
Herido un corazon que en fuego ardia,
Y en campo azul alrededor escrito:
Si mas pudiera dar, mas te daria.
La rica manga adorna el diestro lado,
Que de aljofar bordó y argentería
Con cifras de su nombre Zelidora,
Que ausente dél en Tremecen vivia.

De un tostado alazan oprime el lomo
De largas crines y cabeza erguida,
Pecho espacioso y espumante boca,
Y docil á la rienda que le guia.
Parte su dueño en la callada noche
De la famosa Ilíberis antigua,
Sus muros deja atras y capiteles,
Y al enemigo campo se avecina.
Hórridas sombras, ocupando el suelo,
Al intento mejor favorecian:
Muda quietud al sueño convidaba,
Y el Darro suspendió la clara linfa.
Cuando al atravesar raudal pequeño,
Que del vecino monte descendia,
Sintió pisadas, y de rato en rato
Templadas armas que al mover crujian.
Refrena el paso el arrogante moro,
El freno y el aliento detenia,
Al ver ya cerca un caballero armado,
Que en ligero tropel tras él venia.
Sale á encontrarle, y previniendo el asta,
¿Quién eres? dijo: ¿dónde te encaminas?
Dí si eres granadino ó castellano,
Y cuál es el intento que te guia.
Soy granadino, respondió; y si acaso
De tu amor y tu sangre no te olvidas,

Tu primo Zuleman es quien te sigue,
Y la justa venganza quien le anima.
  Tú sabes bien que en la pasada luna
Mató á mi hermano en esta vega misma
La dura lanza del Guzman valiente,
Impio verdugo de agarenas vidas.
  Sabes que era mi hermano malogrado
La esperanza y blason de la morisma,
Señor de Alhora, de Carthama alcaide,
Caudillo y Alhagib de su milicia.
  Sabes cuánto lloré la injusta muerte,
Sabes cuánto perdió la patria mia,
Y que del homicida la cabeza
Prometí presentar á Belerifa.
  Tres veces ciento alárabes ginetes
El bosque oculta, que á la seña misma
Intrépidos cercando los reäles,
La accion acabarán que determinas.
  Contigo vengo á que morir me veas
Á manos del que causa mi desdicha,
Ó á que logrando la venganza, vuelva
Á consolar la pena que origina.
  Abrázale Zelim estrechamente,
Y defendidos de la sombra amiga,
Este se acerca al campo y pabellones,
Y aquel la retirada prevenia.

Introducido por oculta senda,
Calada cuerda al pabellon aplica
Do reposa Isabel, y al verle ardiendo
Con voraz llama, el moro se retira.
No de otra suerte los soberbios muros
Quemó de Troya la maldad argiva,
Ni menos confusion causó el estrago
Que en el campo cristiano se extendia.
Bajan ardiendo de la excelsa cumbre
Ardientes leños, máquinas erguidas,
Cual en las altas escarpadas breñas,
Á quien el Tajo aurífero salpica,
Al fiero impulso de huracan horrendo
De uno en otro peñon se precipitan
Rudos peñascos, y al terrible golpe
Huyen al centro temerosas ninfas.
Salta del lecho intrépido Fernando:
Su presencia á los débiles anima:
Manda al de Cadiz que al encuentro salga,
Por si alguna traicion se prevenia.
Suelta la crencha dilatada de oro,
Que un matizado trancelin prendia,
Cruza Isabel armados escuadrones,
Cuya industria apagó la llama activa.
Zuleman que advirtió salir armada
La gente que el de Cadiz acaudilla,

Vuelve la rienda, y hácia el bosque parte
Á prevenirlo al comenzar el dia.
  El Ponce de Leon, que desde lejos
Las armas vió reverberar bruñidas,
Y el ancho escudo del gallardo moro,
Parte á alcanzarle, y al caballo pica.
  Mas viendo la distancia, alta la diestra
Con impulso feliz la lanza tira,
Que por el viento rechinando cruza,
Cual flecha de la cuerda despedida.
  Vuelve el moro veloz mirando cerca
El duro hierro que hácia sí venia:
¿Mas quién pudo borrar de las estrellas
El influjo fatal que le domina?
  Quiso evitar el golpe; mas rompiendo
El fresno herrado la coraza fina,
De roja sangre matizó las flores,
Cayó en la yerba la color perdida.
  No de otra suerte á su galan Adonis
Miró difunto Venus Ericina,
Cuando en Chipre su muerte lamentaron
De sus bosques las bellas hamadrías.
  Cual blanco azár, ó débil azucena,
Que del tronco apartó mano lasciva,
Que poco á poco la hermosura pierde,
El cuello tuerce, y el frescor marchita;

Asi, exhalando el último suspiro,
Los ojos cierra en tristes agonías:
Revuélcase muriendo, y se estremece,
Y el alma baja á la tartárea orilla.
Hamet, que viendo el caso lastimoso,
Batió la espuela y aflojó las bridas,
En venganza y furor y saña ardiendo
Con ronca voz: cristiano, le decia,
Si juzgas que la sangre de mi primo
En tiernos años sin piedad vertida,
Con la tuya, á pesar del universo,
No la podré vengar, mal imaginas.
Y arremetiendo cual ardiente rayo,
La peligrosa lid acabaria,
Si en menos fuerte escudo diera el golpe,
Que atronó las cavernas convecinas.
Rota la lanza, con la espada embiste:
Ciego de enojo el moro combatia,
El alquicel arrastra por la arena,
Que el potro al revolver desgarra y pisa.
Cual en el ancho circo matritense
Con medrosa atencion la plebe admira
Robusta fiera que bebió el Jarama,
Que el jóven andaluz acosa y lidia;
Asi burlando al moro granadino
El cristiano sus golpes detenia:

Aquel le sigue, y este levantando
La poderosa espada vengativa,
  Tal golpe descargó con brazo fuerte
Sobre las plumas y cimera altiva,
Que juntas se estamparon en la arena
Penacho verdegay, bonete y cintas.
  No vuelve mas veloz manchada tigre
Al flechazo que el árabe le tira,
Que el moro al golpe, del paves cubierto,
Alta la diestra, en roja sangre tinta.
  Quiso al contrario dividir de un golpe:
Llega, da, y hiere: y en la lid reñida
Ninguno de los dos fuertes soldados
Á su enemigo superior se mira.
  Mas viendo el Ponce á un lado ya cercana
La mora gente, y bárbaras insignias,
Y al otro en las banderas sus leones,
Señales de su tercio conocidas,
  De punta á puño le metió la espada,
Que al querer su enemigo resistirla,
Cayó difunto del arzon al suelo,
Abierto el pecho en penetrante herida.
  No de otra suerte Encelado arrogante
Del rayo herido de la luz divina,
Precipitandosé de monte en monte,
Cayó oprimiendo el suelo que cubria.

Ya de añafiles y atabales roncos
Confuso estruendo militar se oía,
Y en lid sangrienta entrambos escuadrones
Por su ley y su patria combatian.
Rodrigo parte, y en la turba mora
Tal estrago ocasiona su cuchilla,
Cual entre simples tímidas palomas
Garra y pico voraz de águila altiva.
Los fuertes capitanes granadinos,
Que en la vega mostraron algun dia
Su esfuerzo, hoy dejan con la muerte suya
Su patria opresa, y su nacion cautiva.
Unos con otros en atroz desórden
El tremendo combate sostenian,
Causando á un tiempo en una y otra parte
Con igual confusion muertes distintas.
Mas embistiendo por el diestro lado
Nuevo socorro que FERNANDO envia,
El Darro en sangre coloró sus aguas,
Marlotas y almayzares revolvia.
Ya la escuadra de Agar la espalda vuelve
Precipitada con veloz huida,
Dejando el campo de despojos lleno,
Que bárbaros cadáveres cubrian.
Boabdelí, que advirtió destrozo tanto,
Sus huestes ahuyentadas y vencidas,

El enemigo cerca de los muros,
Y sin defensa la ciudad querida,
Maldice airado del Profeta suyo
Las promesas, que ya fallidas mira,
Viendo á FERNANDO que triunfante llega,
Y el dificil asalto premedita.
La cristiana Amazona que le sigue,
Su intento aprueba, y á su gente anima:
Corona el muro desarmada gente,
Y al cielo sube inmensa vocería.
Suena el clarin belígero, y apenas
Las tropas á embestir se prevenian,
Blanca bandera el Albaicin tremola,
Las puertas abre la ciudad vencida.
Entre las armas el Monarca moro
Busca á FERNANDO, y á sus pies se humilla.
Cidi, venciste, reverente dice:
Tuyo es mi reino ya, tuya es mi vida.
Alza, le dijo: en mi bondad piadosa
Perdon hallar podrá tu rebeldía:
Vivirás como Rey y amigo mio,
Pues supiste aplacar todas mis iras.
Marcha á Granada el campo: el bando moro
Lágrimas derramando de alegría,
El nombre de ISABEL y de FERNANDO
Levanta al cielo en repetidos vivas.

En pebeteros del Oriente humea
Fragante incienso que la Arabia cria;
Cubren las calles y edificios altos
Tapetes persas con alhombras chinas.
El sucesor invicto de Pelayo
Y la excelsa Matrona de Castilla,
Triunfantes entran, la cerviz pisando
Del bárbaro poder y la heregía.
La Fé y la Religion iban delante,
Que dirigieron la feliz conquista,
Arrollando moriscos estandartes,
Y eclipsando las lunas enemigas....
Cante otro lo demas, si á objeto tanto
Menos puede bastar que voz divina,
Pues fatigada del asunto heróico,
Enmudece esta vez la trompa mia (*).

(*) Obtuvo este romance el *accessit* en el concurso de premios celebrado el año de 1779 por la Real Academia Española, la cual lo publicó bajo el nombre de *Don Efren de Lardnaz y Morant*, con que se habia disfrazado su autor, y que es anagrama de D. Leandro Fernandez Moratin. La corta edad del poeta, que á la sazon solo contaba diez y ocho años, sirve de excusa á los defectos que se notan en esta composicion, ó de propiedad en las costumbres, como la mencion de pinturas y estatuas entre mahometanos, ó de exactitud en la historia, como en la patria que se asigna al Gran Capitan, y en la equivocacion de Agar con Sara. Estas y otras imperfecciones, aunque compensadas con la belleza de la versificacion y la valentía de las expresiones é imágenes, fueron aparentemente los motivos por los que Moratin, severo consigo en demasía, no incluyó el presente romance en la edicion de París. (*Nota de la Academia.*)

LECCION POÉTICA.

SÁTIRA

CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS EN LA POESÍA CASTELLANA (*).

APENAS, Fabio, lo que dices creo (1),
Y leyendo tu carta cada dia,
Mas me confunde cuanto mas la leo.

¿Piensas que esto que llaman pöesía,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó fruslería?

¿Ó que puede adquirirse el numen santo
Del Dios de Delo á modo de escalada,
Ó por combinacion ó por encanto?

(*) La presentó Moratin en el concurso poético á que llamó la Real Academia Española el año de 1782, bajo el nombre supuesto de *Don Meliton Fernandez.* La Academia le concedió el segundo lugar y los honores de la impresion. Posteriormente la corrigió y mejoró Moratin, reduciéndola á doscientos y dos tercetos de doscientos ochenta y cinco que antes tenia. *(Nota de la Academia.)*

Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómine pedante
Tu banda siempre fue la desgraciada,

¿Por qué seguir procuras adelante?
Un arado, una azada, un escardillo,
Para quien eres tú, fuera bastante.

De cólera te pones amarillo:
Las verdades te amargan: ya lo advierto,
No quieres consultor franco y sencillo.

Pues hablemos en paz: que es desacierto
Desengañar al que el error desea;
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.

Dígote, en fin, que es admirable idea
En tu edad cana acariciar las musas,
Y trepar á la fuente Pegaséa.

Pues si el aceite y la labor no excusas,
Y prosigues intrépido y constante,
En ti sus gracias lloverán infusas.

Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.

¡Qué romances harás y qué canciones!
¡Y qué asuntos tan lindos me prometo
Que para tus opúsculos dispones!

¡Qué gracioso ha de estar, y qué discreto,
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalon de Inés otro soneto!

Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarásla Filis ó Marfisa.

Dila, que es nieve cuando mas te irrite;
Nieve que todo el corazon te abrasa,
Y el fuego de tu amor no la derrite.

Y si tal vez en el afecto escasa,
Pronuncia con desden sonoro hielo (*);
Breve disgusto, que incomoda y pasa:

Dirás que el encendido Mongibelo
De tu pecho, entre llamas y cenizas,
Corusca crepitante y llega al cielo.

Si tu pasion amante solemnizas,
No olvides redes, lazos y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.

(*) Quevedo.

Pues si el cabello á celebrar te pones,
Mas que los rayos de Titan hermoso,
¡Qué mérito hallarás, qué perfecciones!

Dila, que el alma, agena de reposo,
Nada golfos de luz ardiente y pura,
En crespa tempestad del oro undoso (*).

Llama á su frente espléndida llanura,
Corvo luto sus cejas, ó suäves
Arcos, que flecha te clavaron dura.

Cuando las luces de su Olimpo alabes,
Apura, por tu vida, en el asunto
Las travesuras métricas que sabes.

Dí, que su cielo, del zenít trasunto,
Dos soles ostentó por darte en ojos,
Que si se ponen, quedarás difunto,

Y al aumentar tu vida sus despojos,
Se lava el corazon, y el agua arroja
Por los tersos balcones de los ojos (**).

Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre inusitados
Males muriendo, y líquida congoja.

(*) Quevedo. (**) Gerardo Lobo.

Dí, que es pensil su vulto de mezclados
Clavel y azahar, y abeja revolante
Tú, que libas sus cálices pintados.

La boca celestial, que enciende amante
Relámpagos de risa carmesíes (*),
Alto asunto al poeta que la cante,

Hará que en su alabanza desvaríes,
Llamándola de amor ponzoña breve,
Ó madreperla hermosa de rubíes.

Al pecho, inquieta desazon de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco puso
En él, y en blanco te dejó el aleve.

Y dí que venga un literato al uso,
Con su Luzan y el viejo Estagiríta,
Llamándote ridículo y confuso:

Que yo sabré con férula erudita
Hacerle que enmudezca arrepentido,
Por sectario de escuela tan maldita.

Asi tambien hubiéramos vencido
El venusto rigor de esa tirana:
Tigre, de rosa y alhelí vestido.

(*) Quevedo.

Mas quiero suponer que la inhumana
Rasgó tus ovillejos y canciones,
Y todas las tiró por la ventana:

No importa, asi va bien. Luego compones
Diez ó doce lloronas elegías,
Llenándola de oprobios y baldones.

No te puedo prestar ningunas mias;
Pero tres me dará cierto poeta,
Largas, eternas, y sin arte y frias.

Dirás, que tanto la pasion te aprieta,
Que mueres infeliz y desdeñado.
¡Inexorable amor! ¡fatal saeta!

El cuerpo dejarás al verde prado,
El alma al cielo de tu dama hermosa,
Y serás en su olvido sepultado.

Y en lugar de escribir: "Aqui reposa
»Fabio, que se murió de mal de amores,
»Culpa de una muchacha melindrosa,"

Detendrás á las ninfas y pastores,
Para que una razon prolija lean
De todas tus angustias y dolores.

Bien que los sabios, si adquirir desean
Fama y nombre inmortal, no solamente
En un sugeto su labor emplean.

Olvida, amigo, esa pasion doliente:
Hartas quejas oyó, que murmuraba
Con lengua de cristal pícara fuente.

No siempre el alma ha de gemir esclava:
Déjate ya de zelos y rigores,
Y el grave empeño que elegiste acaba.

Que ya te ofrecen mil aparadores,
Transformadas las salas en bodega,
Espíritus, aceites y licores.

Suena algazara: cada cual despega
Un frasco y otro: la embriagada gente
Empieza á improvisar..... ¿Y quién se niega?

¿Qué vale componer divinamente
Con largo estudio en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?

Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los brindis alegres de Lieo,
Se espera de tu musa la elegancia.

Mira á Camilo, desgreñado y feo,
Ronca la voz, la ropa desceñida,
Lleno de vino y de furor pimpleo,

Cómo anima el festin, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida.

La quintilla acabó: los vasos llena
Fiel asistente de licor precioso:
Vuelve á beber, y á desatar la vena.

Bomba, bomba, repite el bullicioso
Concurso, y cuatro décimas vomita
Con pie forzado el bacanal furioso.

Y qué, ¿tú callarás? ¿Nada te excita
Á mostrar de tu numen la afluencia,
Cuando la turba improvisante grita?

¿Temes? Vano temor. La competencia
No te desmaye, y las profundas tazas
Desocupa y escurre con frecuencia.

Ya te miro suspenso, ya adelgazas
El ingenio, y buscando consonante,
En hallarle adecuado te embarazas.

¿Á qué fin? Con medir en un instante,
Aunque no digan nada, cuatro versos
Mezclados entre sí, será bastante.

¿Juzgas acaso que saldrán diversos
De los que dieron á Camilo fama,
Ó mas duros tal vez, ó mas perversos?

No porque alguno Píndaro le llama,
Oyendo su incesante tarabilla,
Pienses que numen superior le inflama.

Los muchachos le siguen en cuadrilla,
Pues su musa pedestre y juguetona
Es entretenimiento de la villa.

Si arrebatarle quieres la corona
Y hacer que calle, escucha mis ideas,
Y estimarás al doble tu persona.

Chocarrero y bufon quiero que seas,
Cantor de cascabel y de botarga:
Verás qué aplauso en Avapies granjeas.

Con tal autoridad, luego descarga
Retruécanos, equívocos, bajezas,
Y en ellas mezclarás sátira amarga.

Refranes usarás y sutilezas
En tus versillos, bufonadas frias,
Y mil profanaciones y torpezas.

Y esta compilacion de boberías
Al público darás, de tomo en tomo,
Que ansioso comprará lo que le envias.

Porque el ingenio mas agreste y romo
Con obras de esta especie se recrea,
Como tú con las gracias de Geromo.

Mas si tu orgullo obscurecer desea
Al lírico famoso venusino,
Con quien tu preceptista me marea,

Aparta de sus huellas el camino,
Huye su estilo atado de pedante,
Que inimitable llaman y divino.

Canta en idioma enfático-crispante
De las deidades chismes celebrados,
Sin perdonar la barba del Tonante.

Pinta en Fenicia los alegres prados,
La niña de Agenor y sus doncellas
Los nítidos cabellos destrenzados,

Que, dando flores al abril sus huellas,
La orilla que de líquido circunda
Argento Doris, van pisando bellas:

Al motor de la máquina rotunda,
Que enamorado pace entre el armento
La yerba, de que opaca selva abunda.

La ninfa al verle, agena de espavento,
Orna los cuernos y la espalda preme,
Sin recelar lascivo tradimento.

Ya los recibe el mar: la vírgen treme,
Y al juvenco los álgidos, undosos
Piélagos hace duro amor que reme.

Ella, los astros ambos lacrimosos,
Reciprocando aspectos cintilantes (*),
Prorrumpe en ululatos dolorosos;

Cuyas quejas en torno redundantes,
De flébiles ancilas repetidas (**),
Los antros duplicaron circunstantes.

Mas Creta ofrece playas estendidas,
Prónuba al dulce amplexo apetecido,
Pudicicias inermes ya vencidas.

(*) Silveira. (**) Villamediana.

Huye gozoso amor, y agradecido
Jove fecunda sóbole promete,
Que imperio ha de regir muy estendido.

Apolo, antojadizo mozalbete,
Asunto digno de tu canto sea,
Cuando tras Dafne intrépido arremete.

La locura tambien faëtontea
Celebrarás, y el piélago combusto
Que en flagrantes incendios centellea.

Y muera de livor el Zoilo adusto,
Al notar de estas obras los primores,
La diccion bella, el delicado gusto;

Al ver llamar estrellas á las flores,
Líquido plectro á la risueña fuente,
Y á los gilgueros prados voladores;

Vegetal esmeralda floreciente
Al fresco valle, y al undoso rio
Sierpe sonora de cristal luciente.

Pero si has de llamarte alumno mio,
Despreciando de Laso la cultura,
Con ceño magistral y agrio desvío,

Habla erizada gerigonza obscura,
Y en gálica sintaxis mezcla voces
De añeja y desusada catadura,

Copiando de las obras que conoces
Aquella molestísima reata
De frases y metáforas feroces.

Con ella se confunde y desbarata
La hispana lengua, rica y elegante,
Y á Benengeli el mas cerril maltrata.

Cualquiera escritorcillo petulante
Licencia tiene, sin saber el nuestro,
De inventar un idioma á su talante

Que él solo entiende; y ensartando diestro
Silabas, ya es autor y gran poeta,
Y de alumnos estúpidos maestro.

Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides los heróicos hechos,
Tanta nacion á su valor sujeta.

Rompe, amigo, los vínculos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Vencidos sus estorbos y deshechos.

Y el numen lleno de furor sagrado,
"Canto, dirás, el héroe furibundo,
»A dominar imperios enseñado,

»Que, dando ley al báratro profundo
»Su fuerte brazo, sujetó invencible
»La dilatada redondez del mundo."

Principio tan altísono y horrible,
Proposicion tan hueca y espantosa,
Que deje de agradar es imposible.

No como aquel que dijo: *Canta, Diosa,*
La cólera de Aquiles de Peleo,
A infinitos aquivos dolorosa:

Porque el estilo inflado y giganteo,
Dejando á los lectores atronados,
Causa mudo estupor, llena el deseo.

Dos caminos te ofrezco, practicados
Ya por algunos admirablemente:
Escoge, que los dos son extremados.

Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo á la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.

No finjas, no, que es grande picardía:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pía.

Y en todo cuanto escribas ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas;
Que asi lo debe hacer un hombre honrado.

Si el canto frigidísimo rematas,
Despediráste del lector prudente
Que te sufrió, con expresiones gratas,

Para que de tu libro se contente,
Y aguarde el fin del lánguido suceso,
De canto en canto, el mísero paciente.

Mas no imagines, Fabio, que por eso
Te aplaudirán tus versos desdichados;
Crítica sufrirán, zurra y proceso.

Dirán que los asuntos adornados
Con episodios y ficcion divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.

Que es una historia insípida y mezquina,
Sin interes, sin fábula, sin arte;
Que el menos entendido la abomina.

Pero yo sé un ardid para salvarte,
Dejándolos á todos aturdidos:
Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.

Despues que entre centellas y estampidos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,

Exagera el volcan que te devora,
Que ceñirse del alma no consiente (*),
E invoca á una deidad tu protectora.

Luego amontonarás confusamente
Cuanto pueda hacinar tu fantasía,
En concebir delirios eminente.

Botánica, blason, cosmogonía,
Náutica, bellas artes, oratoria,
Y toda la gentil mitología;

Sacra, profana, universal historia,
Y en esto, amigo, no andarás escaso,
Fatigando al lector vista y memoria.

Batallas pintarás á cada paso
Entre despechadísimos guerreros
Que jamas de la vida hicieron caso.

(*) Candamo.

Mandobles ha de haber y golpes fieros,
Tripas colgando, sesos palpitantes,
Y muchos derrengados caballeros;

Desaforadas mazas de gigantes,
Deshechas puentes, armas encantadas,
Amazonas bellísimas errantes.

Á espuertas verterás, á carretadas
Descripciones de todo lo criado,
Inútiles, continuas y pesadas.

¡Oh cómo espero que mi alumno amado
Ha de lucir el singular talento,
Febo, que á tu pesar ha cultivado!

¡Cuánta aventura, y cuánto encantamento!
¡Cuántos enamorados campeones!
¡Cuánto jardin y alcázar opulento!

Pondrás los episodios á millones;
Y el héroe miserable no parece,
Que no le encontrarán ni con hurones.

Pero ¿cómo ha de ser, si le acontece
Que un mago en una nube le arrebata,
Y con él por los aires desparece?

En un valle obscurísimo remata
El viejo endemoniado su carrera,
Y al huesped á cumplidos le maltrata.

Baja á una gruta inhabitable y fiera,
Sepulcro de los tiempos que han pasado (*),
Y le entretiene alli, quiera ó no quiera.

¡Cuánta vasija y unto preparado
Tiene! ¡cuánto ingrediente venenoso,
Que al triste que lo vé deja admirado!

Alli le enseña en un artificioso
Cristal la descendencia dilatada,
Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso.

Y mira una ficcion muy adecuada;
Pues aunque algun censor la culparia
De impertinente, absurda y dislocada,

Siempre logras con esta fechoría
El linage ensalzar de tu Mecenas,
Que no te faltará, por vida mia.

Y si tales patrañas son agenas
De su alcurnia ¿qué importa? Si conviene,
Con Hector el troyano la encadenas:

(*) Quevedo.

Porque un poeta facultades tiene
Sin límite ni cotos, escribiendo
Todo cuanto á la pluma se le viene.

Pero ya me parece que estoy viendo
Sobre un carro de fuego remontados,
Los dos amigos que la van corriendo.

¡Válame Dios, y qué regocijados,
Gentes, ciudades, reinos populosos
Examinan, y climas ignorados!

De Libia los desiertos arenosos,
El hondo mar que hinchado se alborota,
Montes nevados, prados olorosos.

De la septentrional playa remota,
Al cabo que dobló Vasco de Gama,
El sabio Tragasmon registra y nota.

Vuelve despues donde la ardiente llama
Del sol se oculta, al espirar el dia,
Dándole Tetis hospedage y cama.

Y en su precipitada correría,
Al huesped volador hace patente
Cuanto de Europa el ancho mar desvia.

Muda el auriga hácia el rosado oriente
El rumbo, y á los reinos de la aurora
Los lleva el carro de pyropo ardiente....

Pero de un criticón me acuerdo ahora,
Grave, tenaz, ridículo, pedante,
Que vierte hiel su lengua detractora.

¡Cómo salta de cólera al instante
Con estas invenciones! ¡Cuál blasfema!
Si se llega á irritar, no hay quien le aguante.

No quiere que haya encantos ¡linda tema!
Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,
Y el libro en que lo halló desgarra y quema.

Si al héroe por acaso le enamoras
De una beldad que yace encastillada,
Guardándola un dragon á todas horas,

Y el caballero de una cuchillada
Al escamoso culebron degüella,
Mi crítico infernal luego se enfada.

Ni hay que decirle que la tal doncella
Es hermana del sabio Malambruno,
El cual su doncellez asi atropella;

Que á dura cárcel, soledad y ayuno
Por un chisme no mas la ha reducido,
Sin que sepa sus lástimas ninguno.

No señor, nada basta; enfurecido,
Contra el mísero autor se despepita,
Y en nada el inocente le ha ofendido.

"¡Abundancia infeliz! ¡vena maldita!"
Dice en horrenda voz, "que impetuosa
»Como turbio raudal se precipita.

»El gusto y la razon, en verso, en prosa,
»La invencion rectifiquen; que sin esto,
»Jamás se acertará ninguna cosa.

»Mi patria llora el egemplar funesto:
»Su teatro en errores sepultado,
»A la verdad y á la belleza opuesto,

»Muestra lo que produce el estragado
»Talento, que sin luz se descamina,
»De la docta eleccion abandonado.

»Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
»La hispana musa, y desdeñó arrogante
»La humilde sencillez griega y latina.

»Dió á la comedia estilo retumbante,
»Figurado, sutil ó tenebroso,
»De la debida propiedad distante.

»Halló en la escena el vulgo clamoroso
»Pintadas y aplaudidas las acciones
»A que le inclina su vivir vicioso.

»Y en vez de dar un freno á sus pasiones
»En la enseñanza de verdades puras,
»Mezcladas entre honestas invenciones,

»Oye solo mentiras y locuras,
»Celebra y paga enormes desaciertos,
»Y de juicio y moral se queda á obscuras.

»¡Qué es ver saltar entre hacinados muertos,
»Hecha la escena campo de batalla,
»A un paladin, enderezando tuertos!

»¡Qué es ver, cubierta de loriga y malla,
»Blandir el asta á una muger guerrera,
»Y hacer estragos en la infiel canalla!

»Á cada instante hay duelos y quimeras,
»Sueños terribles que se ven cumplidos,
»Fatídico puñal, fantasma fiera,

»Desfloradas princesas, aturdidos
»Enamorados, ronda, galanteo,
»Jardin, escala y zelos repetidos.

»Esclava fiel, astuta en el empleo
»De enredar una trama delincuente,
»Y conducir amantes al careo.

»Alli se ven salir confusamente
»Damas, emperadores, cardenales,
»Y algun bufon pesado é insolente.

»Y aunque son á su estado desiguales,
»Con todos trata, le celebran todos,
»Y se mezcla en asuntos principales.

»Alli se ven nuestros abuelos godos,
»Sus costumbres, su heróica bizarría,
»Desfiguradas de diversos modos.

»Todo arrogancia y falsa valentía:
»Todos jaques, ninguno caballero,
»Como mi patria los miró algun dia.

»No es mas que un mentecato pendenciero
»El gran Cortés, y el hijo de Jimena
»Un baladron de charpas y gifero.

»Cinco siglos y mas, y una docena
»De acciones junta el numen ignorante
»Que á tanto delirar se desenfrena.

»Ya veis los muros de Florencia ó Gante:
»Ya el son del pito los transforma al punto
»En los desiertos que corona Atlante.

»Luego aparece amontonado y junto,
»(Asi lo quiere mágico embolismo)
»Dublin y Atenas, Menfis y Sagunto.

»Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo
»Se ven patentes las eternas penas,
»Y el ignorado centro del abismo,

»Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
»Repitiéndose mísero lamento
»Por las estancias de dolores llenas?

»¡Oh qué abominacion!" dice el sangriento
Censor injusto, y dando manotadas,
Se levanta furioso del asiento.

Estas críticas, Fabio, son dictadas
Por envidia y no mas, si bien lo miras,
Y no deben de ti ser escuchadas.

Las que repasas sin cesar y admiras
Insignes obras, á pesar de ingratos,
Te llevarán al término á que aspiras.

Mas te prometo: los alegres ratos
Que te visite el apolíneo coro,
No los has de vender nada baratos.

Pues aunque el tema popular no ignoro,
De que Cintio corona los poetas
De verde lauro, y no de perlas y oro,

Las mas descabelladas é indiscretas
Farsas te llenarán de patacones
Los desollados cofres y gavetas.

Sí, Fabio: las obrillas que dispones
Las hemos de vender todas al peso;
Y algo me tocará por mis lecciones.

Tu vena redundante hasta el exceso,
Que no conoce reglas ni camino,
Es lo que se requiere para eso.

Suelta toda la presa del molino:
Haz comedias sin número, te ruego,
Y vaya en cada frase un desatino.

Escribe dos, y luego siete, y luego
Imprime quince, y trama diez y nueve,
Y á tu musa venal no des sosiego.

Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia y casos prodigiosos;
Que asi el humano corazon se mueve.

Salga el carro del Sol, y los fogosos
Flegon y Etonte, salga Citerea
Mayando en estribillos enfadosos.

Diversa accion cada jornada sea,
Con su galan, su dama, y un criado,
Que en dislates insípidos se emplea.

Echa vanos escrúpulos á un lado,
Llena de anacronismos y mentiras
El suceso que nadie habrá ignorado.

Y si á agradar al auditorio aspiras,
Y que sonando alegres risotadas
Él te celebre, cuando tú deliras,

Del muro arrojen á las estacadas
Moros de paja, si el asalto ordenas,
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.

Si del todo la pluma desenfrenas,
Date á la magia, forja encantamentos,
Y salgan los diablillos á docenas.

Aqui un palacio vuele por los vientos,
Alli un vejete se transforme en rana:
Todo asombro ha de ser, todo portentos.

De la historia oriental, griega y romana
Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.

Hector, Ciro, Caton, y los soldados
Fuertes de Anibal, con su gefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.

Verás qué diversion, verás qué gusto,
Cuando lloren de Fátima el desvío
Tarif, ó Muza, ó Alcamán robusto,

Que ciegos de amoroso desvarío,
La llaman en octavas y tercetos
Mi bien, mi vida, encanto dulce mio.

Tus galanes serán todos discretos,
Y la dama, no menos bachillera,
Metáforas derrame y epitetos.

¡Qué gracia, verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque!* Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borrachera.

Ni busques lo moral y lo decente
Para tus dramas, ni tras ello sudes;
Que alli todo se pasa y se consiente.

Todo se desfigura: no lo dudes,
Alli es heroicidad la altanería,
Y las debilidades son virtudes.

Y lo que Poncio alguna vez decia,
De que el pudor se ofende y el recato.....
Pero, ¡qué! si es aquella su manía.

Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete;
Con lo de infiel, traidor, aleve, ingrato.

La dama ha de esconder en su retrete
A dos ó tres galanes rondadores,
Preciado cada cual de matasiete.

Riñen, y salta por los corredores
El uno de ellos al jardin vecino;
Y encuentra alli peligros no menores.

El padre, oyendo cuchilladas, vino,
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que Chichon previno.

Pero un primo frenético y zeloso
Lo vuelve á trabucar, de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos alli fuera:
La dama escoge el suyo, y la segunda
Se casa de rondon con un cualquiera.

¡Oh vena sin igual, rara y fecunda,
La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda!

Esto debes hacer, esto se estila;
Y váyase Terencio á los orates,
Con Baquis, Menedemo y Antifila:

Que por él y otros pocos botarates,
Cobra la osada juventud espanto,
Y se malogran furibundos vates.

Tú, dichoso mortal, prepara en tanto,
Para ser celebérrimo poeta,
El numen y las sílabas al canto.

La cítara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,

Te alzarán á la cumbre de Helicona,
Donde cercado de las nueve hermanas
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas
De laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quién debes el honor que ganas,
Y agradécelo á mí que te he instruido.

EPÍSTOLAS.

Á DON SIMON RODRIGUEZ LASO, RECTOR DEL COLEGIO DE SAN CLEMENTE DE BOLONIA.

Laso, el instante que llamamos vida,
¿Es poco breve, dí, que el hombre deba
Su fin apresurar? Ó los que al mundo
Naturaleza dió males crueles,
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen
Con que aspiramos á acrecer la suma?

¿Ves afanarse en modos mil, buscando
Riquezas, fama, autoridad y honores,
La humana multitud ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
Verás que á la Deidad con atrevidos
Votos no canse y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta
De rudos troncos, al robusto alcazar
De los tiranos donde truena el bronce,

Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso
Todos lo son: que de un afecto en otro,
De una esperanza y otra y mil creidos,
Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.
Asi buscando el navegante asturo
La playa austral que en vano solicita,
Si ve, muriendo el sol, nube distante,
Allá dirige las hinchadas lonas.
Su error conoce al fin; pero distingue
Monte de hielo entre la niebla obscura,
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;
Hasta que horrible tempestad le cerca,
Braman las ondas, y aquilon sañudo
El fragil leño en remolinos hunde,
Ó yerto escollo de coral le rompe.

La paz del corazon, única y sola
Delicia del mortal, no la consigue
Sin que el furor de su ambicion reprima,
Sin que del vicio la coyunda logre
Intrépido romper. Ni hallarle espere
En la estrechez de sórdida pobreza,
Que las pálidas fiebres acompañan,
La desesperacion y los delitos,
Ni los metales que á mi Rey tributa
Lima opulenta poseyendo. El vulgo

Vano, sin luz, de la fortuna adora
El ídolo engañoso; la prudente
Moderacion es la virtud del sabio.

Feliz aquel que en aurea medianía,
Ambos extremos evitando, abraza
Ignorada quietud. Ni el bien ageno
Su paz turbó, ni de insolente orgullo
Las iras teme, ni el favor procura:
Suena en su labio la verdad, detesta
Al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe
Y envilecida multitud le adore.
Libre, inocente, obscuro, alegre vive,
Á nadie superior, de nadie esclavo.

¿Pero cuál frenesí la mente ocupa
Del hombre, y llena su existencia breve
De angustias y dolor? Tú, si en las horas
De largo estudio el corazon humano
Supiste conocer, ó en los famosos
Palacios donde la opulencia habita,
La astucia y corrupcion, ¿hallaste alguno
De los que el aura del favor sustenta,
Y martiriza áspera sed de imperio,
Que un placer guste, que una vez descanse?
¡Y cómo burla su esperanza, y postra

La suerte su ambicion! Los sube en alto,
Para que al suelo con mayor ruïna
Se precipiten. Como en noche obscura
Centella artificial los aires rompe;
La plebe admira el esplendor mentido
De su rápida luz: retumba y muere.

¿Ves, adornado con diamantes y oro,
De vestiduras séricas cubierto
Y púrpuras del sur que arrastra y pisa,
Al poderoso audaz? ¿La numerosa
Turba no ves que le saluda humilde,
Ocupando los pórticos sonoros
De la fábrica inmensa, que olvidado
De morir, ya decrépito levanta?
¡Ay! no le envidies, que en su pecho anidan
Tristes afanes. La brillante pompa,
Esclavitud magnífica, los humos
De adulacion servil, las militares
Puntas que en torno á defenderle asisten,
Ni los tesoros que avariento oculta,
Ni cien provincias á su ley sujetas,
Alivio le darán. Y en vano al sueño
Invoca en pavorosa y luenga noche;
Busca reposo en vano, y por las altas
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.

¡Oh tú, del Arlas vagaroso humilde
Orilla, rica de la mies de Ceres,
De pámpanos y olivos! ¡Verde prado
Que pasta mudo el ganadillo errante,
Aspero monte, opaca selva y fria!
¿Cuándo será que habitador dichoso
De cómodo, rural, pequeño albergue,
Templo de la Amistad y de las Musas,
Al cielo grato y á los hombres, vea
En deliciosa paz los años mios
Volar fugaces? Parca mesa, ameno
Jardin, de frutos abundante y flores,
Que yo cultivaré, sonoras aguas
Que de la altura al valle se deslicen,
Y lentas formen transparente lago
Á los cisnes de Venus, escondida
Gruta de musgo y de laurel cubierta,
Aves canoras, revolando alegres
Y libres como yo, rumor suäve
Que en torno zumbe del panal hibleo,
Y leves auras espirando olores;
Esto á mi corazon le basta..... Y cuando
Llegue el silencio de la noche eterna,
Descansaré, sombra feliz, si algunas
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

Á DON GASPAR DE JOVELLANOS.

Sí: la pura amistad, que en dulce nudo (2)
Nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
Ni la distancia, ni interpuestos montes
Y proceloso mar que suena ronco,
De mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio á mi cariño impuso
El son de Marte, que suspende ahora
La paz, la dulce paz. Sé que en obscura,
Deliciosa quietud, contento vives:
Siempre animado de incansable zelo
Por el público bien, de las virtudes
Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos, la verdad te anuncien
De mi constante fé; y el cielo en tanto
Vuélvame presto la ocasion de verte
Y renovar en familiar discurso
Cuanto á mi vista presentó del orbe
La varia escena. De mi patria orilla
A las que el Sena turbulento baña,

Teñido en sangre, del audaz britano
Dueño del mar al aterido belga,
Del Rhin profundo á las nevadas cumbres
Del Apenino, y la que en humo ardiente
Cubre y ceniza á Nápoles canora,
Pueblos, naciones visité distintas;
Util ciencia adquirí, que nunca enseña
Docta leccion en retirada estancia,
Que alli no ves la diferencia suma
Que el clima, el culto, la opinion, las artes,
Las leyes causan. Hallarásla solo,
Si al hombre estudias en el hombre mismo.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
Del Tibre, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuéseme dado
Vagar por ella, y de su gloria antigua
Contigo examinar los admirables
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
Resiste, quiso perdonar! Alumno
Tú de las Musas y las artes bellas,
Oráculo veraz de la alma historia,
¡Cuánta doctrina al afluente labio
Dieras, y cuántas, inflamado el numen,
Imágenes sublimes hallarias
En los destrozos del mayor imperio!

Cayó la gran ciudad que las naciones
Mas belicosas dominó, y con ella
Acabó el nombre y el valor latino;
Y la que osada, desde el Nilo al Betis,
Sus águilas llevó, prole de Marte,
Adornando de bárbaros trofeos
El Capitolio, conduciendo atados
Al carro de marfil reyes adustos
Entre el sonido de torcidas trompas
Y el ronco aplauso de los anchos foros,
La que dió leyes á la tierra, horrible
Noche la cubre, pereció. Ni esperes
Del antiguo valor hallar señales.

Estos desmoronados edificios,
Informes masas que el arado rompe,
Circos un tiempo, alcázares, teatros,
Termas, soberbios arcos y sepulcros,
Donde (fama es comun) tal vez se escucha
En el silencio de la sombra triste
Lamento funeral, la gloria acuerdan
Del pueblo ilustre de Quirino, y solo
Esto conserva á las futuras gentes
La señora del mundo, ínclita Roma.
¿Esto, y no mas, de su poder temido,
De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron

Ni su virtud, ni su saber, ni unida
Tanta opulencia mitigar del hado
La ley tremenda, ó dilatar el golpe?
¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden
Como la debil flor los fuertes muros,
Si los bronces y pórfidos quebranta,
Y los destruye, y los sepulta en polvo,
¿Para quién guarda su tesoro intacto
El avaro infeliz? ¿Á quién promete
Nombre inmortal la adulacion traidora,
Que la violencia ensalza y los delitos?
¿Por qué á la tumba presurosa corre
La humana estirpe, vengativa, airada,
Envidiosa..... ¿De qué, si cuanto existe
Y cuanto el hombre ve, todo es ruïnas?

Todo: que á no volver huyen las horas
Precipitadas, y á su fin conducen
De los altos imperios de la tierra
El caduco esplendor. Solo el oculto
Numen que anima el universo, eterno
Vive, y él solo es poderoso y grande.

Á LA MARQUESA DE VILLAFRANCA.

Con motivo del nacimiento de su hijo primogénito el Conde de Niebla.

Faltó mi anuncio, y generoso el cielo,
Mas que yo pude prevenir, destina
Felicidades á tu casa ilustre,
Cuando de tu cariño el digno fruto,
Señora, al mundo das. Juzgué que vieras
Tu sexo y gracias repetirse, y toda
Tu hermosura gentil en la querida
Prenda que dulce ya te mira y rie.
¡Oh vana prediccion! Mayor cuidado
Merece al Numen que sustenta el orbe
De los Toledos la prosapia excelsa:
Premios mas altos la virtud merece,
El tierno y casto amor, la no manchada
Pureza conyugal. Mira cumplidos
Los votos ya de tu feliz esposo,
Y los tuyos tambien, y los de tantos
Pueblos que ven en ti señora y madre.

Ese que aduermes en ebúrnea cuna
Pequeño infante, es un Guzman; de aquella

Estirpe clara sucesor, que un dia
Fue de la patria impenetrable escudo,
Y en su defensa derramó inflexible
La propia sangre. De Tarifa el alto
Muro, sitiado de agarenas huestes,
Supo guardar su generoso abuelo.
Vió de cadenas sin piedad ceñido
El joven infeliz, oyó sus voces,
Y el ruego y llanto de doliente esposa,
Y supo ser leal. Le ofrece el moro
Pactos indignos, y amenaza al cuello
Del inocente, si Guzman resiste;
Él se desciñe la temida espada,
La tira al campo y, si no quieres, dijo,
La tuya ensangrentar, esa es la mia.
¡Oh constancia! ¡oh valor! Vive, precioso
Niño, y el claro egemplo que los tuyos
Te dan, imita. Vive, si de tanta
Ilustre accion te ha de inflamar la gloria,
Que ya del vicio y corrupcion infame
Harto el estrago se difunde y crece.
La disciplina militar, el zelo
Por el público bien, costumbres puras
Faltaron..... Vive: que la patria nuestra
Honor, virtud, Guzmanes necesita.

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

Dedicándole la Comedia de la Mogigata.

Esta que me inspiró facil Talía
Moral ficcion, y aguarda numeroso
Pueblo que ocupe la española escena,
Voz adquiriendo, movimiento y formas,
Hoy te presento con afecto puro
De gratitud y amor: que en vano aspiro
Por otra senda á la dificil cumbre
Subir del Pindo, en vano; y muchas veces
Lloré burlado el atrevido intento.
¡Cuántas, pulsando las aönias cuerdas,
Quise prendar con números suäves
La esquiva hermosa, que en silencio adoro,
Y la voz imitar y la armonía
Que un tiempo el eco en la floresta verde
Repitió del Zurguén! Quise, animado
De mas sublime ardor, sonando Clio
La trompa que marcial ira difunde,
De España celebrar los altos triunfos,
Del cuello altivo sacudiendo rota
La bárbara coyunda; en las arenas
De Libia ardiente el vencedor vencido;

Numancia satisfecha en el estrago
De la soberbia Roma, abandonada
Al espantoso militar desorden;
Dueño Cortés del estandarte de oro
En los valles de Otumba, y á sus plantas
El cetro occidental. Pero ofendida
Culpó mi error la Musa de Menandro,
Y la cítara y flautas pastoriles
Quitóme airada, y el clarin de Marte.

Sigue, me dijo, por el rumbo solo
Que te indica mi voz, si honor procuras
Que á pesar del silencio de la muerte
Haga tu nombre eterno. Yo amorosa
Una y mil veces en tu labio infante
Dulce beso imprimí, y al repetido
Celeste arrullo que entoné, dormias.
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,
Y en ti los que vertió propicios dones
Naturaleza, cultivar me plugo.
Ya con festiva aclamacion sonando
La patria escena, en su alabanza justa
Tu gloria afirma. Sigue, y en la cumbre
Del sagrado Helicon, que Cintio baña
Con su luz inmortal, las Musas bellas
De hiedra y lauros te darán corona.

No te ofenda, señor, si tan humilde
Tributo te consagro; ¿y cuál sería
De la grandeza de tu nombre digno?
Limitado es el don, rico el deseo;
Y no bastando á mas la vena esteril,
Cuanto puedo te doy. Asi postrado
Ante las aras que levanta rudas,
Suele el cultor acumular los frutos
Sencillos de su campo, y los ofrece
Al alto numen tutelar que adora,
Y aromas vierte agradecido, y flores.

AL MISMO.

Buscando alivio á mi salud endeble,
Me vine á guarecer en la aspereza
De estos peñascos, del ardor estivo
Que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio,
Paz en el alma, soledad queria,
Frescura y sombras. Encerré con llave
Los doctos libros, que el talento ilustran,
Y el vigor al estómago destruyen.
Holgar quise y vivir; y apenas llego
A las orillas que fecunda el Arlas,

Coronada la sien de humildes juncos,
Inesperada pesadumbre altera
Mis honrados propósitos. ¿Adonde
Sabré ocultarme, si habitando ahora
Rústico albergue, defendido en torno
De precipicios y fragosas cumbres,
Aqui me induce á traducir mi estrella?

Pero en vano será. Como sucede
Una vez y otras muchas al cuitado
Que no tiene comercio, hacienda, casa,
Ni oficio, ni pension, ni renta, y vive
Tranquilo; en tanto que la numerosa
Turba á quien debe el aire que respira,
Se afana en perseguirle. El escribano
Le cita, el alguacil le acecha y busca,
Manda Marquina que sus deudas pague,
Y no las paga: al Soberano acuden,
Manda que pague, y su pobreza extrema
Privilegio le da seguro y cierto
De no pagar jamas. Yo asi, fiado
De la ignorancia que padezco y lloro,
Venerando el precepto que me impone
Mi generoso protector, me eximo
De obedecerle. Si entender pudiese
Lengua que no aprendí, traduciria

En culta frase de Leon y Herrera,
Los garabatos que del norte frio
Vienen al Tajo mendigando ahora
Glosa y comentador. Ó si aspirase
A conseguir, sin merecerle, el nombre
De poligloto y helenista insigne,
Amigos tengo, y con agenas plumas
Me presentára intrépido y soberbio,
Y la alquilada erudicion pudiera
Valerme aplauso entre la plebe osada
De los pedantes, cuya ciencia es solo
Mentir doctrina, aparentar estudios.

Nunca, señor, de la impostura el arte
Supe adquirir. Mucho talento anuncia,
Mucha constancia y direccion prudente
El acercarse de Minerva al templo.
La vida es breve: el límite se ignora
Que debió á su Hacedor la siempre varia
Robusta en producir naturaleza.
Las artes que la imitan, aspirando
Á conseguir la perfeccion, desisten
Á su vista confusas y cobardes
Del atrevido intento. Un primor solo,
Una sola verdad, á sus alumnos
Cuesta prolijo afan, y aquel que logra

Adelantarse en la difícil via
Á los que siguen con incierta planta
El mismo generoso intento, adquiere
Ilustre honor que en las edades vive.
Sabio le llama el mundo, porque en una
Ciencia alcanzó lo que anhelaron muchos;
No porque en ella al término llegase,
Que inaccesible de los hombres huye.
Solo el pedante vocinglero, hinchado
De vanidad y ponzoñosa envidia,
Todo lo sabe. En el café gobierna
Los imperios del orbe, y mientras bebe
Diez copas de licor, sorprende, asalta,
Gana de Gibraltar el puerto y muro.
Consultadle, señor, vereis qué pronto
Cubriendo el mar de naves españolas,
Sin fatiga, sin gasto, á Irlanda ocupa,
Y los tesoros de Jamaica os pone
En la calle mayor. ¿Quereis oirle
Por tres horas no mas? Latin, tudesco,
Árabe, griego, mejicano y chino,
Cuantos idiomas hay, cuantos pudiera
Haber, los sabe. Erudicion, historia,
Náutica, esgrima, metalurgia y leyes,
En todo es superior, único y solo.
Poco estima á Mozart: nota con ceño

Que Cimarosa en tal ó tal motivo
No estuvo muy feliz. Habla y decide
En materia de escorzos y contrastes,
Tonos de luz, degradacion de tintas,
Pliegues y grupos. Convulsion padece
Con el silabizar de Garcilaso,
¡Tan delicado tímpano es el suyo!
Las faltas ve de propiedad y estilo
En que se deslizó la mal tajada
Péñola de Cervantes..... Vive, insigne
Honor y gloria de la edad presente,
Para instruccion comun: esplendorosa
Lámpara, no te apagues. Yo, que admiro
La vasta enciclopédica doctrina
Que ostentas en banquetes clamorosos,
No te la sé envidiar: y si consigo
Que alguna vez mi rudo verso escuche
Aquel que alivia el grave peso á Carlos
En la dominacion de tanto imperio,
Á mas no aspira mi talento humilde.

AL MISMO, EN LENGUAGE Y VERSO ANTIGUO.

A vos el apuesto complido garzon (3),
Asmándovos grato la péñola mia,
Vos faz omildosa la su cortesía
Con metros polidos vulgares en son;
Cá non era suyo latino sermon
Trobar, é con ese decirvos loores:
Calonges é prestes, que son sabidores,
La parla vos fablen de Tulio y Maron.

Por ende, si tanto la suerte me dá,
Maguer que vos diga roman paladino,
Fiducia me viene que lueñe é vecino
La gen acuciosa mi carta verá:
É vuesas faciendas que luego dirá
Gravedosa estoria por modo sotil,
Serán de Castilla mil eras é mil
Membranza placiente que non finirá.

É tanto merece falagos é amor
Aquel que alegroso nos dió bienandanza,
É al comun conorte la mucha amistanza
Ovo de Don Carlos, el nueso señor.

Sepades, le dijo, buen alcanzador
Que en todo el mi regno vos fago imperante;
Á tal que del sceptro dorado, pesante,
La grave fadiga semeje menor.

Catad que mis fijos demandan de mí
De ser aducidos en sancta equidad:
Á non acuitallos las mientes parad:
En algos abonden é pan otrosí;
É cuando mis tierras (que tal non creí)
Mesnadas de allende osaren correr,
Faced á los mios punar é vencer,
Cá siempre ganosos de liza los ví.

É ved non fallezcan á tal ocasion
Lorigas, paveses é todo lo al,
É mucho trotero ardido é leal
De los mas preciados que en Córdoba son,
É fustas con luengo ferrado espolon,
Guarnidas de tiros que lancen pelotas;
Non cuide aviltarnos, mandando sus flotas
Al nueso lindero la escura Albïon.

É guay, non aduzga mintrosa la paz
Al valor nativo dañïnos placeres,
Nin seyan sofridos los vanos saberes

Que al mundo mancillas le dieron asáz.
Alli do pregonan olganza é solaz,
Alli rudo vulgo é sándio declina,
Divaga sañoso, virtud abomina;
Que tanto en él vale locuela sagaz.

Empero non yaga de error circuido;
La sciencia le amuestre su puro claror,
Non cure atristado ventura mayor,
En buen regimiento guardado é punido:
Ansi el caballero ruando lucido,
Acucia ó detiene la alfana que monta,
É parte, al agudo estímulo pronta,
Ó párase docil, el freno sentido.

Atal platicaba la su señoría,
É cedo el magnate respuso á Don Rey:
Non fuera nascido de alcuña de ley
Se al vueso talante non obedescía.
Solene omenage fago é pleitesía,
(É dijol tomando la cruz del espada)
Que finque la vuesa merced acatada,
É España recabde su prez é valía.

De entonce colmalla de bienes cuidó:
La paz se posara á su lado yocunda,

La cuita fenesce, de frutos abunda
El suelo que en sangre la guerra alagó,
La su dulcedumbre temores quitó
Del home entorpido que yaz en tristura,
É quisto de buenos la su derechura
Le fiz, é al inico sañoso aterró.

É vímosle á guisa de diestro adalid,
Faciendo reseña la hueste real,
Mandar sus hileras, é á son de atabal
Poner á los ojos la marcha é la lid:
Ansi de los muros miró de Madrid
La plebe agarena venir á cercalla,
Desnuda tizona, en tren de batalla,
Al bravo cabdillo que dijeron Cid.

¡Oh fuérale dado seguir el pendon
Que bordan castillos, cruces é leones,
Romper azañoso por los escuadrones
Bárbaros, de sangre teñido el troton!
Tímidos fuyeran ginete é peon,
En llama aburando sus tiendas caidas;
É á la funerea matanza é feridas,
Cuidáran que fuese Jacobo el patron.

Devédalo empero la pro comunal,

É del alto alcazar do tiene su silla,
Segundo en potencia le acata Castilla;
Sotil palaciano, sirviente leal:
Largosa, por ende, la mano reäl
Quisiera abastalle de dones subidos,
Cual nunca de alguno non fueron habidos,
Siquier home bueno, siquier principal.

É ved de cual arte ser quito pensó
El Rey, que sesudo catára sus fechos:
Ayúntale dende con nudos estrechos
Al mesmo avolorio de donde nasció;
É luego é de sí voceros mandó
Que cedo á la rica Toledo se vayan,
É aquesa manceba garrida le trayan,
Fija del Infante que Dios perdonó.

La flor de lindeza, donaire é mesura
En ella se adunan, la bien paresciente:
De rojos corales su boca riënte,
Sobrando á la nieve su tez en albura,
La luz de sus ojos espléndida é pura,
La voz falagosa, gentil su ademan:
Florinda, la causa del nueso desman,
Non ovo tal gesto, nin tal apostura.

¡Oh! vivan entramos en plácida union,
No nunca empescida de fado siniestro,
Seyendo en el siglo criminoso nuestro
De virtud ecelsa dechado é blason:
La fama, do quiera, con alto pregon,
Su prole ventura perínclita cante,
E aquisten ilustre memoria durante
Su nome, sus fechos, su clara nacion.

Á UN MINISTRO, SOBRE LA UTILIDAD DE LA HISTORIA.

Ya el invierno, de nubes coronado,
Detuvo en hielos su corriente al rio:
Brama el Bóreas. Felices
Campos, á Dios; y tú, valle sombrío,
Á los placeres del amor sagrado,
Venus hoy te abandona y los amores,
Y el sol, cercano al capricornio frio,
De la noche los términos dilata.

No toleremos, no, que voladora
Asi pase la edad, si los mejores
Instantes que arrebata,
Negamos del estudio á las tareas.

Por él, mi dulce amigo,
La razon conducida,
Recibe del saber altas ideas.
En la carrera incierta de la vida
Dirigir puede al hombre, y enemigo
Del ocio torpe y la ignorancia obscura,
Ó le presta consuelo
En la adversa ocasion, ó le asegura
El favor de la suerte:
Justa obediencia, y justo imperio enseña.
Si á ti benigno el cielo
Miró al nacer y hoy colma de favores,
Pues no á las letras proteger desdeña
Tu mano generosa,
Ellas su auxilio deben ofrecerte.
Que no siempre de flores
La senda peligrosa
De la fortuna encontrarás cubierta:
Ni el timon abandona el marinero,
Por mas que el viento igual, propicio espire.

Docta la historia egemplo verdadero
Á tu razon presente,
De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.
Mira en ella los pueblos mas famosos
Que redimen sus fastos del olvido,

Si políticos ya, si belicosos
A tanta gloria, á tal poder llegaron:
Si en ellos se admiraron
Justicia, humanidad, costumbres puras;
Si fue de la virtud asilo el trono;
Si la ignorancia, las venganzas duras,
El ocio corruptor, el abandono,
Dieron causa á su estrago.

Ya no existís, naciones poderosas,
Vuestra gloria acabó. Tiro opulenta,
Persépolis, y tú, fiera Cartago,
Enemiga del pueblo de Quirino,
Ya no existís. Dudoso el caminante
En hórrido desierto
Os busca, y el bramido
De las fieras le aparta. La corriente
Sigue al Eufrates que tronando suena,
Y el lugar desconoce
Donde la Asiria Babilonia estuvo,
Que al héroe macedon miró triunfante.
Hoy cenagosos lagos, corrompido
Vapor, caliente arena,
Aspera selva, inculta, engendradora
De monstruos ponzoñosos,
Encuentra solo; y la ciudad que pudo

Del vencedor romano
El yugo sacudir, Palmira ilustre,
Yace desierta ahora:
Sus arcos y obeliscos suntuosos,
Montes son ya de trastornadas piedras,
Sus muros son ruïnas.
Hundió del tiempo la invisible mano
Entre arbustos estériles y hiedras
Los pórticos del foro
En columnas de Paro sostenidos,
Basas robustas y techumbres de oro
Donde el arte expresó formas divinas.....
¡Memorias de dolor! Alli apacienta
Su ganado el zagal, y absorto admira
Cómo repite el eco sus acentos,
Por las concavidades retumbando.

De tal desolacion la causa mira,
No tanto en los opuestos elementos
Embravecidos, cuando
Al austro obscuro el aquilon compite,
Y Jove en alto carro conducido
Fulmina á los alcázares centellas;
Ó cuando en las cavernas oprimido
Del centro de la tierra, el fuego brama
Con rumor espantoso,

Y en su reventazon muda los montes,
Ciudades arruïna,
Hierve el mar proceloso,
Y arde en sus ondas la violenta llama.
Que el hombre, el hombre mismo,
Si á la maldad declina,
Desconociendo términos, excede
A las iras del cielo y del abismo.

Triunfó insolente la impiedad, faltaron
Las leyes, el pudor, y los robustos
Imperios de la tierra
Debilitó cobarde tiranía.
Las delicias funestas enervaron
El amor de la patria, el ardimiento,
La disciplina militar, y el dia
Llegó terrible de discordia y guerra,
Que al orgullo mortal previno el hado
Para ejemplo á los siglos espantoso.
Y como desatado
Suele el torrente de la yerta cumbre
Bajar al valle, y resonando lleva,
Roto el margen con ímpetu violento,
Árboles, chozas y peñascos duros,
Rápido quebrantando y espumoso
De los puentes la grave pesadumbre,

Y la riqueza de los campos quita,
Y soberbio en el mar se precipita;
Asi bárbaras gentes descendiendo
Del norte helado en multitud inmensa
Contra la invicta Roma, estrago horrendo,
Muerte y esclavitud la destinaron,
Y al orbe que oprimió dieron venganza.
Asi, en edad distinta,
Osado el Trace, sin hallar defensa,
Excediendo el suceso á la esperanza,
Trastornó los imperios del oriente,
El trono de los Césares, la augusta
Ciudad de Constantino.
Grecia humilló su frente:
El Araxes y el Tigris proceloso,
Con el Jordan divino
Que al mar niega el tributo,
Las Arabias y Egipto fabuloso,
En servidumbre dura
Cayeron y opresion. Gimió vencida
La tierra que llenó de espanto y luto
De sus vagos egércitos impíos
La furia poderosa.

Mas como suele en los despojos frios
Que al sepulcro voraz lleva la muerte,

Buscar alivios á la fragil vida
La física estudiosa,
Tú asi, en la edad pasada examinando
De tantos pueblos la voluble suerte,
Las causas de su gloria y su ruïna,
Propio escarmiento harás la culpa agena,
Experiencia el aviso,
Y natural talento la doctrina.
Verás entonces que el que sabe impera,
Y en medio de las dichas preparando
El ánimo robusto
Contra la adversidad, ó la modera
Ó la resiste intrépido. Que el mando
Es delicioso, si templado y justo
La union social mantiene,
Los intereses públicos procura,
La ley se cumple, y ceden las pasiones.
Que el poder, no en violencia se asegura,
Ni el horror del suplicio le sostiene,
Ni armados escuadrones;
Pues donde amor faltó, la fuerza es vana.

Tú lo sabes, señor, y en tus acciones
Ejemplo das. Tú la virtud obscura,
Tú la inocencia amparas. Si olvidado
El mérito se vió, tú le coronas:

Las letras á tu sombra florecieron,
El zelo aplaudes, el error perdonas,
Y el premio á tus aciertos recibiste
En placer interior que el alma siente.

¡Oh! pues tan altos dones mereciste
Al Numen bienhechor, que generoso
Igualó con tus prendas tu fortuna,
Roba instantes al tiempo presuroso,
Ilustrando la mente
Con nuevas luces, si te falta alguna.

Á ANDRÉS.

¿Quieres casarte, Andrés? ¿Ó te propones (4)
A mi dictamen acceder sumiso?
¿Tan docil es tu amor? ¿Ó tan dudoso
El mérito será de tu futura
Doña Gregoria, que el quererla mucho
Ó no quererla de mi voz depende?
En fin, si mi opinion saber deseas,
Te la diré; pero el asunto es grave
Y toca en la moral filosofia;
No se diga de mí, que en delicadas
Materias uso de pedestre estilo

Y frase popular. Tú, que las noches
Pasas leyendo la moderna solfa
De nuestros cisnes, y por ella olvidas
De Lope y Laso la diccion, escucha,
Que en la misiva que á copiarte empiezo,
Mi dictamen te doy, no te conjuro.

"Si tus abriles, bonancibles años,
»Que meció cuna en menear dormido,
»Del bostezante sueñecito umbratil
»Huyen, y huyendo, amigo Andrés, no tornan;
»¿Qué nube de esperanzas y deseos
»Te halaga en derredor? ¡Ay! teme, teme
»Letargoso placer, velar cargoso
»Y rugosa inquietud que á par te cercan.
»Entra, amigo, en ti mismo, ó si te place
»Huye dentro de ti: consulta un rato
»La sensatez en lóbrego silencio,
»Y hondamente exclamante ella te aleje
»De la deshermandad desamistada,
»Que los cuidados cárdenos profusa.
»Presto será que el pestilente soplo
»Del ejemplo mortal de un mundo infecto,
»Arideciendo el alma infructuosa,
»Sin esperanza la semilla ahogue
»Que natura plantó: ni el freno triste,

»Ni el helado compás de la prudencia,
»Su vividor hervir harán que cese.

»Todo al tiempo sucumbe: el cedro añoso,
»La docil caña en gratitud riendo
»Dulce, como de leve niebla umbría
»El insensato orgullo. Infortunado
»Clima aridece ya con sus heladas,
»Crugientes pesadumbres y fraguras
»El numen invernal: llegan las horas
»De hielo y luto, y se empavesa el cielo.
»Salud, lúgubres dias, horrorosos
»Aquilones, salud; que ya se cubre
»Selvosa soledad de nieve fria,
»Y el alto sol mirándola se embebe.
»Ábrego silbador, cierzo bramante
»Ya la tormenta excitan borrascosa:
»Soplan el soplo de venganza, y nubes
»Obscuras en los vientos cabalgando
»Bañan y abisman los tranquilos surcos.

»Empero ley primaveral que vuelve
»Docil se presta al oreante soplo
»Del aura matinal: cuanto es só el cielo
»Todo anuncia placer: la etérea playa
»Velada en esplendor, colma la selva

»De profusion fragante, los soplillos
»Del favonio y el *beé* de las simplillas
»Corderas, que yerbilla pastan verde.
»¡Oh coronilla! á ti tambien te veo
»Y la sien de la espiga, aunque levante
»El abrojo su frente ignominiosa.
»Las fuentes, los arroyos saltadores,
»Sierpes de nacar, con albores giran;
»Forman torcidas calles, y jugando
»Con las flores se van. Canta el pardillo
»Y ledo mira al sol, vuela y se posa,
»Ó al vislumbrar de la modesta luna,
»Le responde la eco solitaria.

»La estacion estival en pos se sigue,
»Y el agosto abrasado ahoga las flores
»Con ardor descollante. Palidece
»El musgoso verdor, oigo quejarse
»En seco son el vértigo del polvo;
»Y lo que por do quier bañado en vida
»El céfiro halagaba, extinto yace.
»El sol en su hosquedad desjuga el suelo,
»Y mientra amiga la espigosa Ceres
»Con la pecha del trigo desuraña
»Al cultor fatigado, los umbrosos
»Frescores el postrer aliento rien.

»Luego con sus guirnaldas pampanosas
»Octubre empampanado, en calma frente,
»La alegría otoñal nos da que vuelva:
»A la esperanza la corona el goce,
»Y la balanza justa al sol voluble
»Ya le aprisiona en sus palacios frescos.
»Cefirillo tal vez enamorado
»De alguna poma, bate el ala, y llega,
»Y la besa, y la deja, y torna, y mece
»Las hojitas, y bulle, y gira, y para,
»Y huye, y torna á mecer..... Dejad que ciña
»La temulenta síen, ¡oh ninfas blondas!
»Mil veces Evohé..... Cien copas pido,
»Y en pos, y á par, y cabe mí colmadlas,
»Y otras ciento me dad..... Asi natura,
»Las leyes no exorables acatando,
»Próvida el perenal destino sigue,
»Engranando los seres con los seres;
»Que unos de otros en pos, en rauda marcha,
»Crecen, y llegan, y los tragan, y huyen.

»¡Ay, amigo hermanal! Cauto desoye
»Luengos transportes y cobarde miedo,
»Que á la infantina juventud apena.
»Se alejan ya los intornables dias,
»Tremolando el terror. Ocia, si es dado;

»No quieras zozobrar en el arrollo,
»Con los reveses reluchando indocil.
»¿Ves la rueda insociable de fortuna
»Resaltar vacilante, en rechinido
»Y agudo retiñir? ¿y cómo torva
»La insaciabilidad del oro insomne
»La avaricia clavó dentro del pecho?
»¿Ves la envidia voraz? ¿Ves la perfidia,
»Riendo muertes, profusar protervias,
»Y el puñal del desprecio, la ponzoña
»De la doblez, los hielos del olvido,
»Que la alma fuente del sentir cegaron?
»Héme en fin junto á ti: que ya te tiendo
»Un brazo de salud. ¡Ay! no disocies
»A la fiel confianza de tu frente.
»Con el destino escuda la dureza,
»Y flecha tu interior con las memorias.
»No el díscolo interes, soplando esteril,
»Impida de tu pecho al golfo umbrío,
»Que en claridad lumbrosa se desnuble.

»El hombre es solo quien guarnece al hombre,
»Mi buen Andrés. No marques en oprobio
»Tu vivir breve: al sexual cariño
»El brutal apetito rinda el cetro,
»Y cubre con tu mano tu deshonra.

»Que en cuanto vieres navegar los astros,
»Verás, ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! que es llanto el gozo:
»Que las pasiones para siempre yacen,
»Yacen, sí, yacen: á la tumba lleva
»El frio del no ser: entre horfandades
»Pasea en espectáculo profundo
»La muerte el carro, y propiciar no puede
»Mas al mortal que suspirar deseos."

¿Me has entendido, Andrés? Si reconoces
Que de tan inhumana gerigonza
Nada se entiende, y te quedaste á obscuras,
Quema tus libros y renuncia al pacto,
Y hasta que aprecies el hablar castizo
De tus abuelos, solteron te queda;
Y que Doña Gregoria determine
Lo que la esté mejor. Si mi discurso
Enfático-dogmático-trifauce
Te ha parecido bien, y en él admiras
Repetido el primor de tus modelos,
No te detengas: cásate esta noche,
Y larga sucesion te den las furias.

Á CLAUDIO.

El Filosofastro.

Ayer Don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan solo es importuno,
Presumido, embrollon, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Mas que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuantas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidio de almorzar. Cedí al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazon chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
(Á tres pages hambrientos y golosos
Racion cumplida), y en cristal luciente,
Agua que serenó barro de Andujar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorven la pocion suave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento

Mira la enferma res, que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huesped el don que le presento opímo.

Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedia,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas
Que por eso calló: diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmon. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin, en ronca voz: ¡Oh edad nefanda,
Vicios abominables! ¡oh costumbres!
¡Oh corrupcion! exclama; y de camino
Dos tortas se tragó. ¡Que á tanto llegue
Nuestra depravacion, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
Á la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz; por él Europa,
La culta Europa en el oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas

Naturaleza el cinamomo ardiente:
Y para que mas grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,
Que en África compró, simple y desnudo.
¡Oh! ¡qué abominacion! Dijo, y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo cangilon quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa
Llanto causa tambien, de marmol eres:
Que es mucha erudicion, zelo muy puro,
Mucho prurito de censura estóica
El de mi huesped; y este zelo, y esta
Comezon docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Mas difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, mas inovadores,
Pero mejores no. Mucha doctrina,
Poca virtud. No hay picaron tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria
En la Puerta del Sol, y alli gobierne
Los estados del mundo, las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.

Próculo, que se viste y calza y come
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral. Névio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupcion de aqui. Zenon, que trata
De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduele
De que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;
Y habla de patriotismo.... Claudio, todos
Predican ya virtud, como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora.....
Dichoso aquel que la practica y calla.

ODAS.

Á LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA.

Con motivo de la fiesta secular celebrada en Lendinara (Estado veneciano) el año de 1795.

YA los felices campos que corona (5)
Profundo el Pó, y el Atesis fecunda,
Oigo sonar con voces de alegría
Que repiten los ecos.

Llena de pueblo, Lendinara humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
De la tierna doncella, á cuya planta
Yace el dragon temido.

Mármoles y oro que su templo visten
Fúlgidos brillan, y á los corvos techos,
Que el pincel abultó de formas bellas,
Sube el incienso en humo.

Al venerado simulacro en torno
Votos ofrecen: dulce melodía
Hiere los aires, y en acordes himnos
Alto Numen adoran.

Madre piadosa, que el lamento humano
Calma, y el brazo vengador suspende,
Cuando al castigo se levanta y tiembla
De su amago el Olimpo;

Ella su pueblo cariñosa guarda:
Ella disipa los acerbos males
Que al mundo cercan, y á su imperio prontos
Los elementos ceden.

Basta su voz á conturbar los senos
Donde cercado de tiniebla eterna
Reina el tirano aborrecido, origen
De la primera culpa.

Basta su voz á serenar del hondo
Mar, que los vientos rápidos agitan,
Las crespas olas, y romper las nubes
Donde retumba el trueno.

Ó ya la tierra con rumor confuso
Suene, y el fuego que su centro oculta
Haga los montes vacilar, cayendo
Los alcázares altos;

Ó ya, sus alas sacudiendo negras,
El austro aliento venenoso esparza,
Y á las naciones populosas lleve
Desolacion horrible;

Ella invocada, de el sublime asiento
Desde donde á sus pies ve las estrellas,
Quietud impone al mundo, y los estragos
Cesan, y huye la muerte.

¡Oh! celebradla: y el dichoso dia,
Que nos detuvo perezoso el tiempo,
De fé, de gratitud, ejemplo sea
A los futuros siglos.

Y si no es dado que mi lengua alterne
En ritmo ausonio y sus elogios cante,
Ella comprende, aunque de voz carezca,
El idioma del alma.

Sí: tú me inspira, y en amor divino
Arda por ti mi corazon, y anhele
Solo adorarte, como los eternos
Espíritus te adoran:

Que nada estorba para serte grato,
Virgen hermosa, que en hispano verso
Rudo, sin arte, humilde te celebre,
Si religion le dicta.

En él te invoca de esperanza llena
Mi madre España, que á tu culto santo,
Hasta el vencido antípoda remoto
Aras dedica y templos.

Á LA MUERTE DE CARLOS III., Y ADVENIMIENTO DE CARLOS IV. AL TRONO.

Robó con dura mano
La parca el alto honor del patrio suelo,
Y su espacio llenó de asombro y pena:
Y al golpe absorta, procurando en vano
Á su afliccion consuelo,
La madre España con la faz llorosa,
Pálida y triste, la region serena
Y el mar turbó con lúgubre gemido,
De el África arenosa
Al cántabro feroz nunca vencido.
Parténope su llanto
Acompañó con ecos funerales,
Que oyó doliente la ciudad de Flora.
Atrás volvió sus ondas con espanto
El Tajo, y los reales
Alcázares huyó de la opulenta
Corte de Luso, y turbulento ahora
Ve por los anchos términos que baña
Cuanto, ¡oh muerte violenta!
Cuanto quitaste á la infeliz España.
Pero el cielo concede
Límite á su dolor, que nunca pudo

Al linage mortal durar eterno
El lloro ni el placer. Asi sucede
Al diciembre desnudo
La estacion bella que el abril repite;
Y el valle que cubrió rígido invierno
De nieve y hielos, produciendo flores,
Nuevo placer permite
Á la madre de amor y á los amores.
   Huyó con raudo vuelo
De Carlos el espíritu dichoso
Adonde se ciñó mejor corona.
Numen es tutelar que desde el cielo
Asiste poderoso
A la nacion. Ni pudo con su vida
Su favor acabar: no la abandona,
Vive á la tierra, y de su imperio justo
La gloria repetida
Verá, reinando el heredero augusto.
   Sí: que alumno constante
Del arte de reinar, oyó á su lado
Dictar al mundo las sagradas leyes,
Que adora y cumple, y vió por él triunfante
La patria, y humillado
El vicio y el error. Que asi se alcanza
Honor digno y sublime entre los Reyes.
No hay gloria sin virtud. El abandono,

La impiedad, la venganza,
Tal vez convierten en afrenta el trono.
  Tal vez la incorruptible
Posteridad con brazo prepotente
Los ídolos trastorna que adoraba
Sacrílego el temor, y aborrecible
Vuela de gente en gente
La memoria de un Príncipe tirano.
Irrita al cielo, y su poder se acaba,
No la abominacion de sus acciones,
Que vive el inhumano
Para ejemplo y horror de las naciones.
  No asi tú, que has sabido
Imitar las virtudes gloriösas
De un padre ilustre. ¡Oh CARLOS! ¡Cuánto espera
De ti la patria! ¡Oh cuánto ha concedido
Con manos generosas
El cielo á tu nacion! Ya se engrandece
Por ti, tu nombre aplaude y le venera,
Y alzando los pendones de Castilla,
Hoy el cetro te ofrece
De un mundo y otro, que á tu pie se humilla.
  El cetro que heredaste
Le mereces tambien. La paz festiva
Entre las ciencias y las artes bellas,
Que desde tu niñez remuneraste,

Ciñe de verde oliva
Tu diadema real. Edad dichosa
Darás al mundo, si prosperan ellas:
Que la ignorancia torpe en vituperio
Y ruina lastimosa
Muda la pompa del mayor imperio.
No, no acerqueis la planta
Al solio de mi Rey, abominados
Monstruos que el vicio de las cortes cria;
Calumnia atroz que la inocencia santa
Pisas, y á los malvados,
Indignos de vivir, de honores llenas;
Fanatismo cruel, licencia impía:
Y tú, nacida para oprobio eterno
Del orbe que envenenas,
Pérfida adulacion, huye al Averno.
Huye, que la justicia,
La prudencia, el valor apoyo ofrecen
Y larga duracion al cetro hispano.
Ya del nuevo esplendor fueron primicia
Acciones que merecen
Alabanza inmortal; y..... ¡oh! nunca osada
La discordia vertiendo de su mano
Escándalos, horror, luto á la tierra,
De víboras crinada,
Las puertas rompa al templo de la guerra.

Que el estruendo espantoso
De Mavorte, y las trágicas victorias
En los excesos del furor violentos
Gratos no son á un ánimo piadoso.
A mas ilustres glorias
Aspira, ¡oh CARLOS! mas si acaso intentan,
Violando los sagrados juramentos,
Enemigas potencias ofenderte,
Fulmina el rayo, y sientan
Juntos amago y golpe y ruina y muerte.
Que asi verás temido
Tu nombre excelso. La malicia humana
Tal escarmiento á sus violencias pide.
Y depuesto el rigor, y engrandecido
De la corona hispana
El honor y el poder, si al mundo hicieres
Que el hijo de la guerra te apellide,
Haz que despues benéfico te vea
Cuando á tu reino dieres
El aureo siglo de Saturno y Rea.
¡Oh cuánto el Dios de Cinto
Me inspira! ¡Oh cuánto su furor me inflama!
Ya de los años el girar futuro
A mi vista pasó. Miro distinto
Del templo de la Fama
El alto techo y arquitrabes de oro

Que en cien columnas de diamante duro
Cargan, y escucho el gran rumor, suspenso
Que el cóncavo sonoro
Vuelve, temblando el edificio inmenso.
Alli tu nombre suena,
Alli abultada en mármoles se ofrece
La serie de los ínclitos varones,
Cuya fama inmortal dos mundos llena.
Sacro laurel guarnece
Las lises de Borbon, las quinas santas,
El águila imperial y tus leones;
Y viendo alli entre todas eminente
Tu imagen, á sus plantas
Me postro humilde en pasmo reverente.
Y aquella te acompaña
Alta deidad, que en su feliz ribera
Vió nacer el Erídano sonante
A ser delicias de tu dulce España,
Que en ella considera
El don mayor que ha merecido al cielo.
¡Oh cómo la bondad en su semblante
Muestra y el claro ingenio peregrino,
Blason de nuestro suelo,
Y esfuerzo acaso del poder divino!
Festiva la rodea
Su prole hermosa, y suenan los acentos

Del pequeñuelo CARLOS y FERNANDO:
FERNANDO, en cuya vida el cielo emplea
Repetidos portentos,
Porque ha de ser en los futuros dias
De Hesperia honor, las prendas imitando
De los suyos..... ¡Oh Dios omnipotente,
Que tantas alegrías
Permites hoy á la española gente!
¡Oh Señor, si á tu oido
El ruego humano es grato, si piadoso
Miras á la nacion que fiel te adora,
CARLOS viva feliz, y su extendido
Imperio haga dichoso
Émulo de tal padre y tal maestro!
Viva de tanto bien merecedora
La Augusta, y aplaudir su nombre vea
Mientras el orbe nuestro
En torno gire de la luz Febea.
Mas ya el rumor se extiende,
Y el júbilo comun por todas partes
El suspirado instante nos avisa:
El son de Marte las esferas hiende:
Á CARLOS y LUISA
Madrid aclama, tremolando al viento
Por su nuevo Señor los estandartes,
Y ya empuñando su clarin canoro

Con presto movimiento
La Fama dilató las plumas de oro.
Vos, ciñendo de flores
La docta frente y de laurel divino,
Pulsad la acorde cítara, poetas,
Y divulgad al mundo sus loores.
Pues si el hado previno
Honor durable al metro numeroso,
Que ¡oh tiempo raudo! en tu furor respetas,
Si el vuestro ensalza de mi Rey la gloria,
Nunca mas venturoso
Objeto tuvo el verso ni la historia.
¡Oh si mi voz pudiera
Al asunto bastar! ¡Oh si mi canto
Fuese tal como es grande mi deseo!
Yo al son del plectro conmover hiciera
Los reinos del espanto,
Y del ardor fatídico encendido
Que ya en mi mente derramó Timbreo,
Prosperidad al orbe anunciaria,
Y el sármata aterido
Y el númida feroz me escucharia.
Mas no, mi dulce musa,
No te enagene el atrevido intento,
Que no es dado á la ronca humilde lira,
Entre el aplauso popular confusa,

Alzar al firmamento
Con digno estilo y elocuente pompa
Los semidioses que la tierra admira.
Otro los cante, y de la heróica Clio
Suene á su voz la trompa,
Que no es tan grande atrevimiento el mio.

Á LA MEMORIA DE DON NICOLÁS FERNANDEZ DE MORATIN.

FLUMISBO, el celebrado (6)
Cantor de Termodonte,
Por quien grato á las musas
Fue de Dorisa el nombre,

Ya las sombras habita
De los elísios bosques:
Llora, Venus hermosa,
Llorad, dulces amores.

Suelta la crencha de oro
Que el viento descompone,
La rica vestidura
Desceñida sin orden,

Erato, que suäve
Le colmó de favores,
Sobre la tumba fria
Hoy se reclina inmovil.

Del seno de su madre
El niño de los dioses
Batió veloz las alas,
Fugitivo se esconde.

Deshecho el arco inutil,
La venda airado rompe:
Ardió la corva aljaba
Y duros pasadores.

Es fama que en la selva,
Por donde lento corre
El Arlas, coronado
De olivo, hiedra y flores,

Sonó lamento ronco
De mal formadas voces,
Que en ecos repitieron
Las grutas de los montes.

Ninfas, la queja es vana,
Si dió la parca el golpe:
Ni vuelve lo que usurpa
El avaro Aqueronte.

Alzad un monumento
Con mirtos de Dione,
Ornado de laureles,
Guirnaldas y festones,

Entrelazando en ellos
La trompa de Mavorte
Y la cítara dulce
Del teyo Anacreonte,

Las coronas de Clio,
De Amor venda y arpones,
Y las aves de Venus
El obelisco adornen.

Que si al asunto digno
Mi verso corresponde,
Si da lugar el llanto
A números acordes,

De la region que tiene
Por su zenit al norte,
A la que esterilizan
Rayos abrasadores,

Flumisbo en la memoria
Durará de los hombres,
Sin que fugaz el tiempo
Su duracion estorbe.

Á DON GASPAR DE JOVELLANOS.

Id en las alas del raudo céfiro (7),
Humildes versos, de las floridas
Vegas que diáfano fecunda el Arlas,
Adonde lento mi patrio rio
Ve los alcázares de Mantua excelsa.
Id, y al ilustre Jovino, tanto
De vos amigo, caro á las musas,
Para mí siempre numen benévolo,
Id, rudos versos, y veneradle,
Que nunca, ó rápidas las horas vuelen,
Ó en larga ausencia viva remoto,
Olvida méritos suyos Inarco.
No, que mil veces su nombre presta
Voz á mi cítara, materia al verso,
Y al numen tímido llama celeste.
Yo le celebro, y al son armónico
Toda enmudece la selva umbría,
Por donde el Tajo plácidas ondas
Vierte, del arbol sacro á Minerva
La sien ceñida, flores y pámpanos.
Tal vez sus ninfas, girando en torno,
Sonora espuma cándida rompen,
Del cuello apartan las hebras húmidas,

Y el pecho alzando de formas bellas,
Conmigo al ínclito varon aplauden,
Dando á los aires coros alegres,
Que el eco en grutas repite cóncavas.

Á LOS COLEGIALES DE S. CLEMENTE DE BOLONIA.

¿Por qué con falsa risa
Me preguntais, amigos,
El número de lustros que cumplí?
¿Y en la duda indecisa
Citais para testigos,
Los que huyeron aprisa
Crespos cabellos que en mi frente ví?

Pues no los años fueron
Los que con mano dura
Me los llevaron, ni doliente ardor;
Parte al afan cedieron
Que el estudio procura,
Parte despojos dieron
Á tus victorias, ceguezuelo amor.

¿Veis que en mi rostro imprima
El tiempo sus pisadas,
La lengua turbe, ó debilite el pie?

¿Veis que mi espalda oprima?
¿Ó de brillar cansadas,
La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre hablé?

Pues si el ardiente brío,
Que la edad deteriora
Con su fuga veloz, existe en mí,
¿No es vano desvarío
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y rio,
Soy jóven fuerte, como jóven fuí.

Lo soy, y vigoroso
Siento que late y vive
Propenso á la virtud mi corazon;
Y en placer delicioso
Afectos mil recibe:
Movimiento dichoso
Del alma, si lo templa la razon.

Tal vez Febo me envia
Entusiasmo divino,
Que á la helada vejez repugna dar;
Y la nueva armonía
De idioma peregrino,

Las náyades que cria
El Reno humilde, salen á escuchar.

Seguidme, y al umbroso
Bosque, mansion de Flora,
Que el templo cerca del Amor, venid.
Dadme, dadme oloroso
Incienso y la sonora
Cítara, y de frondoso
Mirto mis sienes cándidas ceñid.

Mancebos y doncellas
Cantan el himno sacro,
Y la pompa solemne comenzó.
¿Veis que llegaron ellas,
Y en torno al simulacro
Esparcen flores bellas,
Y el coro de los jóvenes siguió?

Yo con estos unido
Presentaré mis dones,
Cuando postrados ante el ara esten.
Del certero Cupido
Sintieron los arpones.....
¡Ay! que en vano he querido
Burlar sus tiros, y me hirió tambien.

Á NÍSIDA.

¿Ves cuán acelerados,
Nísida, corren á su fin los dias?
¿Y los tiempos pasados,
Cuando jóven reías,
Ves que no vuelven, y en amar porfias?

Huyó la delicada
Tez, y el color purísimo de rosa,
La voz y la preciada
Melena de oro undosa:
Todo la edad se lo llevó envidiosa.

¡Ay, Nísida! ¿y procuras
Ver á tus pies un amador constante?
¿Y de otras hermosuras
El divino semblante
Censuras ó desprecias arrogante?

En vano es el adorno
Artificioso, y la oriental riqueza
Que repartida en torno
Corona tu cabeza,
Si falta juventud, gracia y belleza.

Ni digas indignada
Que es indomable corazon el mio
Do amor no hizo morada,
Si á tus halagos frio,
Del ruego que me cansa me desvío.

Que Cupidillo ciego,
Hijo de Venus, fiero me encadena:
Isaura, con el fuego
De su vista serena,
Todo me abrasa en agradable pena.

Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña,
América triunfante
Con una y otra hazaña,
Y el muro de Magon abierto á España.

Amor las cuerdas de oro
Me dió y el plectro, porque cante en ellas
A la que firme adoro
Dulcísimas querellas,
Su espíritu gentil, sus formas bellas.

¡Qué amable, si el oido
Presta suspensa á mi pasion doliente!

¡Ó el beso apetecido
Evita brevemente
El labio muy hermoso y elocuente!

¡Ay! si benigna un dia
(Tú lo puedes hacer, madre de amores)
Cede la ninfa mia
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto y flores.

Á ROSINDA HISTRIONISA.

Cupido no permite (8)
Que mi canto celebre
Los héroes, que la fama
Coronó de laureles.

Él me inspira dulzuras
Y amores inocentes,
Olvidando de Marte
Los horrores crueles.

Tú, hermosa, si á mi verso
Agradecida vuelves
Esos ojos, incendio
De los Dioses celestes,

Premio darás que baste
Á que mi voz se aliente,
Y á que solo en tu aplauso
Mi cítara se temple.

No por tal hermosura,
En armados bajeles,
Llevó la Grecia á Troya
Desolacion y muertes.

¿Qué mucho que á tu vista
Rendido se confiese
El corazon, que en vano
Su libertad defiende?

Si cuando te presentas
En años florecientes
Ante el callado vulgo,
Que de tu labio pende,

Con mágico embeleso
El ánimo mas fuerte,
Ó en tu placer se goza,
Ó en tu dolor padece.

Ya la vivaz Talía
Sus fábulas te preste,
Cuando el vicio censura
Con máscaras alegres:

¡Qué honesta, si declaras
La pasion que te vence,
Ó imaginados zelos
Tu risa desvanece!

¡Qué airada, qué terrible,
Cuando en acentos breves
Al atrevido amante
Su desatino adviertes!

La multitud escucha,
Y absorta duda y teme:
Que son, aunque fingidos,
Temidos tus desdenes.

Mas en el drama triste
Que dictó Melpomene,
Todo es angustia y lloro,
Todo afanes crueles.

¿Qué espíritu te agita?
¿Qué deidad te conmueve?
¿Quién con serenos ojos
Pudo escucharte y verte?

Si alguno dudar quiso
Cuánta ilusion adquieren
En el ancho teatro
Ficciones aparentes,

Oiga tu voz, y mire
Las lágrimas que viertes,
Y á tus pies humillado
Te dirá lo que pueden.

Vosotros, que inspirados
De las hermanas nueve,
Dais á la sien corona
De hiedras y laureles,

Si dirigís el paso
A la cumbre eminente,
Por la difícil senda
Perdida tantas veces;

Si el numen vuestro aplausos
Y eternidad pretende,
Los hechos admirables
De la patria celebre.

Trágico verso imite
Pasiones delincuentes,
Fortunas infelices
De naciones y reyes.

Que si la ninfa bella,
Por quien el hondo Betis
En Hispalis soberbio
Baña su campo fertil,

Presta su voz, y anima
Los mudos caracteres,
Y lo que el arte inspira
En viva accion lo vuelve,

Vereis como por ella
El orbe os engrandece,
Y la fama poetas
Os aclama celestes.

Feliz la suerte mia,
Si merecer pudiese
Que en sus labios de rosa
Mis números resuenen.

Yo viera mis fatigas
Premiadas dignamente:
¿Ni galardon mas alto
Quién pudo merecerle?

Pero el vendado niño
Que tirano me vence,
Me permite que solo
La adore reverente.

¡Oh amor! libra mi pecho
Del afan que padece;
Ni contra mí tus viras
Voladoras aprestes.

Basta que en ella admire
Las dotes excelentes
Con que á la patria escena
Sublima y enriquece,

Sin que la suma larga
De sus triunfos aumente,
Sin que á sus ojos muera,
Sin que muriendo pene.

Que si de sus hechizos
Libertarme pudieres,
Y el tiro que destinas
Al flechero le vuelves,

Por mí sus alabanzas
Serán cantadas siempre,
En acentos suaves
De cítara doliente.

Y cisnes mas sonoros
Ensalcen y celebren
Los héroes que la fama
Coronó de laureles.

LOS DIAS.

¡No es completa desgracia,
Que por ser hoy mis dias,
He de verme sitiado
De incómodas visitas!

Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.

Pero ¡qué!.... No la cierres:
Si es menester abrirla:
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.

El coche que ha parado,
Segun lo que rechina,
Es el de Don Venancio,
¡Famoso petardista!

¡Oh! ya está aqui Don Lucas
Haciendo cortesías,
Y Don Mauro el abate,
Opositor á mitras.

Don Genaro, Don Zoylo,
Y Doña Basilisa;
Con una lechigada
De niños y de niñas.

¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Torozos
Me fuera por no oirlas.

Ya todos se preparan
(Y no bastan las sillas)
Á engullirme bizcochos,
Y dulces y bebidas.

Llénanse de mugeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.

Ellas haciendo dengues
Alli y aqui pellizcan;
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.

Ellos, los hombronazos,
Piden á toda prisa
Del rancio de Canarias,
De Jeréz y Montilla.

Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chiflan.
Pues, señor, ¿hay paciencia
Para tal picardía?

¿Es esto ser amigos?
¿Asi el amor se explica,
Dejando mi despensa
Asolada y vacía?

Y en tanto los chiquillos,
Canalla descreida,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.

El uno acosa al gato
Debajo de las sillas:
El otro se echa acuestas
Un cangilon de almibar.

Y al otro, que jugaba
Detrás de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.

Ya mi baston les sirve
De caballito, y brincan:
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen,
Que todos me los pillan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.

¡Demonios! Yo que paso
La solitaria vida,
En virginal ayuno
Abstinente eremita:

Yo, que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,

¿He de sufrir ahora
Esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.

Váyanse enhoramala:
Salgan todos aprisa:
Recojan abanicos,
Sombreros y basquiñas.

Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias; pero no vuelvan
Jamás á repetirla.

Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venian,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la villa.

AL NUEVO PLANTÍO QUE MANDÓ HACER EN LA ALAMEDA DE VALENCIA EL MARISCAL SUCHET, AÑO DE 1812.

Ya la feliz ribera (9)
Del Edetano rio
A gozar vuelve su beldad primera,
Y los que devastó furor impío
De Gradivo sangriento,
Feraces campos gratos á Pomona,
La amiga paz corona
Con árboles umbrosos,
Y ya en su nueva pompa bulle el viento.

¡Oh! ¡prosperen dichosos!
Una edad y otra acrecentar los vea
Tronco robusto y ramas tembladoras;
Y cuando el rayo de la luz febea
En las estivas horas
El aire enciende, asilo den suaves
Y tálamo fecundo
Al coro lisonjero de las aves.

Amor, el dulce amor, alma del mundo,
Aqui tendrá su imperio y monarquía,
Y los pensiles dejará de Gnido,
La mansion del Olimpo y sus centellas,
Por gozar atrevido,
En la que va á crecer floresta umbría,
Los verdes ojos de sus ninfas bellas.

¿Quién de sus flechas pudo
El pecho defender? Aqui el gemido
Del amador escuchará la hermosa,
El corazon herido,
Y el labio honesto á la respuesta mudo.
Aqui de su zelosa
Pasion las iras breves
(Que breves han de ser de amor las iras)
Tal vez exhalará con tiernas voces;
Y en tanto el son de las acordes liras,
Llevado de los céfiros veloces,
Al canto y danza animará festivo,
Mientras alta Dictina rompe el velo
Nocturno, en carro de luciente plata,
Y con él arrebata
El curso de las horas fugitivo.
Y tú que viste de tu fertil suelo
Alzarse inutil muro,

Abatir la segur antiguos troncos,
De tu corva ribera honor sagrado,
Alcázares arder y humildes techos,
Tronar los bronces de Mavorte roncos,
Envuelta en humo obscuro
Tu ciudad bella, y rotos y deshechos
Ejércitos, y en sangre amancillado
Tu raudal cristalino,
¡Oh padre Turia! si difunde el cielo
Sobre tus campos su favor divino,
De guirnaldas ornándote la frente,
Corre soberbio al mar. En raudo vuelo
Dilatará la fama
El nombre, que veneras reverente,
Del que hoy añade á tu region decoro
Y de apolinea rama
Ciñe el baston y la balanza de oro,
Digno adalid del dueño de la tierra,
De el de Vivar trasunto (*),
Que en paz te guarda, amenazando guerra,
Y el rayo enciende que vibró en Sagunto.

(*) No puede haber español, de cualquier opinion que sea, á quien no ofenda y mortifique la comparacion de Suchet con el Cid. Uno y otro conquistó á Valencia, es verdad; pero los verdaderos amigos de Moratin deberian desear que este punto de semejanza se le hubiera olvidado al poeta. España se gozó y triunfó en la conquista del Cid: en la de Suchet se cu-

Á LA MARQUESA DE VILLAFRANCA.

Con motivo de la muerte de su hijo el Conde de Niebla.

No siempre de las nubes abundante
Lluvia baña los prados,
Ni siempre altera el piélago sonante
Boreas, ni mueve los robustos pinos
Sobre los montes de Pirene helados.
Á los acerbos dias
Otros siguen de paz: la luz de Apolo
Cede á las sombras frias,
Al mal sucede el bien; y en esto solo
Los aciertos divinos
El hombre ve de aquella mano eterna,
Que en orden admirable,
Todo lo muda y todo lo gobierna.

Y tú, rendida á la afliccion y el llanto,
¿Durar podrás en luto miserable,
Sensible madre, enamorada esposa?

brió de luto. Pero ya se ha indicado otra vez que las desgracias é inquietudes de Moratin en sus últimos años habian llegado á alterar visiblemente su caracter, y á inspirarle un lenguage que no era conforme á sus principios, y que no hubiera usado ciertamente en otras circunstancias. *(Nota de la Academia.)*

¿Pudo en tu pecho tanto
La pérdida cruel, que á la preciosa
Víctima por la muerte arrebatada,
Otra añadir intentes?
¿Y no será que de tu ruego instada,
La prenda que llevó te restituya?
No, que la esconde en el sepulcro frio.

Esa vida fugaz no toda es tuya:
Es de un esposo, que el afan que sientes
Sufre, y el caso impío
Que de su bien le priva y su esperanza:
Es de tu prole hermosa,
Que mitigar intenta
Con oficioso amor tu amargo lloro,
Si tanto premio su fatiga alcanza.

Sube doliente á las techumbres de oro
El gemido materno,
Y en la callada noche se acrecienta.
La indocil fantasía
Te muestra al hijo tierno,
Como á tu lado le admiraste un dia,
Sensible á la amistad y al heredado
Honor; modesto en su moral austera;
Al ruego de los míseros piadoso;

De obediencia filial, de amor fraterno,
De virtud verdadera
Ejemplo no comun. Negó al reposo
Las fugitivas horas,
Y al estudio las dió: sufrió constante
Las iras de la suerte,
Cuando no usada á tolerar cadena,
La patria alzó sus cruces vencedoras.
¡Oh! si en edad mas fuerte
Se hubiese visto, y del arnés armado
En la sangrienta arena;
¡Oh! cómo hubiera dado
Castigo á la soberbia confianza
Del invasor injusto,
Á su nacion laureles,
Gloria á su estirpe y á su Rey venganza.

Tanto anunciaba el ánimo robusto,
Con que en el lecho de dolor postrado
Le viste padecer ansias crueles;
Cuando inutil el arte
Cedió y confuso, y le cubrió funesta
Sombra de muerte en torno. El arco duro
Armó la inexorable, al tiro presta,
Y por el viento resonando parte
La nunca incierta vira.

Él, de valor, de alta esperanza lleno,
Preciando en nada el mundo que abandona,
Reclinado en el seno
De la inefable religion, espira.

Ya no es mortal: entre los suyos vive:
Espléndida corona
Le circunda la frente.
El premio de sus méritos recibe
Ante el solio del Padre omnipotente,
De espíritus angélicos cercado,
Que difunden fragancias y armonía
Por el inmenso Olimpo, luminoso.
Debajo de sus pies parece obscuro
El gran planeta que preside al dia.
Ve el giro dilatado
Que dan los orbes por el ether puro,
En rápidos ó tardos movimientos;
Verá los siglos sucederse lentos;
Y él, en quietud segura,
Gozará venturoso
Del sumo bien que para siempre dura.

EN NOMBRE DE UNAS NIÑAS.

Á los dias de la Duquesa de Wervick y Alba.

Admite benigna,
Duquesa excelente,
Ofrenda que ausente
Tus siervas te dan.
Hoy alzan humildes
Sus ojos al cielo:
Su amor y su zelo
No vanos serán.

La voz inocente
Al numen agrada,
Que vuela inspirada
De puro candor.
¡Oh! llegue á su oido
La súplica nuestra:
Prodigue su diestra
En ti su favor.

Dilate tu vida
En prósperos años;
Ni sienta los daños
Del tiempo cruel.

Cual arbol robusto
Que dura creciendo,
El aura moviendo
  Las flores en él,

Amante y esposo,
Ocupe tu lado
Aquel fortunado
  Mancebo gentil.
Coronen su frente
Laureles de gloria:
Fatigue á la historia
  Mil años y mil.

Cercada te mires
De prole fecunda:
En ella se funda
  La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza,
Cordura, belleza,
  Virtud y valor.

Que al nombre heredado
De ilustres abuelos
Conceden los cielos
  Honor inmortal.

Conceden, que al mundo
Viviendo famosos,
Tus hijos dichosos
Le adquieran igual.

Por ellos un dia
Intrépida España
Sabrá en la campaña
Lidiar y vencer.
Y alzando, ofendida,
Cruzados pendones,
De osadas naciones
Domar el poder.

Á LA MUERTE DE DON JOSÉ ANTONIO CONDE.

Docto anticuario, historiador y humanista.

¡Te vas, mi dulce amigo (10),
La luz huyendo al dia!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fria
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!

Y á mí, que debil siento
El peso de los años,
Y al cielo me lamento
De ingratitud y engaños,
Para llorarte ¡mísero!
Largo vivir me da.

Ó fuéramos unidos
Al seno delicioso,
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo
Á aquellas almas ínclitas,
Del mundo admiracion:

Ó á mí solo llevára
La muerte presurosa;
Y tu virtud gozára
Modesta, ruborosa,
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nacion.

Al estudio ofreciste
Los años fugitivos,
Y joven conociste
Cuánto le son nocivos
Al generoso espíritu
El ocio y el placer.

Veloz en la carrera,
Al templo te adelantas
Donde Temis severa
Dicta sus leyes santas,
Y en ellas digno intérprete
Llegaste á florecer.

Ciñéronte corona
De lauros inmortales
Las nueve de Helicona;
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil.

Con ella, renovando
La voz de Anacreonte,
Eco amoroso y blando
Sonó de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes.
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Ática,
Supiste declarar.

Y el cántico festivo,
Que en bélica armonía
El pueblo fugitivo
Al numen dirigia,
Cuando al feroz egército
Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rápida,
Memorias te dictó.

Desde que el cielo airado
Llevó á Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael;

Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel:

Á ti fue concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.

Y á ti, de dos naciones
Ilustres enemigas,
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oir.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba.
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Ciñes aurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardon,

No de una madre ingrata (*)
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambicion.

(*) Puede verse la nota de la Academia sobre esta Oda al pie de la del autor.

TRADUCCIONES DE HORACIO.

Á VENUS. *(Lib. I. Oda 30.)*

DEJA tu Chipre amada (11),
Venus, reina de Pafos y de Gnido,
Que Glicera adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha esparcido.

Trae al muchacho ardiente
Y las Gracias, la ropa desceñida,
Y á Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin ti no apetecida.

Á LEUCÓNOE. *(I. 11.)*

No pretendas saber (que es imposible)
Cuál fin el cielo á ti y á mí destina,
Leucónoe, ni los números caldeos
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera
Suerte podrás sufrir. Ó ya el Tonante

Muchos inviernos á tu vida otorgue,
Ó ya postrero fuese el que hoy quebranta
En los peñascos las tirrenas ondas,
Tú, si prudente fueres, no rehuyas
Los brindis y el placer. Reduce á breve
Término tu esperanza. La edad nuestra
Mientras hablamos envidiosa corre.
¡Ay! goza del presente, y nunca fies,
Crédula, del futuro incierto dia.

Á ICCIO. *(I. 29.)*

¿Qué, al fin las riquezas
De la Arabia envidias,
Iccio, y á los Reyes,
No vencidos antes,
De Sabá preparas
Guerra luctuosa,
Y al medo terrible
Pesadas cadenas?
¿Cuál servirte puede
Bárbara cautiva,
Que llore á tus manos
Su esposo difunto?
¿Cuál en regio alcázar

Llenará tus copas,
Ungido el cabello
De aromas suaves,
Mancebo ministro,
Enseñado solo
Á tirar saetas
Séricas, doblando
El arco paterno?
¿Quién ya dudaria
Poder los arroyos
Subir á las cumbres,
Y el rápido Tibre
Volver á su fuente,
Si tú de Panecio
Las preciadas obras
Y las que produjo
Socrática escuela
(No á costa de leve
Afan adquiridas)
Dar quieres en cambio
De arneses iberos?
¡Tú, que prometiste
Virtudes mayores!

Á LICINO. *(II. 10.)*

Rumbo mejor, Licino,
Seguirás no engolfándote en la altura,
Ni aproximando el pino
A playa mal segura,
Por evitar la tempestad obscura.

El que la medianía
Preciosa amó, del techo quebrantado
Y pobre se desvía,
Como del envidiado
Alcázar de oro y pórfidos labrado.

Muchas veces el viento
Árboles altos rompe: levantadas
Torres con mas violento
Golpe caen arruinadas:
Hiere el rayo las cumbres elevadas.

No en la dicha confia
El varon fuerte, en la afliccion espera
Mas favorable dia:
Jove la estacion fiera
Del hielo vuelve en grata primavera.

Si mal sucede ahora,
No siempre mal será. Tal vez no excusa
Con cítara sonora
Febo animar la Musa;
Tal vez el arco por los bosques usa.

En la desgracia sabe
Mostrar al riesgo el corazon valiente;
Y si el viento tu nave
Sopla serenamente,
La hinchada vela cogerás prudente.

QUE LA VIRTUD NADA TEME. *(III. 3.)*

El que inocente
La vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas,
Ó á las regiones
Que Hidaspe baña,
Ó por las Sirtes
Muy abrasadas,

Ó por el yermo
Cáucaso vaya.

Yo la sabina
Selva cruzaba,
Cantando amores
A mi adorada
Lálage, libre
De afan el alma,
Por muy remoto
Sitio, sin armas;
Y un lobo fiero
Me ve y se aparta.
Monstruo igual suyo
No tiene Daunia
En montes llenos
De encinas altas,
Ni los desiertos
De Mauritania,
Donde leones
Y tigres braman.

Ponme en los yertos
Campos, do el aura
No goza estiva
Ninguna planta,

Lado del mundo,
Region helada
Que infestan vientos
Y nubes pardas;
Ó en la que al rayo
Del sol cercana
De habitaciones
Carece y aguas;
Lálage siempre
Será mi amada,
Dulce si rie,
Dulce si canta.

Á PÓSTUMO. *(II. 14.)*

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
Póstumo, caro Póstumo, los años!
Ni la santa virtud el paso estorba
De la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte.
Y aunque á su templo des tres hecatombes
En cada aurora, sacrificio y ruego
Pluton desprecia, á tu lamento sordo.
Él al triforme Gerïon y á Ticio
Guarda, y los ciñe con estigias ondas,
Que han de pasar cuantos la tierra habitan,

Pobres y Reyes. Y es en vano el crudo
Trance evitar de Marte sanguinoso,
Y las olas que en Adria el viento rompe
Con sordo estruendo; y vano, en el maligno
Otoño el cuerpo defender del Austro;
Que al fin las torpes aguas del obscuro
Cocito hemos de ver, y las infames
Bélides, y de Sísifo infelice
El tormento sin fin que le castiga.
Tu habitacion, tus campos, tu amorosa
Consorte dejarás. ¡Ay! y de cuantos
Árboles hoy cultivas, para breve
Tiempo gozarlos, el ciprés funesto
Solo te ha de seguir. Otro mas digno
Sucesor brindará del que guardaste
Con cien candados cécubo oloroso,
Bañando el suelo de licor, que nunca
Otro igual los pontífices gustaron
En aureas tazas de opulenta cena.

Á AUGUSTO. (I. 12.)

¿De cuál varon ó semidios el canto
Previenes, alma Clio,
En corva lira ó flauta resonante?
¿De cuál deidad? ¿á cuyo nombre santo

Eco responda alegre, en el umbrío
Helicona, ó el Pindo, ó en la altura
Del Hemo helada, en que se vió vagante
Selva seguir del tracio la dulzura,
Que el curso detenia
De los torrentes rápidos, usando
Maternas artes, y al sonoro acento
De sus cuerdas los árboles movia,
Y el ímpetu veloz paró del viento?

¿Á quién primero ensalzaré cantando,
Sino al gran padre, que la estirpe humana
Y la celeste rige, el mar, la tierra,
Y al variar contino
Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?
Él es primero y solo, igual no tiene
Su esencia soberana;
Si bien segunda en el honor divino,
Inmediato lugar Palas obtiene.
Ni á ti, Baco, en batallas animoso
Callaré, ni á la virgen cazadora,
Ni á Febo luminoso,
Diestro en herir con flecha voladora.

Tambien los triunfos cantaré de Alcides,
Y á los hijos de Leda, celebrado

Ginete el uno, y en dudosas lides
El otro vencedor; cuya luz clara,
Luego que al navegante resplandece,
Precipita del risco levantado
 La espuma resonante,
 El raudo viento para,
La negra tempestad desaparece,
Y á su influjo, del mar en breve instante
 Calma el furor terrible.

Dudo si aplauda al fundador Quirino
Despues de aquellos, del prudente Numa
 El gobierno apacible,
Las haces justicieras de Tarquino,
Ó de Caton la muerte generosa,
Los Escauros, y Régulo constante;
 Ó si de Emilio cante,
 Pródigo de la vida,
La palma por Anibal obtenida.
Curio, la cabellera mal compuesta,
Fabricio, el Gran Camilo, victorioso
Adalid á quien dieron sus abuelos
Hacienda escasa y parca, la molesta
Pobreza toleró. Crece frondoso
Con una y otra edad arbol robusto;
Asi la fama crece de Marcelo:

Y vemos ya en el cielo
Brillar de Julio la divina estrella,
Cual suele entre menores
Lumbres Dictina aparecerse bella.

Jove Saturnio, tú de los mortales
Amparo y padre, á quien cedió el destino
La proteccion de Augusto,
Tú reina, y él á ti segundo sea.
Ó ya sobre los Partos desleales,
Que amenazan el término latino,
Adquiera triunfo justo,
Ó en las últimas playas del oriente
Indos y Seres humillados vea;
Él, inferior á ti, dé soberano
Leyes al mundo. Tú, de Olimpo ardiente
En grave carro oprime las alturas;
Y el rayo vengador tu fuerte mano
Vibre, las selvas abrasando impuras.

PROFECÍA DE NEREO. *(I. 15.)*

—

LLEVANDO por el mar el fementido
Pastor á Helena en sus idálias naves,
Nereo de los aires la violenta

Furia contuvo apenas, y anunciando
Hados terribles: en mal hora, exclama,
Llevas á tu ciudad á la que un dia
Ha de buscar con numerosas huestes
Grecia, obstinada en deshacer tus bodas,
Y de tus padres el antiguo imperio.
¡Cuánto al caballo y caballero espera
Sudor y afan! ¡Oh cuánto á la dardania
Gente vas á causar estrago y luto!
Ya, ya previene Palas iracunda
El almete y el égida sonante,
Y el carro volador; y aunque soberbio
Con el favor de Venus la olorosa
Melena trences, y en acorde lira,
Grato á las damas, cantes amoroso
Verso, nunca será que las agudas
Flechas de Creta y las herradas lanzas,
Funestas á tu amor, huyendo evites;
Ni el militar estrépito, ni al duro
Ayax, ligero en el alcance. Tarde
Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo
Tu cabello gentil todo se cubra.
¡Ay! ¿No miras al hijo de Laertes
Y Nestor el de Pilos, á los tuyos
Uno y otro fatal? ¿No ves que osados
Ya te persiguen, Teucro en Salamina

Príncipe, y el que vence las batallas
Y diestro aüriga á su placer gobierna
Los caballos, lidiando, Esteneleo?
Tiempo será que á Merïon conozcas
Y á Diomedes, mas fuerte que su padre.
¿Le ves, que ardiendo en cólera te busca,
Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele,
Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
El pasto abandonar, asi cobarde
Y sin aliento evitarás su golpe:
Y no, no fueron tales las promesas
Que á tu señora hiciste. La indignada
Gente que lleva Aquiles, el funesto
Hado de Troya y sus matronas puede
Un tiempo dilatar; pero cumplidos
Breves inviernos, las soberbias torres
Arderá de Ilïon la llama argiva.

CONTRA EL LUJO Y AVARICIA DE SU TIEMPO.

(II. 18.)

No de mi casa en altos artesones
Brilla el marfil ni el oro,
Ni columnas, que corta en sus regiones
Apartadas el moro,
Sostienen trabes áticas. Ni intruso

Sucesor, el alcázar opulento
De Pérgamo ocupé. Nunca labraron
Púrpuras de Laconia para el uso
De su señor mis siervas;
Pero vivo contento
De que jamás faltaron
En mí virtud y numen afluente.
Soy pobre; pero el rico á mí se inclina.
Ni pido mas á la bondad divina,
Ni para que mis fondos acreciente
Importuno al amigo generoso:
Harto soy venturoso
Con mis campos sabinos.
Una y otra despues arrebatadas
Huyen las horas, y de igual manera
Las nuevas lunas á morir caminan.
Tú, cercano á la muerte,
De marmol edificas levantadas
Fábricas, olvidado de la tumba;
Y estrecho en la ribera
De Bayas, donde el piélago retumba,
Buscas en él cimiento.
¡Qué mucho si los términos vecinos
Alteras avariento,
Usurpando á tus súbditos la tierra!
Por ásperos caminos

Tímidos huyen la muger y esposo,
Ambos al seno puestos
Sus dioses y sus hijos mal compuestos.
Pues no, no tiene el hombre poderoso
Palacio mas seguro
Que la mansion del Aqueronte avara:
Ella le espera habitador futuro.
¿Para qué anhelas mas? ¿si al que mendiga,
Hambriento y desvalido,
Y al sucesor del trono, igual prepara
La tierra sepultura;
Ni el audaz Prometeo el aura pura
Volvió á gozar, con dádivas vencido
El que guarda las puertas del Averno?
Él aprisiona á Tántalo, y la estirpe
De Tántalo famosa:
Él de quien sufre angustia dolorosa,
(Invocado tal vez, ó aborrecido)
El llanto acalla en el horror eterno.

SONETOS.

Á LA CAPILLA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

Estos que levantó de marmol duro
Sacros altares la ciudad famosa,
Á quien del Ebro la corriente undosa
Baña los campos y el soberbio muro,

Serán asombro en el girar futuro
De los siglos; basílica dichosa
Donde el Señor en magestad reposa,
Y el culto admite reverente y puro.

Don que la fé dictó, y erige eterno
Religiosa nacion á la divina
Madre, que adora en simulacro santo.

Por él, vencido el odio del Averno,
Gloria inmortal el cielo la destina,
Que tan alta piedad merece tanto.

Á DON JUAN BAUTISTA CONTI.

Febo desde la tierna infancia mia (12)
Quiso que el plectro de marfil pulsara,
Y en las alturas de Helicon gozára
Sus verdes bosques y su fuente fria.

Mas dudosa la mente desconfia,
Conti, aspirar al premio que prepara
Á solo el que mostró, con union rara,
Talento y arte en docta pöesía.

Pero si tú, mi amigo generoso,
La cumbre me señalas eminente,
Y el paso incierto dirigir no excusas,

Imitando tu verso numeroso,
Veré de lauros coronar mi frente,
Suspenso al canto el coro de las Musas.

Á FLÉRIDA POETISA.

Basta, Cupido, ya, que á la divina (13)
Ninfa del Turia reverente adoro:

Ni espero libertad, ni alivio imploro,
Y cedo alegre al astro que me inclina.

¿Qué nuevas armas tu rigor destina
Contra mi vida, si defensa ignoro?
Sí, ya la admiro entre el castalio coro
La cítara pulsar griega y latina.

Ya, coronada del laurel febeo,
En altos versos llenos de dulzura,
Oigo su voz, su número elegante.

Para tanto poder debil trofeo
Adquieres tú, si sola su hermosura
Bastó á rendir mi corazon amante.

LAS MUSAS.

Sabia Polimnia en razonar sonoro
Verdades dicta, disipando errores:
Mide Urania los cercos superiores
De los planetas y el luciente coro.

Une en la historia al interes decoro
Clio, y Euterpe canta los pastores:

Mudanzas de la suerte y sus rigores
Melpomene feroz, bañada en lloro:

Calíope victorias: danzas guia
Tersícore gentil: Erato en rosas
Cubre las flechas del amor y el arco.

Pinta vicios ridículos Talía
En fábulas que anima deleitosas;
Y esta le inspira al español Inarco.

JUNIO BRUTO.

Suena confuso y mísero lamento
Por la ciudad: corre la plebe al foro,
Y entre las fasces que le dan decoro
Ve al gran senado en el sublime asiento.

Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atencion sonoro:
Arde el incienso en los altares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.

Valerio alza la diestra: en ese instante
Al uno y otro joven infelice
Hiere el lictor, y sus cabezas toma.

Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta y dice:
"Gracias, Jove inmortal: ya es libre Roma."

RODRIGO.

Cesa en la octava noche el ronco estruendo
De la sangrienta militar porfia:
El campo godo destrozado ardia
Con llama, que descubre estrago horrendo.

Rodrigo en tanto, su peligro viendo,
Por ignorada senda se desvía,
Y muerto Orelia, entre la sombra fria,
Herido y débil se acelera huyendo.

En vano el Lete con raudal undoso
El paso estorba al Príncipe, á quien ciega
De cadena ó suplicio el justo espanto.

Surca las aguas. Cede al poderoso
Ímpetu, espira el infeliz, y entrega
El cuerpo al fondo, á la corriente el manto.

CUENTAS DE ELIODORA, SALTATRIZ.

—

SIETE duros al mes de peluquero:
Para calzarme nueve: las criadas,
Que necesito dos, no estan pagadas,
Si no les doy cien reales en dinero.

Diez duros al bribon de mi casero:
Telas, plumas, caireles, arracadas,
Blondas, medias, hechuras y puntadas
De madama Burlet y del platero,

Noventa duros, poco mas. — Noventa,
Diez, siete, nueve, cinco..... ¿Y la comida?
— Yo la quiero pagar, y somos cuatro.

— ¿Y esto en un mes? — Si á usted no le contenta.....
— Sí, calla. Bien. ¡Hermosa de mi vida!....
¡Ay del que tiene amor en el teatro!

LA NOCHE DE MONTIEL.

¿Adónde, adónde está, dice el Infante,
Ese feroz tirano de Castilla?
Pedro al verle desnuda la cuchilla,
Y se presenta á su rival delante,

Cierra con él, y en lucha vacilante
Le postra, y pone al pecho la rodilla:
Beltran (aunque sus glorias amancilla)
Trueca á los hados el temido instante.

Herido el Rey por la fraterna mano,
Joven espira con horrenda muerte,
Y el trono y los rencores abandona.

No aguarde premios en el mundo vano
La inocente virtud, si dá la suerte
Por un delito atroz una corona.

Á CLORI HISTRIONISA, EN COCHE SIMON.

Esa que veis llegar máquina lenta,
De fatigados brutos arrastrada,

Que en vano, de rigor la diestra armada,
Vinoso auriga acelerar intenta,

No menos vá dichosa y opulenta,
Que la de cisnes cándidos tirada
Concha de Venus, cuando en la morada
Celeste al padre ufana se presenta.

Clori es esta, mirad las poderosas
Luces, el seno de alabastro, el breve
Labio que aromas del oriente espira.

Flores al viento esparcen las hermosas
Gracias, y el virgen coro de las nueve,
Y en torno de ella Amor vuela y suspira.

Á CLORI, DECLAMANDO EN FÁBULA TRÁGICA.

¿Qué acento de dolor el alma vino
Á herir? ¿Qué funeral adorno es este?
¿Qué hay en el orbe que á tus luces cueste
El llanto que las turba cristalino?

¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino
Asi ofender su espíritu celeste?.... .

¿Ó es todo engaño? ¿y quiere amor que preste
Á su labio y su accion poder divino?

Quiere, que exenta del pesar que inspira,
Silencio imponga al vulgo clamoroso,
Y docil á su voz se angustie y llore:

Que el tierno amante que la atiende y mira,
Entre el aplauso y el temor dudoso,
Tan alta perfeccion absorto adore.

PARA EL RETRATO DE FELIPE BLANCO,

primer gracioso del teatro de Barcelona.

¿Me veis qué serio estoy? Pues no os espante
La adusta gravedad de mi persona,
Que adentro tengo el alma juguetona:
Diverso de mi genio es mi semblante.

Prosa ó verso me dicten elegante
Los que suben al cerro de Helicona,
Mis gracias aseguran su corona
Cuando animo la sátira picante.

Los que quieren gemir y dar suspiros,
Y sus lágrimas compran con dinero,
Lloren, oyendo heroicidades tristes:

Mas si quereis vosotros divertiros,
Venid á mí, que el amargor severo
De la verdad os disimulo en chistes.

Á LA MEMORIA DE DON JUAN MELENDEZ VALDÉS.

—

Ninfas, la lira es esta que algun dia
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tòrmes, cuya voz armoniosa
El curso de las ondas detenia.

Quede pendiente en esta selva fria
Del lauro mismo que la cipria diosa
Mil veces desnudó, cuando amorosa
La docta frente á su cantor ceñia.

Intacta y muda entre la pompa verde
(Solo en sus fibras resonando el viento)
El claro nombre de su dueño acuerde;

Ya que la patria, en el comun lamento,
Feroz ignora la opinion que pierde,
Negando á sus cenizas monumento (*).

LA DESPEDIDA.

NACÍ de honesta madre: dióme el cielo
Facil ingenio en gracias afluente:
Dirigir supo el ánimo inocente
A la virtud el paternal desvelo.

Con sabio estudio, infatigable anhelo,
Pude adquirir coronas á mi frente:
La corva escena resonó en frecuente
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.

(*) Moratin atribuye malamente á lo que llama ferocidad de la patria lo que solo debió atribuirse á la desgraciada combinacion de las circunstancias, porque no podia ignorar el señalado aprecio que, á pesar de la diversidad de opiniones y de conducta, gozaba y goza la memoria de Batilo en su patria. El honroso monumento que hoy cubre sus cenizas en Mompeller, se debe á los generosos sentimientos de un magnate español (el Duque de Frias) que peleó con distincion en la guerra de la independencia, y que entregado durante la paz al cultivo de las musas, ha consagrado este homenage á la fama póstuma de Melendez en nombre de todos sus compatriotas.

Docil, veraz, de muchos ofendido,
De ninguno ofensor, las Musas bellas
Mi pasion fueron, el honor mi guia.

Pero si asi las leyes atropellas,
Si para tí los méritos han sido
Culpas; á Dios, ingrata patria mia.

Á LA EXPOSICION DE LOS PRODUCTOS DE INDUSTRIA Y ARTES,

hecha en el palacio del Louvre el año de 1819.

Hoy que cerrado el templo de Belona (14),
Abre el suyo benéfica Minerva,
Y á sublimes artífices reserva
De esplendor inmortal aurea corona;

Méritos mas ilustres ambiciona
Galia en el ocio de la paz que observa,
Que cuando para hacer á Europa sierva,
Al ímpetu de Marte se abandona.

Con tales artes opulenta, fuerte
Y docta, su poder verá temido
En este y el antártico hemisferio.

Mientras su claro Príncipe convierte
Las leyes santas, pues su don han sido,
A la estabilidad de tanto imperio.

Á LA MUERTE DEL EXCELENTE ACTOR ISIDORO MAIQUEZ.

Tú solo el arte adivinar supiste (15)
Que los afectos acalora y calma:
Tú la virtud robustecer del alma,
Que al oro, al hierro, á la opresion resiste.

Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste;

¿A quién dejaste sucesor muriendo?
¿De quién ha de esperar igual decoro
La escena, que te pierde, y abandonas?

Asi dijo Melpómene, y vertiendo
Lágrimas, en la tumba de Isidoro
Cetros depone y púrpura y coronas.

COPIA DE UN CÉLEBRE CUADRO DE M. GUERIN,

que se conserva en Paris, en la galería de Luxemburgó.

INSTA Dido otra vez, Ana presente,
Al huesped frigio que en silencio adora,
A que la fuga de Sinón traidora,
Y el incendio de Pérgamo la cuente.

Él otra vez de la enemiga gente
El falso voto y los ardides llora,
La cólera de Aquiles vengadora,
Hector sin vida y Hécuba doliente.

Pinta el horror de aquella última y triste
Noche, y en la sidonia alta princesa,
Admiracion, temor, piedad excita.

Y en tanto Amor, que á su regazo asiste,
Del dedo ebúrneo que anhelante besa,
El anillo nupcial sagaz la quita.

Á D. LUIS DE SILVA, MOZIÑO DE ALBUQUERQUE,

Autor de las Geórgicas portuguesas.

CANTÓ el de Mantua con sonoro acento
La cultura del campo y los pastores,
Despues empresas celebró mayores,
Y á Roma alzó durable monumento.

Tu asi, que en el bucólico instrumento
Ensayaste del arte los primores,
Desdeñando las selvas y las flores,
Épica trompa harás sonar al viento.

Sí, que en los fuertes lusitanos dura
El mismo aliento que les dió victoria
En los opuestos límites del mundo.

Y si al valor y á la virtud procura,
Silva, tu verso inextinguible gloria,
De tu patria serás Maron segundo.

Á DOÑA LUISA GOMEZ CARABAÑO,

premiada en Madrid con una corona de flores por sus adelantamientos en la Botánica.

Esa guirnalda que enlazó á tu frente,
Premio de docto afan, la linda Flora,
De aplauso no mortal merecedora
Te anuncia á la futura hispana gente.

Lauros le den al adalid valiente,
Que al golpe de su espada vengadora
Triunfa; y su esfuerzo y sus hazañas llora
La humanidad, si el lloro se consiente,

En tanto que á merced de la fortuna,
Cercados de amenazas y temores,
Los reyes ciñen sus coronas de oro.

No la que obtienes hoy cede á ninguna:
Préciala en mucho, y tus humildes flores
Al suelo patrio añadirán decoro.

Á LA SEÑORA M. D., BAILARINA DEL TEATRO DE BURDEOS,

haciendo la figura de Cupido en el baile intitulado Amor en la aldea.

No es el Amor esa deidad hermosa
Que veis, como los céfiros, alada,
Con puntas de oro y docil arco armada,
Y ceñida la sien de mirto y rosa.

Ó en breve sueño su inquietud reposa,
Ó el aire hiende, la prision burlada;
Dulces afectos inspirar la agrada:
Triunfa, y castiga ó premia generosa.

Esa es la ninfa, por quien hoy ufano
Garona ilustra su feliz ribera,
De pámpanos ornándose el cabello.

No es aquel ciego flechador tirano,
Que el mundo turba y la celeste esfera,
No es el Amor; que no es Amor tan bello.

ROMANCES.

Á UN MINISTRO.

AYER salí de mi casa
Muy afeitado y muy puesto
Encaminado á la vuestra,
Como de costumbre tengo,
Para anunciaros felices
Pascuas, salud y contento,
Buen remate de diciembre,
Y buen principio de enero.
Pues señor, hizo Patillas
Que me saliera al encuentro
Un hablador de los muchos
Que hay por desgracia en el pueblo,
De esos que lo saben todo,
Que de tódo hacen misterio,
Que almuerzan chismes, y viven
De mentiras y embelecos;
Infatigable escritor
De arbitrios y de proyectos,
Entremetido estadista

Y, Dios nos libre, coplero.
Él al verme comenzó
Á dar voces desde lejos,
Y á correr y á chichear,
Y en suma no hubo remedio,
Me abrazó, me refregó
Las manos, me dió mil besos,
Y entre los dos empezamos
Este diálogo molesto:
—Moratin, hombre, ¡qué caro
Se vende usted!.... ¿Qué hay de nuevo?
Vaya, mejor que el verano
Le trata á usted el invierno.
¿Con que va bien?....—Lindamente.
—Sí, se conoce; me alegro.
Pero ¿cómo tan temprano?
—Tengo que hacer.—Ya lo entiendo:
Vaya, el barrio es achacoso,
Usted un poco travieso.....
Digo, será la andaluza
De ahí abajo.—No por cierto.
—¿Con que no?....—¡Qué bobería!
Ni la conozco ni quiero;
Ni estoy de humor, ni esta cara
Es cara de galanteos.
—Pues, amigo, linda moza.

¡Cáspita! Mucho salero,
Alta, colorada, fresca,
Boca pequeña, ojos negros,
Petimetrona..... La trajo
De Cadiz Don Hemeterio,
Y en un año le ha roido
Cinco barcos de abadejo.
¿Y qué sucede? Que acaba
De plantarle. — Buen provecho:
Pero á mas ver, porque ahora
Voy de priesa y hace fresco.
— Hombre, para ir á Palacio
Es temprano. — Estoy en eso,
Pero no voy. — ¿No? ¿Pues qué
Nunca va usted? — Yo me entiendo.
— ¡Ah! ya caigo; con que siempre.....
Es muy justo..... ya lo veo.
Bien, muy bien. El señor Conde
Le estima á usted. — A lo menos
Me tolera, disimula,
Como quien es, mis defectos,
Y suple con su bondad
Mi escaso merecimiento.
— Sí, yo sé de buena tinta
Que á usted le estima. Un sugeto
Que va alli mucho..... ¿Y qué tal?

¿Con que ya no quiere versos?
¿Es verdad, eh?—No es verdad,
No Señor: si no son buenos
No los quiere, y hace bien:
Si son fáciles, ligeros,
Alegres, claros, suaves,
Y castizos madrileños,
Le gustan mucho. Los mios
Suelen tener algo de esto,
Y por eso los prefiere
Tal vez entre muchos de ellos,
Que serán casi divinos,
Pero que le agradan menos.
— Ya, ya, pero usted debia
Mudar de tono..... —En efecto.
Escribir disertaciones
Sobre puntos de gobierno,
Enseñar lo que no sé,
Ni he de practicar, ni quiero;
Decirle lo que se ha dicho
A todos, darle consejos
Que no me pide, y á fuerza
De alambicados conceptos,
En versos flojos y obscuros,
Y en lenguage verdinegro,
Entre gótico y francés,

Hacerle dormir despierto;
No señor, yo nunca paso
Los límites del respeto,
Y entre muchas faltas, solo
La de ser audaz no tengo.
—Bien está, pero ¿ qué diantres
Se le ha de decir de nuevo,
Que le pueda contentar?
¿Siempre borrando y temiendo?
¿Siempre una cosa?.... —Una cosa
Dicha por modos diversos
Puede agradar, y tal vez
Anuncia mayor ingenio.
Siempre le diré que admiro
Su bondad y su talento;
Que no estimo yo las bandas,
Los bordados, los empleos;
Dones que da la fortuna,
Brillan, pero todo es viento;
Sus buenas prendas me inclinan,
Las aplaudo y las venero,
Y con ellas nada pueden
La suerte ciega ni el tiempo.
Y á Dios que es tarde. —Oyga usted.
—Que voy de prisa. —Un momento.
Mire usted..... yo..... la verdad.....

Tambien..... ya se ve..... Yo tengo
Algo de vena, y en fin.....
— ¿Tiene usted vena? Me alegro.
¿De qué? — Digo que á las veces
A mis solas me divierto,
Y escribo algunas coplillas
Tales cuales. Yo no quiero
Darlas á luz, porque..... — Bien.
¡Admirable pensamiento!
— Aqui traigo unas endechas,
Un romance, dos sonetos,
Y quiero que usted me diga
En amistad, sin rodeos,
Qué tales son. Venga usted
Á aquel portal. — Nos veremos.
— Pero un instante. — Otro dia.
— Y una cancion que he compuesto
Filosófica. — Al diario.
— Y una tragedia que pienso
Acabar hoy. — Á los Caños.
— Y un arbitrio. — Á los infiernos.
Esto dicho, le dejé,
Apresuro el paso y llego,
Y llegué tarde, segun
El informe del portero.
Renegué del trapalon,

De su prosa y de sus versos,
Y de mi estrella, que siempre
Me depara majaderos.
¡Ay Señor! entre las dichas
Que para vos pido al cielo,
La de no conocer nunca
A este verdugo os deseo;
Que si una vez os alcanza,
Segun es osado y terco,
Por no verle la segunda
Os vais á habitar el yermo.

Á UNA DAMA QUE LE PIDIÓ VERSOS.

—

¿Versos le pedís á un hombre
Tan cerrado de mollera?
¿Sabeis que malos los hago,
Y el trabajo que me cuestan?
¿Sabeis que para hacer uno
Suelo emporcar una resma,
Y en escribirle y borrarle
Gasto semanas enteras?
Si fuera un vecino mio
Que hace coplas á docenas,
Y con ellas se extasía,

Se enloquece y se embelesa,
Y baja al portal y á cuantos
Pasan, por ruego ó por fuerza,
Sin respirar les recita
Dos cuadernillos de endechas,
Diez sonetos, veinte y cuatro
Redondillas, tres comedias,
Cien epigramas, y nueve
Planes de nueve poemas;
Ese sí pudiera daros
Cuantos versos le pidiérais,
Ya que la suerte enemiga
Le condenó á ser poeta.
Yo no lo soy, ni lo quiero
Ser, ni nadie lo sospecha,
Ni Dios permita que nunca
Á tal tentacion consienta.
Eso no, que esto que llaman
Inspiracion, influencia,
Numen, furor los que envian
Á Salanova cuartetas,
No es otra cosa que el diablo
Que los urga y que los ciega:
Él los inspira, y asi
Son tan diabólicas ellas.
Y como hay uno encargado

De los cuñados y suegras,
Alborotador de casas,
Y amigo de peloteras,
Otro diablo comilon
Que corre de mesa en mesa,
Otro vanidoso y tonto
Con bordados y veneras,
Y otro en fin, que es el que temo,
Jugueton, mala cabeza,
Que se esconde muchas veces
Entre dos pestañas negras,
Y hace con una mirada,
Con una risa halagüeña,
Con dos lágrimas traidoras,
Que todo un hombre se pierda;
Asi tambien, ademas
De estos diablos que nos cercan,
Hay otro mas enfadoso,
Mas insolente y perrera.
Este es el que inspira tantos
Versillos de cadeneta,
Y el que regala al teatro
Monstruos en vez de comedias.
Este el que aforra los postes
Con cartelones de á tercia,
Embadurna los diarios,

Y hace cola en las gacetas.
Este el que enseña á hacer libros
En donde todo se enseña,
Padre adoptivo de tantos
Sócrates á la violeta.
Él apuntó á Valladares
Sus misiones de cuaresma,
Y al miserable Moncin
Sus nefandas Roncalesas,
Á Don Bruno sus tramoyas,
Á Luciano sus endechas,
Y á nuestro Plauto moderno
Sus farsas tripicalleras.
Por él en ambos corrales
La ruda plebe merienda
Del gótico Don Fermin
Las mal cocidas menestras.
Por él Zavala, execrable
Autor, fatiga las prensas,
Y el rechinante Trigueros
Aborta sus epopeyas.
Nifo, ¡oh pestilente Nifo!
Gran predicador de tiendas,
Que desde el año de seis
Disparatando voceas;
Solo este diablo te pudo

Turbar asi la cabeza,
Y por divertirse hacerte
Escritor de callejuela.
Él solo dicta sus coplas,
Maldecidas de Minerva,
Á Don Álvaro Guerrero,
Á Don Lucas, á Cacea,
Y á tanto varon famoso
Con quien Guarinos espera
Rebutir el suplemento
De su infausta Biblioteca.
Y tú, que desde tu silla
Presides á sus tareas,
Y en pérfidas impresiones
Su celebridad aumentas,
Gran Salanova, que en todo
Te metes, y en todo yerras,
¿Qué cura te sacará
El diablo que te atormenta?
Si nuestra piadosa madre
Algun conjuro tuviera,
Como para las langostas,
Para los malos poetas,
Yo te aseguro, infeliz
Mitólogo de la legua,
Que á chorros de agua bendita

Y antífonas y coletas,
Bien presto libertaria
De la pícara caterva
De dioses y semidioses,
Y espectros y ninfas necias
Esa pobre criatura
Que sin cesar aporrea
El enemigo, y á eterno
Disparatar la condena.
Pero es en vano; los cielos,
Quizá ofendidos, ordenan
En pago de nuestras culpas
Tanto castigo á la tierra.
Y como suele tal vez
Ocupar una floresta
Importuna multitud
De cigarras vocingleras,
Que aqui y allá chirriando
El ronco estrépito alternan,
Cantan que rabian, y nunca
Hasta reventar lo dejan,
En tanto que al son tremendo
Huyen con alas ligeras
Las avecillas canoras,
Dulce hechizo de la selva,
Vuela de una rama en otra

Asustada Filomena,
Ni al aire su voz despide,
Ni al caro nido se acerca;
De esta suerte el numeroso
Enjambre que nos apesta
De copleros chavacanos,
Ridícula turba y necia,
Fastidiosamente ahulla,
Y al run run de sus cencerras
Las Musas desaparecen,
Febo y las Gracias con ellas.
Todo es ignorancia, y todo
Frivolidad é insolencia,
Y el Parnaso castellano
Yace morada desierta.
Ni ¿quién osara acallar
La desapacible orquesta,
Ni alternar en el solfeo
Que Salanova gobierna?
¿Y vos, Señora, pedís
(Supongo que fue por fiesta)
Versos á quien de los suyos,
Si algunos hace, reniega?
Yo, que no soy embrollon,
Ni pongo mi ingenio en venta,
Ni predico en el café

Donde retumbaba Huerta;
Yo, cuando en tal ignominia
Está de Apolo la ciencia,
¿He de escribir, mientras Nifo
Escribe que se las pela:
Mientras Concha haciendo ajustes
Con Martinez y Ribera,
Ofrece dar el surtido
Necesario de comedias;
Y Moncin, para quitarle
El aplauso y las pesetas,
Hace rebajas, y el pobre
Don Bruno rabia y patea?
Mientras el Doctor Guarinos
Tanto mamarracho inciensa,
Y á Trigueros le despacha
El título de poeta;
¿Yo he de escribir? No. Primero
Que tal precepto obedezca,
Guerrero y Casal me alaben,
Y á malos sonetos muera.
Tiempo vendrá, si en los hados
No existe cólera eterna,
Que el rayo puro del sol
Disipe obscuras tinieblas,
Y del olvido en que yacen

Resucitadas las letras,
De su perdido esplendor
La edad venturosa vuelva.
Yo entonces, si amor permite
Mi voz á mayor empresa,
Ó han muerto ya de su incendio
Las no apagadas centellas,
Tal vez de la corva lira
Pulsaré doradas cuerdas,
Entre los doctos alumnos
Que Apolo inspira y alienta;
Y cuando mi patria logre
La felicidad que espera,
Su nuevo Augusto hallará
Marones que le celebran.

AGUINALDO POÉTICO.

Ya, señor, el tiempo llega
De presentes y regalos;
Para el que ha de recibir
El mas alegre del año,
Para el que da, tiempo triste,
Mes azaroso é infausto,
Tanto que muchos quisieran

Echarle del calendario.
Yo en este mes, como soy
Tan cumplido y tan exacto,
He dispuesto remitiros
Las pascuas y el aguinaldo.
Ello es verdad que parece
Muy extravagante y raro
Que el pobre regale al rico,
Y al Provincial el donado;
Pero al fin si yo nací
De humor generoso y franco,
¿Quién me ha de quitar que tenga
El alma de un Alejandro?
Y no hay remedio, os prometo
Que me he de portar con garbo,
Que cuando dan los poetas,
Dios nos tenga de su mano.
Tal vez para su traer
No suelen tener un cuarto,
Pero para regalar
El mundo les viene escaso.
Y no espereis que os envie
Rico café veneciano,
Salchichones boloñeses,
Ni vino de Chipre en frascos,
Miel de Calabria exquisita,

De Génova dulces varios,
Lenguas de Lodi excelentes,
Bien que no las he probado,
Enormes quesos de Parma,
Que dicen que son muy caros,
Macarrones, tallarines,
Pasteles napolitanos;
No señor, porque esto al fin
En las tiendas lo encontramos,
Y si tuviese dinero,
Facil me fuera comprarlo.
La gracia está en invocar
Á Apolo mi primo hermano,
Y hacerle venir de un brinco
Desde el Olimpo á mi cuarto;
Y en vez de tanta morcilla,
Y de tanta grasa y tantos
Dulces, que solo producen
Indigestiones y hartazgos,
Si quereis cosas gustosas
Que no os pueden hacer daño,
Y en su vida las han visto
Los arrieros maragatos,
Ahí está el fenix de Arabia,
Que es un manjar delicado,
Y los pavones soberbios

Que tiran de Juno el carro;
Las palomitas de Venus,
Piscis, Capricornio y Tauro
Que pace estrellas, segun
Dice un autor castellano:
Las sirenas las pondremos
En escabeche con caldo,
Que en quitándolas las colas
Son estupendo regalo:
Los tritones, las harpías,
Hipógrifos y centauros,
Unos en gigote, y otros
Fritos y otros empanados:
Y en cuanto á vinos..... El vino
Primeramente es muy malo,
Da cólera y convulsiones,
Y hace en la cabeza estragos:
El agua es mejor, y el agua
Que se baja despeñando
De la fuente Cabalina
Por las faldas del Parnaso,
Vale mas que los licores
De Marsella celebrados,
Rescoldo líquido ardiente,
Veneno sabroso y caro.
Pero si á fin de comida

Gustais de beber un trago,
Yo os daré el nectar que sirve
Á Jove el garzon troyano.
Este presente, capaz
De templar el ceño airado
De un Vista, de un Relator,
De un Virrey americano,
Solo para vos le tengo
Prevenido y arreglado:
Buen apetito, y picar
De todo, y muérase el diablo.
Si ha de ir por tierra, Pluton,
Cibeles, Ceres y Baco
Me prestarán á porfía
Cuando los quiera sus carros.
Si ha de ir por el mar, Neptuno,
Tetis, Anfitrite y Glauco
De Génova á Barcelona
Llegan en dos latigazos.
Y si quereis que se lleve
Por el aire, y evitamos
Registro de los ingleses,
Que en todo meten el gancho,
Júpiter, Apolo y Venus
Os le llevarán volando;
Y á fé que en las aduanas

No visitarán el cargo.
Éste, en lugar de cubrirle
De pañuelos valencianos,
Ó de conclusiones llenas
De inepcias y mamarrachos,
Le cubriremos de versos,
Puesto que siendo el regalo
Fruta del Pindo, ¿quién pone
El envoltorio prosaico?
Versos irán, que las Musas,
Siendo para vos el canto,
Con su inspiracion divina
Agitan mi numen tardo.
Y veis aqui como quedo
Lucido y desempeñado,
Y el mucho favor que os debo
Á costa de Ovidio os pago.

MAS VALE CALLAR.

—

¿Qué será que habiendo sido (16)
La Musa que tanto honrais
En obedeceros pronta
Con sumisa voluntad,

Hoy tan perezosa esté,
Que no me quiere inspirar
Los versos que me pedís,
Si cuando pedís, mandais?
¿Acaso pudo el deseo
De complaceros faltar,
Ó acabaron los calores
Con su vena perenal?
¿Ó, fatigada tal vez
De traducir y firmar,
Tiempo la falta y humor
Para ser original?
Y en tanto, á mí se me acusa
De indolente y holgazan,
Ella se abanica y rie,
Yo me apuro, y vos instais.
¿Qué la cuesta en libres versos
Maldecir y murmurar,
Sátiras dictando alegres,
Llenas de pimienta y sal?
¿Acaso la edad presente
Tan corta materia dá?
¿Tan leves son nuestros vicios?
¿Tan pocas locuras hay?
Si la mandaran fingir,
Y con astúcia falaz

Aplaudir los desaciertos,
Los delitos adorar;
Yo el primero disculpára
Su silencio pertinaz:
Que es mejor cuando el asunto
Obliga á mentir, callar.
Pero si quereis que solo
Dicte sátira mordaz,
¿No es decirla claramente,
Musa, dinos la verdad?
¿Pues por qué de la ocasion
No se debe aprovechar,
Y dar una felpa á tanto
Literato charlatan;
Tantos eruditos hueros,
Cuyo talento venal
Nos da en menudos las ciencias,
Que no supieron jamás;
Tanto insípido hablador,
Tanto traductor audaz,
Novelistas indecentes,
Políticos de desvan,
Disertadores eternos
De virtud y de moral,
Que por no tenerla en casa
La venden á los demas?

¿Y por qué tantos copleros,
Que en su discorde cantar
Ranas parecen, que habitan
Cenagoso charquetal,
Ha de tolerar mi Musa
Que metrifiquen en paz,
Y se metan á escribir
Por no querer estudiar?
¿Ella no fue la que un dia
Dió leccion tan magistral
(Haciendo el ancho teatro
Púlpito de la verdad),
Que á todo autorcillo astroso
Llenó de terrible afan,
Creyendo cercano el punto
De su exterminio final?
¡Oh estúpidos! escribid,
Imprimid, representad;
Que el siglo de la ignorancia
Largos años durará.
Y mientras al rudo vulgo
Embobeis y corrompais
Con farsas, que Apolo al verlas
Padece gota coral,
Ni faltará quien os dé
Para vestir y mascar,

Ni habrá un cristiano que os diga:
Vencejos, no chilleis mas.
Seguid, y lluevan abates,
Moros, pillos de arrabal,
Arrieros, trongas y diablos
Con su rabillo detrás.
Y si el público se hastía
De ver tanta necedad,
Váyase á dormir tres horas
Á los Caños del Peral.
Pero, señor, si la Musa
Se llega á determinar,
Se anima y os obedece,
Y tras todos ellos da,
Y en justa sátira y docta
Los tonos quiere imitar
Del siempre festivo Horacio,
Ó el cáustico Juvenal;
¿No será de tanto monstrúo
Las cóleras provocar,
Y exponer á mil estragos
Su decoro virginal?
¿No veis que yace el Parnaso
En triste cautividad,
Y en él bárbaras catervas
Atrincheradas estan?

No señor: pues siempre ha sido
Para vos fina y leal
Mi pobre Musa, y os debe
Lo que no os puede pagar,
No la mandeis que de tanto
Necio se burle jamás,
Ni les riña en castellano,
Porque no la entenderán.
Sátiras no, que producen
Odio y encono mortal;
Y entre los tontos, padece
Martirio la ingenuidad.

Á GERONCIO.

Cosas pretenden de mí (17)
Bien opuestas en verdad
Mi médico, mis amigos,
Y los que me quieren mal.
Dice el doctor: señor mio,
Si usted ha de pelechar,
Conviene mudar de vida,
Que la que lleva es fatal.
Débiles los nervios, débil
Estómago y vientre está:

¿Pues qué piensa que resulte
De tanta debilidad?
Si come, no hay digestion;
Si ayuna, crece su mal;
Á la obstruccion sigue el flato,
Y al tiriton el sudar.
Vida nueva, que si en esta
Dura dos meses no mas,
Las tres facultades juntas
No le han de saber curar.
No traduzca, no interprete,
No escriba versos jamás.
Miedos y musas le tienen
Hecho un trasgo de hospital:
Y esos papeles y libros,
Que tan mal humor le dan,
Tírelos al pozo, y vayan
Plauto y Moreto detrás.
Salga de Madrid, no esté
Metido en su mechinal,
Ni espere á que le derrita
El ardor canicular.
La distraccion, la alegría
Rústica le curarán:
Mucho burro, muchos baños,
Y mucho no trabajar.

En tanto que esta sentencia
Fulmina la facultad,
Mis amigos me las mullen
En junta particular.
Dicen: ¡Oh, si Moratin
No fuese tan aragán,
Si de su modorra eterna
Quisiera resucitar!
Él ha sabido adquirir
La estimacion general;
Aplauso y envidia excita
Cuanto llega á publicar:
Le murmuran; pero nadie
Camina por donde él va:
Nadie acierta con aquella
Dificil facilidad;
Y si él quisiera escribir
Tres cuadernillos no mas,
¿La caterva de pedantes
Adónde fuera á parar?
¿Qué se hiciera tanto insulso
Compilador ganapan,
Que de francés en gabacho
Traducen el pliego á real?
¿Tanto hablador, que á su arbitrio
Méritos rebaja y dá,

Tiranizando las tiendas
De Perez y Mayoral?
No señor, quien ha tenido
La culpa de este desman,
Si escuchara un buen consejo,
Lo pudiera remediar.
Tomasen la providencia
De meterle en un zaguan,
Con su candil, su tintero,
Pluma y papel, y cerrar:
Y alli, con racion escasa
De queso, agua fresca y pan,
Escribiese cada dia
Lo que fuera regular.
¿Emporcaste un pliego? Lindo:
Almuerza y vuelve al telar:
Come, si llenaste cuatro;
Cena, si acabaste ya.
¿Quieres tocino? Veamos
Si está corregido el plan.
¿Quieres pesetas? Pues daca
El *Drama sentimental.*
Por cada escena, dos duros
Y un panecillo te dan,
Por cada *Pequeña pieza*
Un *Vale dinero,* y mas.

Y de este modo, en un año
Pudiéramos aumentar
De los cómicos hambrientos
El exprimido caudal.
Esto dicen mis amigos
(Reniego de su amistad):
Mi suegro, si le tuviera,
No digera cosa igual.
Esto dicen, y en un corro
Siete varas mas allá,
Don Mauricio, Don Senén,
Don Cristobal, Don Beltran,
Y otros quince literatos
Que infestan la capital,
Presumidos, ya se entiende,
Doctos á no poder mas,
Dicen: Moratin cayó,
Bien le pueden olear:
No chista ni se rebulle,
Ya nos ha dejado en paz.
Su *Baron* no vale nada;
No hay enredo alli, ni sal,
Ni caracteres, ni versos,
Ni lenguage, ni..... Es verdad,
Dice Don Tiburcio: ayer
Me aseguró Don Cleofás,

En casa de la condesa
Viuda de Madagascar,
Que es traduccion muy mal hecha
De un drama antiguo aleman.....
—Sí, traduccion, traduccion,
Chillan todos á la par,
Traduccion..... ¿Pues él por donde
Ha de saber inventar?
No señor, es traduccion.
Si él no tiene habilidad,
Si él no sabe, si él no ha sido
De nuestro corro jamás,
Si nunca nos ha traido
Sus piezas á examinar;
¿Qué ha de saber?—¡Pobre diablo!
Exclama Don Bonifaz:
Si yo quisiera decir
Lo que..... pero bueno está.
—¡Oiga! ¿pues qué ha sido? Vaya,
Díganos usted.—No tal,
No. Yo le estimo, y no quiero
Que por mí le falte el pan.
Yo soy muy sensible: soy
Filósofo, y tengo ya
Escritos catorce tomos
Que tratan de humanidad,

Beneficencia, suaves
Vínculos de afecto y paz;
Todo almíbares, y todo
Deliquios de amor social:
Pero es cierto que..... Si ustedes
Me prometieran callar,
Yo les contára. — Sí, diga
Usted, nadie lo sabrá:
Diga usted. — Pues bien: el caso
Es que ese cisne inmortal,
Ese dramático insigne
Ni es autor, ni lo será.
No sabe escribir, no sabe
Siquiera deletrear:
Imprime lo que no es suyo,
Todo es hurtado, y..... ¿Qué mas?
Sus comedias celebradas,
Que tanta guerra nos dan,
Son obra de un religioso
De aqui de la Soledad.
Dióselas para leerlas
(Nunca el fraile hiciera tal),
No se las quiso volver,
Murióse el fraile, y andar.....
Digo, ¿me explico? — En efecto,
Grita la turba mordaz,

Son del fraile. Ratería,
Hurto, robo, claro está.
Geroncio, mira si puede
Haber confusion igual:
Ni sé qué hacer, ni confio
En lo que hiciere acertar.
Si he de seguir los consejos
Que mi curador me dá,
Si he de vivir, no conviene
Que pida á mis nervios mas.
Confundir á tanto necio
Vocinglero pertinaz,
Que en la cartilla del gusto
No pasó del *cristus, a*;
Componer obras, que piden
Estudio, tranquilidad,
Robustez, y el corazon
Libre de todo pesar,
No es empresa para mí:
Tú, Geroncio, tú me dá
Consejo. ¿Cómo supiste
Imponer, aturrullar,
Y adquirir fama de docto
Sin hacer nada jamás?
Tú, maldito de las Musas,
Que lleno de gravedad,

De todo lo que no entiendes
Te pones á disertar;
¿Cómo sin abrir un libro,
Por esas calles te vas
Haciéndote el corifeo
De los grajos del lugar,
Y con ellos tragas, brindas
Y engordas como un bajá,
Y duermes tranquilo, y nadie
Sospecha tu necedad?
Dime si podré adquirir
Ese don particular;
Dame una leccion siquiera
De impostor y charlatan,
Y verás como al instante
Hago con todos la paz,
Y olvido lo que aprendí,
Para lucir y medrar.

EPIGRAMAS.

PARA UNA ESTATUA DE LA FARMACIA.

A la ciencia de Hipócrates unida,
Dilata los instantes de la vida.

PARA EL SEPULCRO DE ALMANZOR.

No existe ya; pero dejó en el orbe (18)
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás admirado conocerle,
Cual si le vieras hoy presente y vivo.
Tal fue, que nunca en sucesion eterna
Darán los siglos adalid segundo,
Que asi, venciendo en lides, el temido
Imperio de Ismael acrezca y guarde.

PARA LA CORTINA DE UN TEATRO.

Vicios corrige la vivaz Talía
Con risa y canto y máscara engañosa,

Y el nacional adorno que se viste.
Melpómene, la faz magestuosa
Bañada en lloro, al corazon envia
Piedad, terror cuando declama triste.

PARA EL SEPULCRO DE D. FRANCISCO GREGORIO DE SALAS.

En esta venerada tumba, humilde, (19)
Yace Salicio: el ánima celeste,
Roto el nudo mortal, descansa y goza
Eterno galardon. Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambicion remoto,
A el trato facil y á la honesta risa,
Y del pudor y la inocencia amigo.
Ni envidia conoció ni orgullo insano.
Su corazon, como su lengua, puro
Amaba la virtud, amó las selvas.
Dióle su plectro, y de olorosas flores
Guirnalda le ciñó la que preside
Al canto pastoril, divina Euterpe.

PARA UN RETRATO DEL AUTOR REMITIÉNDOSELE Á UNA SEÑORA VALENCIANA.

A la Ninfa del Turia ilustre y bella,
Mi imagen doy, y el corazon con *ella.*

Á UN NIÑO LLORANDO EN LOS BRAZOS DE SU MADRE.

Traduccion del inglés.

Tú que gimes doliente,
Bañando en lloro de tu madre el seno,
Mientras que todo en torno es alegrías;
¡Oh! vive á la virtud, niño inocente:
Porque al venir la noche eterna, lleno
Lo dejes todo de dolor vehemente,
Y tú contento rias.

Á UN ESCRITOR DESVENTURADO, CUYO LIBRO NADIE QUISO COMPRAR.

En un cartelon leí,
Que tu obrilla baladí
La vende Navamorcuende.....
No ha de decir que la vende,
Sino que la tiene allí.

IRREVOCABLE DESTINO DE UN AUTOR SILBADO.

Cayó á silbidos mi *Filomena.*
—Solemne tunda llevaste ayer.
—Cuando se imprima, verán que es buena.
—¿Y qué cristiano la ha de leer?

Á LESBIA MODISTA.

Lesbia, tú que á las bonitas
Añadir adornos puedes,
Como á todas las excedes,
De ninguno necesitas.

Á LA MISMA DE OTRO MODO.

EN la gala y compostura
Que á nuestras jóvenes das,
Lesbia, tu invencion se apura:
Si las dieras tu hermosura,
Nunca te pidieran mas.

Á LA MISMA DE OTRO MODO.

CUANDO á nuestras damas bellas
Adorna tu docto afan,
Venus y el Amor te dan
Mas que te debieron ellas.

Á UN COMERCIANTE QUE PUSO EN SU CASA UNA ESTATUA DE MERCURIO.

SI al decorar tus salones,
Fanio, á Mercurio prefieres,
Tienes á fé mil razones;
Que es dios de los mercaderes,
Y tambien de los ladrones.

Á GERONCIO.

Pobre Geroncio, á mi ver
Tu locura es singular:
¿Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?

Á PEDANCIO, AUTOR DE UNA OBRA EN QUE LE AYUDABAN VARIOS AMIGOS.

Pedancio, á los botarates
Que te ayudan en tus obras,
No los mimes ni los trates:
Tú te bastas y te sobras
Para escribir disparates.

AL MISMO.

Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera:
Mas pesadumbre tuviera
Si te gustaran á ti.

Á UN MAL VICHO.

¿Veis esa repugnante criätura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado,
Gangoso y sucio y tuerto y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

Á UNA SEÑORITA FRANCESA.

La bella que prendó con gracioso reir
Mi tierno corazon, alterando su paz,
Enemiga de amor, inconstante, fugaz,
Me inspira una pasion que no quiere sentir.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

LOS PADRES DEL LIMBO.

Coro.

¡Oh cuánto padece de afanes cercada, (20)
Merced al engaño de fiero enemigo,
En largo castigo la prole de Adan!
¡Oh! vuelva á nosotros la luz deseada,
Y dé sus promesas el cielo cumplidas,
Que ya repetidas en sombras estan.

VOZ 1.ª

¿Cuándo, Señor, la esclavitud y el llanto
Cesará de Israel? Llegando el dia
En que aparezca el vencedor, el santo,
El que rompa la bárbara cadena
Que en servidumbre impía
Lleva tu pueblo. El hombre inobediente
Perdió de Eden la habitacion serena:
Espada refulgente
Vibró en sus puertas Serafin airado,

Y á la inocencia sucedió el pecado.
Mas no de tus piedades
Pudo la culpa humana
El raudal extinguir, que es infinito,
Y tú, Señor, el numen poderoso
Que goza en perdonar. Tu soberana
Diestra sepulta montes y ciudades
En abismo profundo
De universal diluvio proceloso,
Que de los hombres castigó el delito;
Pero diste á la tierra Adan segundo.
Grato admitiste su obediente zelo
Y sus ofrendas puras,
Y el iris de la paz brilló en el cielo.
Si en el Egipto ardiente
Padece servidumbre
La estirpe de Jacob, tú la aseguras
En la fuga que intenta portentosa,
Tú disipas la fiera muchedumbre
Que la persigue en vano.
Abre su centro el mar, y en espumosa
Tumba sepulta al pertinaz tirano,
Sus carros y caballos precipita:
Das á tu pueblo, sin lidiar, victoria,
Y al estruendo del tímpano sonante
Himnos te canta de alabanza y gloria.

VOZ 2.ª

Mucho, Señor, hiciste;
Y prometiste mas. Debe la tierra
Ver un caudillo en venturoso dia,
Que los furores de discordia y guerra
Calme, y en alegría
De amor y dulce paz domine eterno.
Las puertas del Averno
Cederán á su voz omnipotente;
Quebrantará las bóvedas obscuras,
Huyendo el monstruo que se esconde en ellas,
Abrasada la frente
Con rayo vengador. El poderoso,
El grande, el hijo de David, las puras
Auras rompiendo, llevará sus huellas
Adonde el astro de la luz preside,
Y mas allá del sol, acompañado
De la turba de justos numerosa,
Que los caminos de virtud siguieron,
Y del primer pecado
Sufren la pena en carcel pavorosa.

CORO.

Huyan los años en rápido vuelo,
Goze la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

VOZ 3.ª

Ven, prometido
Gefe temido.
Ven, y triunfante
Lleva delante
Paz y victoria:
Llene tu gloria
De dicha el mundo.
Llega, segundo
Legislador.

CORO.

Huyan los años con rápido vuelo,
Goze la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

LA ANUNCIACION.

VOZ 1.ª

¿Qué nuncio divino
   Desciende veloz,
Moviendo las plumas
   De vario color?

VOZ 2.ª

El bello semblante
   En risa bañó,
Que inspira alegría,
   Disipa temor.

VOZ 1.ª

El rubio cabello
   Al hombro esparció:
Diadema le ciñe
   De extremo valor.

VOZ 2.ª

Ropages sutiles
   Adorno le son,
Y en ellos duplica
   Sus luces el sol.

VOZ 1.ª

¡Feliz habitante
De la alta region!

VOZ 2.ª

¡Alado ministro
Del sumo Hacedor!

VOZ 1.ª

En hora bendita
La tierra te vió

VOZ 2.ª

Su dicha pendiente
Está de tu voz.

VOZ 1.ª Y 2.ª

Que tú solo anuncias
Favores de Dios.

VOZ 3.ª

Lleva á la santa Nazaret su vuelo
El Angel del Señor, y resplandece
La estancia de María:
De fragantes aromas se enriquece

El aire en torno, y suena melodía
Igual á la del cielo.
La honesta virgen, ruborosa y muda,
Se postra absorta al paraninfo hermoso:
Ve tanto bien, y merecerle duda.
Él, con acento grave y amoroso,
No temas, no, la dice,
De las hijas de Adan la mas felice.
Llena de gracia estás: está contigo
El Dios que adoras inefable, eterno,
Y el fruto santo que de ti se espera
Se ha de llamar Jesus. Dijo, y la esfera
Que en luces arde y arreboles de oro,
Vuelve á romper con ímpetu sonoro,
Y se estremece el enemigo infierno.

VOZ 4.ª

¡Oh instante dichoso
De amor y consuelo,
Que la tierra al cielo
Para siempre unió!

¡Y al Dios poderoso,
Que truena indignado,
Piadoso, humanado,
Sumiso le vió!

CORO.

Virgen, madre, casta esposa,
Sola tú la venturosa,
La escogida sola fuiste,
Que en tu seno recibiste
El tesoro celestial.

Sola tú con tierna planta
Oprimiste la garganta
De la sierpe aborrecida,
Que en la humana fragil vida
Esparció dolor mortal.

CÁNTICO Á NOMBRE DE UNAS NIÑAS ESPAÑOLAS DE FAMILIA REFUGIADA EN FRANCIA,

con motivo de una peligrosa enfermedad de la Marquesa de Ariza.

CORO.

SUBAN al cerco de Olimpo luciente,
Eco doliente, lamentos y voces:
Lleguen veloces al trono de Dios.

VOZ 1.ª

Oye, Señor, el ruego fervoroso
Que humildes dirigimos,
En afliccion y llanto.
Con alma pura y manos inocentes
Ante tus aras á implorar venimos
Favor, piedad ¡oh Numen poderoso!
Si súplica mortal merece tanto.
Por ti los orbes giran refulgentes,
Por ti naturaleza
Existe, y á tu voz la muerte dura
Contiene su fiereza.
¡Ay! no perezca la estimable vida
De la que fue nuestro comun consuelo
En la no merecida,
Constante desventura,
Que á nuestros padres á morir condena
En peregrino suelo,
Y á nosotras con ellos, desdichadas.
Ella fue nuestro amparo: ella serena
Benigna, generosa,
Lágrimas tantas veces derramadas:
En su favor nuestra niñez reposa.
Si la virtud nos guia,
Si las tinieblas del error desvía

Y aclara nuestra mente
La lumbre del saber, dádiva es suya.....
Viva ¡oh gran Dios! Tu diestra omnipotente
Al mundo, á nuestro amor la restituya.

CORO.

Si la que fiel se ajusta
Á tu ley soberana,
En leve sombra y vana
Se debe disipar;

Antes la parca adusta,
Que la amenaza fiera,
De crímenes pudiera
La tierra libertar.

ALOCUCION CON QUE ANUNCIÓ SU BENEFICIO FRANCISCO CHINER,

primer galan de la compañía cómica de Barcelona, en el año de 1814.

PÚBLICO ilustre, que benigno siempre
Sabes suplir la insuficiencia mia,
Perdonas el error por el deseo,
Y al mas cobarde generoso animas;

Si el don que te presento no es bastante
A igualar los afectos que le dictan ,
Sé que mereces mas ; pero no alcanzo
La perfeccion á que mi zelo aspira.

Tiempo será que en esta escena admires
Á quien mas docto y mas feliz te sirva :
Que la suerte reparte desiguales
Las gracias, los talentos y la dicha.

Á mí me dió humildad : con esta solo
Esperar debo tu atencion benigna.
Damas hermosas, de vosotras fio
Que mi esperanza se verá cumplida.

Hechiceras de amor, en cuyos ojos
La libertad del corazon peligra,
Pues el don celestial de hacer felices
Es vuestra principal prerogativa,

¿Qué harán los hombres si aplaudís piadosas?
Las leyes que dictais, ellos confirman,
Y el orbe entero en voluntarios nudos
Adora vuestra dulce tiranía.

EL COCHE EN VENTA.

—

Quiero contarte
Que Don Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me está moliendo
Mas ha de un mes,
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Mal haya, amen)
Sus dos candongas
Y su cupé.

Esta mañana
Salí á las diez
A ver á Clori
(No lo acerté):
Horas menguadas
Debe de haber.
Íbame aprisa
Hácia la Red,
Y en una esquina

Me le encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somaten,
Y las mentiras
De tres en tres.
— Y, no hay remedio,
Ello ha de ser:
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde.
Parece inglés:
La caja es cosa
Digna de un Rey.
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra mas cuca
No la vereis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas

En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer
El marquesito
De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber
A un chalan cojo
Aragonés,
Que vive al lado
De la Merced.
Son dos alhajas:
No hay que temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Con que Domingo
Puede á las seis
Ir á mi casa,
Yo os dejaré
Las señas..... Pero.....
¿Teneis papel?
— No tengo nada,
Ni es menester:
Dejadme vivo,

Sayon cruel.
Si ya os he dicho
Que no gasteis
Saliva y tiempo:
Si no ha de ser:
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera á pie
Hasta la turca
Jerusalen.
— ¿Y te parece
Que le ahuyenté?
Nunca un pelmazo
Llega á entender
Lo que no cuadra
Con su interés.

Quise cansarle;
Me equivoqué.
Sigo mi trote,
Sigue tambien,
Suelto de lengua,
Agil de pies,
Siempre á la oreja
Como un lebrel.

Lloviendo estaba
Y á buen llover;
Calles y plazas
Atravesé,
Charcos, arroyos.....
Voy á torcer
Por la bajada
De San Ginés:
Hallo un entierro
De mucho tren:
Muerto y parientes
Atropellé.
Él, por seguirme,
Dió tal vaiven
Á un monaguillo,
Que sin poder
Valerse, al suelo
Cayó con él.
Tal del pobrete
La rabia fue,
Tal cachetina
Siguió despues,
Que malferido,
Zurrado bien,
Allí entre el lodo
Me le dejé.

TRADUCCION DE GRECOURT.

El niño ceguezuelo
Adormecióse un dia
En el recinto obscuro
De los bosques del Ida.

Venus temor concibe
Al ver que no volvia
De tan largo reposo,
Que al de la muerte imita.

Y en lágrimas hermosas
Bañando las megillas,
Al Padre omnipotente
Su dolor comunica.

Jove, que tanta pena
Mitigar determina,
A los dioses consulta
Que en el Olimpo habitan.

Y viendo que en opuestas
Opiniones vacilan,

Al medio menos tardo
Su decision inclina.

Manda que al bosque umbroso
Donde el Amor dormia
Vayan los zelos tristes,
Y en torno de él asistan.

Parten ellos veloces,
Y al rumor que traían
De su letargo vuelve
El niño de Ericina.

¡Mas ay! que desde entonces
Perdió su paz tranquila,
Y nunca el dulce sueño
Sus párpados visita.

TRADUCCION DE PABLO ROLLI.

Diálogo.

¿Quieres decirme, zagal garrido,
Si en este valle, naciendo el sol,
Viste á la hermosa Dórida mia,
Que fatigado buscando voy?

— Sí, que la he visto pasar el puente,
Y á los alcores se encaminó:
Un corderito la precedia,
Atado al cuello verde liston.
— ¿Solo el cordero la acompañaba?
— Tambien con ella iba un pastor.
— ¿Lícidas? — Ese: Lícidas era;
Mas ¿qué te asusta? ¿Qué mal te dió?
— ¡Ay vaquerillo! ¡Qué feliz eres!
Pues aún ignoras lo que es amor.

IDILIO Á LA AUSENCIA.

—

Este es Guadiela, cuyas ondas puras
Van á crecer del Tajo la corriente:
Esta la selva deliciosa, donde
Gozan las horas del ardor estivo
Las bellas Hamadríades, formando
Ligeras danzas y festivos coros.
Inarco, ¡ay infeliz! ¿asi la cumbre
Vuelves á ver de aquel nuboso monte?
¿Asi á pisar esta ribera vuelves?

Prófugo, triste, en mi destino incierto,
Dejé mi choza y mis alegres campos

Y los muros de Mantua generosa,
Y al bienhadado Coridon y Aminta,
Y al constante en amor Alfesibeo;
Todo lo abandoné. Por ignorada
Senda me aparto con errante huella,
Y atrás volviendo alguna vez los ojos:
Á Dios mi patria, sollozando dije,
Á Dios praderas verdes, donde oculto
Entre juncos y débiles cañerlas,
Manzanares humilde se adormece
Sobre las urnas de oro. Á Dios, y acaso
Para nunca volver. Á la espesura
De incultos bosques y profundo valle
La planta muevo apresuradamente;
Bien como el ciervo al conocerse herido
De enherbolado arpón las cumbres altas
Sube, desciende de la sierra al llano
Y los anchos arroyos atraviesa;
En vano ¡ay triste! en vano, que el agudo
Hierro, teñido en la caliente sangre,
Cerca del corazon lleva pendiente.

Yo asi en el pecho abrasadora llama
Siento: ni la distancia ni los dias
Alivian mi dolor: que en la memoria
Mi bella ausente y sus hechizos duran.

El donaire gentil, la risa, el canto,
El pie que mueve en agil danza, honesta,
Los dorados undívagos cabellos,
El claro resplandor de entrambas luces,
Y el alto pecho que suävemente
Se agita al suspirar: deliciöso,
Cándido seno donde Amor se anida,
Disculpa de mi ciego desvarío.

Si alguna vez á mi dolor se presta
Benigno el sueño con amigas alas,
Hijo de la callada, húmida noche,
Al fatigado espíritu aparece
De mi partida el infeliz instante.
Miro los ojos de esplendor divino,
Que en lágrimas se inundan amorosas,
La trenza ondosa deslazada al viento,
Suelta la veste cándida, y escucho
La conocida voz, las dulces quejas,
Que serenar el ímpetu espantoso
Pueden del mar en tempestad obscura.
Tiemblo, y en vano la funesta imagen
Quiero de mí apartar. Ya me parece
Que con halagos de pasion nacidos
La linda Isaura mi partida estorba:
Ya, que indignada á su amador acusa

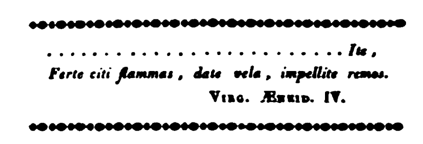
De ingrato y desleal; ya, que rendida
Á su afliccion, la voz y el llanto cesan.....
Yo, ¡mísero! ciñendo el cuello hermoso,
Y á su labio tal vez uniendo el mio,
Juro á los cielos que primero falte
Mi aliento débil, que en agenos brazos
Llegue á mirarla, que la pierda y viva,
Antes que olvide mi pasion primera.
Mas ya se acerca el trance aborrecido:
Late oprimido el corazon..... Entonces
Al violento pesar de mí se aparta
Leve la imagen de la muerte triste,
Mas que la muerte inexorable y dura.

Venus, hija del mar, diosa de Gnido,
Y tú, ciego rapaz, que revolante
Sigues el carro de tu madre hermosa,
La aljaba de marfil pendiente al lado;
Si hay piedad en el cielo, si el humilde
Ruego de un infeliz no vos ofende,
¡Oh! basten ya las padecidas penas.
Vuelva yo á ver aquel agrado honesto,
Aquel dulce reir, y la suäve
Voz de sirena escuche, y sus favores
Gozando, tornen las alegres horas.
Pero si acaso mi destino fuere

Tan enemigo á la ventura mia,
Que en larga ausencia padecer me manda;
Alma Citeres, flechador Cupido,
Tal rigor estorbad. Falte á mis ojos
La luz pura del sol en noche eterna,
Y del cuerpo mi espíritu desnudo,
Fugaz descienda, en vana sombra y fria,
Á la morada de Pluton terrible.

Inarco asi, de la que adora ausente,
Á las Deidades del Olimpo sordas
Demandaba piedad. Damon en tanto,
Joven pastor, que al valle reducia
Pobre rebaño de manchadas cabras,
Al pie de un olmo halló sobre la yerba
Al amante zagal, apenas vivo.
Le alzó del suelo con amiga mano,
Razones, no escuchadas, repitiendo,
Por si con ellas aliviar lograse
Su grave afan: piadoso le conduce
Á su rústico albergue, y vagaroso
El fiel Melampo á su señor seguia.

LA SOMBRA DE NELSON.



. . . . *Ite,*
Ferte citi flammas, date vela, impellite remos.
VIRG. ÆNEID. IV.

CUANDO al estrago de naval pelea
Cayó sin vida el adalid britano,
Fiero terror del mar, la yerta cumbre, (*)
Del opulento Gerïon sepulcro,
Toda en las sombras de profunda noche
Arder se vió con pálidas centellas;
Y á la dudosa lumbre, pavoroso
Espectro apareció, de sangre y humo
Y de mortal amarillez cubierto,
La frente herida, y á sus plantas rota
Naval corona y militares lauros.
Y en voz terrible, que el estruendo pudo
Y el ímpetu calmar del espumoso
Piélago hinchado en la tartesia orilla, (**)

(*) Nuestros antiguos historiadores suponen que Gerion, Rey de España, fue sepultado en el cabo Trafalgar.

(**) Llamóse asi toda la costa de España que cae á la parte occidental del Estrecho, por la ciudad de Tarteso, que hoy es Tarifa.

"Llegó, dice, ¡ay de mí! llegó el temido
»Instante que los cielos señalaron
»En su furor contra mi patria. ¡Oh, nunca
»Tanto la suerte amiga sublimára
»Tu gloria y tu poder para que fueras
»Ejemplo al mundo en la fatal ruïna,
»Que ya cercana, inevitable miro,
»Ambiciosa Albiön! (*) Vive, y el trono
»Ocupa que afirmó de Clodoveo (**)
»El gran caudillo, cuyo nombre adoran
»El Sena y el Tesin precipitado,
»Y dos coronas á su frente ciñe.
»Vive, y sus armas vencen, y al sonido
»De sus trompetas vuelan fugitivas
»Las águilas augustas. Inflamada
»En belicoso ardor la fuerte Hesperia, (***)
»Une á las rojas cruces de Pelayo
»El blason imperial, que en sus pendones
»Tiende el francés al aire. ¡Poderosa
»Union, que tanto aborreciste y temes!
»Tronó el cañon, y huyendo de las playas
»Corvas, al mar se entregan animosos:
»Entre enemigos vientos, niebla obscura,

(*) Inglaterra.
(**) Primer Rey católico de los franceses.
(***) España, que tambien se llamó Iberia.

»Hórrida tempestad..... Yo ví el sangriento
»Choque, el incendio y la comun ruïna:
»Yo de tus armas el honor temido
»Sostuve en tanto que á la suerte plugo:
»Supe en los tuyos excitar crueles
»Alientos, supe acometer terrible,
»Y lidiar y morir. Mas ya en las grutas
»Cóncavas suena del peñasco enorme,
»Gloria de Alcides, (*) funeral lamento,
»Debido á tanto horror. Las crespas ondas
»Sacan bramando á la desierta orilla
»Los que el furor de sus voraces monstruos
»No deformó, cadáveres desnudos,
»Las que no oculta su profundo centro,
»Naves soberbias, que á merced llevadas
»Del huracan, contra su muro embisten.
»¡Oh Calpe! (**) tú, que de esperanzas llena
»Hoy meditabas aclamar festiva
»El triunfo y dar coronas á mi frente,
»Cubre la tuya de ciprés funesto,
»Y mi cuerpo insepulto, destrozado,
»Vuelve á la patria, y para siempre llore,
»Que es justo su dolor..... No en esta sola

(*) En opinion de los poetas, el monte de Gibraltar es una de las columnas de Hércules.

(**) Gibraltar se llamó antiguamente Calpe.

»Víctima, no, los hados enemigos
»Á nuestra gente su rigor limitan;
»Mayor desolacion y estragos piden,
»Que al pie del solio del Ibero Augusto
»Próvido asiste de la guerra el numen:
»La espada y el tridente húmido empuña,
»Y la tierra y el mar de numerosas
»Huestes se cubre, y de nadantes pinos
»Al eco de su voz..... Cede á la eterna
»Ley, Anglia (*) altiva, que en diamante duro
»Grabó el destino. Los imperios mueren,
»Su esplendor se obscurece, la fortuna
»Que los engrandeció los abandona,
»Y aun la memoria de su nombre acaba.
»Si es dado al tuyo que su fin dilate,
»No el ceño irrites del leon, que ruge
»En su caverna, y de temor desnudo
»Lame las garras con tu sangre tintas.
»Divide y vencerás. Enciende el fuego
»De la discordia, y sientan las naciones
»Del oro corruptor, que los delitos
»Compra, el poder irresistible. Cerque
»Los tronos altos sedicion traidora,
»Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.
»Rencores, tu amistad; tu paz, oculta

(*) Inglaterra.

»Guerra ha de ser, esclavitud y afrenta
»El favor que los débiles te pidan.
»Ni guardes fé, ni los jurados pactos
»Cumplas: invade, usurpa....." Dijo: y triste
Voz sonando en el puerto de Mnesteo, (*)
Á los cielos clamó: *¡guerra y venganza!*
¡Venganza! repitió desde sus muros,
De bronce armados, Cadiz Eritrea, (**)
Y el Espartario (***) golfo, y la fragosa
Cumbre que cierra el seno brigantino (****)
Clamó: *¡venganza!*..... Al gran rumor confusa
El ánima feroz, gimiendo rompe
La vestidura fúnebre, y abierto

(*) Asi se llamó el cabo y puerto de Santa María. El dia 5 de octubre de 1804 cometieron los ingleses en aquellas aguas el atentado abominable de la sorpresa, combate y apresamiento de cuatro fragatas españolas, que navegando con la plena seguridad que la paz inspira, fueron dolosamente atacadas, por órdenes que el gobierno inglés habia firmado, en el mismo momento en que engañosamente exigia condiciones para la prolongacion de la paz; en que se le daban todas las seguridades posibles, y en que sus mismos buques se proveían de víveres y refrescos en los puertos de España. La fragata *Mercedes* se voló durante el combate con todo su cargamento, su tripulacion y gran número de pasageros, víctimas inocentes de una política tan detestable.

(**) Llamada asi porque, segun refieren muchos historiadores, la poblaron los fenicios que vinieron de las costas del mar Eritreo.

(***) Cartagena se llamó antiguamente Espartaria.

(****) Donde hoy estan los puertos de la Coruña y el Ferrol.

En ancha boca el monte hasta el profundo
Abismo, en él se precipita airada.
CARLOS, la tierra que á tu pie se humilla
Pide venganza. Cumple los deseos
De los que imploran tu favor, y esperan
En nuevas lides, combatiendo audaces,
Castigar al soberbio, que tu nombre
No reverencie y tu poder insulte.....
Arma su diestra, y te darán victorias.

AL NACIMIENTO DE LA ACTUAL CONDESA DE CHINCHON.

—

¿QUÉ voz, hiriendo la region vacía,
Turba el silencio de las selvas, donde
Vivo feliz las fugitivas horas
Que al culto de las Musas, al reposo
Dedico y al placer? La Fama es esta:
Sí, la conozco. Rápida girando
Dilata al aire las doradas plumas,
Suelto el cabello que su frente adorna,
Desceñida la túnica celeste.
Ya el son escucho de la trompa de oro,
Y absorta al gran rumor calla la tierra.
¡Qué grato anuncio el suyo! Salve, hermosa

Prole Real, que del Olimpo al mundo,
Signo de paz el Hacedor envia.
¡Dos lustros de furor, en llama ardiendo
Populosas ciudades, devastada
La verde pompa de Pomona y Ceres,
Teñido en sangre el mar, rotas diademas,
Trastornados imperios!.... Ya la estirpe
Humana advierte, de lidiar rendida,
Que es tiempo cese el funeral estrago.
Ya el dulce nombre de la paz invoca:
La espera, y naces tú. Si alguna inflama
Pura centella del saber divino
A la mente mortal; si en el futuro
Girar del tiempo investigar es dado,
¡Cuántas debe gozar la patria un dia
Mercedes altas de la mano eterna,
Si, ya depuesto el que vibró indignada
Rayo fulminador, de su inefable
Suma bondad el don primero es este!
¡Oh Musas! adornad de nuevas flores
La móvil cuna, y al rumor suäve
Que al aire esparcen las heridas cuerdas,
Descanse en oro y púrpura la dulce
Prenda de vuestro numen generoso.
Grato sueño inspiradla al blando arrullo
De acorde voz, sombra la cerque obscura,

Reine muda quietud, ni el viento mueva
Fugaz sus alas, ni retumbe el rio.
Viva; y en torno de ella los amores,
Las gracias puras, la inocente risa,
La virtud y el placer unidos duren.
Y al estrecharla en cariñosos nudos
La ilustre madre, repetida admire
Su imagen celestial. Vos entre tanto,
Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo
Dado es cantar los Dioses de la tierra,
Para el instante en que vigor robusto
Creciendo en ella su razon se forme,
La voz, la lira prevenid y el verso.
Sepa entonces la estirpe generosa
Que el origen la dió. Verá empuñando
En larga edad el cetro de Castilla
Á los que ya de estrellas se coronan
Abuelos suyos; sostenido el trono
Por la justicia y el valor; vengada
Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,
Y el Salado y Genil correr sangrientos;
África absorta, esclava; osadas proas
Al ignorado imperio de Occidente
Culto y leyes llevar. Verá el terrible
Poder del Asia que en Lepanto espira,
Y la victoria obscurecer de Augusto;

Del hondo Betis á los campos frios
Que al mar usurpa el Belga, del nevoso
Apenino á las bárbaras riberas
Que inunda el Marañon, la gente hispana
Tremolar sus pendones vencedora.
Tales memorias á imitar la exciten
Altos ejemplos de virtud, y en torno
Mire admirada en mármoles y bronces
La gloria de BORBON, á quien el cielo
Quiso el dominio conceder del mundo:
FILIPO, que las cumbres de Pirene
Pasó animoso, á merecer lidiando
El reino que heredó, y uniendo apenas
Al blason español los lirios de oro,
Depone de su frente la corona.
Muerte infeliz le estorba que en suäve
Quietud repose, y otra vez ocupa
El solio, y otra vez reina venciendo
FERNANDO, á quien las artes reverentes
Ciñen guirnaldas de amoroso mirto
Y de olivas pacíficas; y el claro
Sucesor suyo de una y otra Hesperia
Dueño temido, soberano y padre.
Ya el cielo habita, y ya con él permite
CARLOS que en urna breve los despojos
Tambien descansen de su digno hermano,

Dando piadoso á su memoria ilustre
Tardo honor funeral: que tanto pudo
Imperiosa opinion, y asi condena
Los errores de amor, si amar es culpa.
Y vos, Príncipe excelso, á quien corona
De gloria no mortal la amiga mano
De CARLOS mi Señor; si el peso un dia
Del aureo cetro moderar supísteis,
Y humillado á sus pies regir su imperio,
Ved ya del zelo y el afan constante
La adquirida merced, y cuanta anuncian
Próspera suerte, en su natal felice,
Á vuestra sucesion esclarecida
De España el numen tutelar, y aquella
Que divide con él tálamo y trono
Suprema augusta. Asi la edad remota
Verá, con nuevos timbres sublimado,
El nombre vuestro penetrar la obscura
Sombra de olvido, y á pesar del curso
De los años veloz, durar eterno.

SILVA Á D. FRANCISCO GOYA, INSIGNE PINTOR.

Quise aspirar á la segunda vida,
Que agradecido el mundo
Al eminente mérito reserva,
De pocos adquirida
Entre los que siguieron
La inspiracion de Apolo y de Minerva.
Vanos mis votos fueron,
Vano el estudio, y siempre deseada
La perfeccion, siempre la ví distante.
Mas la amistad sagrada
Quiso dar premio á mi teson constante,
Y á ti, sublime artífice, destina
Á ilustrar mi memoria,
Dándola duracion en tus pinceles,
Émulos de la fama y de la historia.
Á tanto la divina
Arte que sabes poderosa alcanza,
Á la muerte quitándola trofeos.
Si en dudosa esperanza
Culpé de temerarios mis deseos,
Tú me los cumples, y en la edad futura,
Al mirar de tu mano los primores

Y en ellos mi semblante,
Voz sonará que al cielo te levante
Con debidos honores,
Venciendo de los años el desvío,
Y asociando á tu gloria el nombre mio.

ELEGÍA Á LAS MUSAS.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro
Y máscaras alegres, que algun dia
Me dísteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya como la edad ligera,
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al numen.
Sé que negais vuestro favor divino
Á la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
No me negueis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un dia,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fue dado

Llevar al fin mi atrevimiento. Solo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
Á prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente,
Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambicion, la patria mia
Abandonaron á civil discordia.

Yo ví del polvo levantarse audaces
Á dominar y perecer, tiranos:
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Ví las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Ímpetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
Á las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desorden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Asi cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesuvio en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;

Y allá del Tibre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia,
Que al Vicario de Cristo da sepulcro.

¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad: bramó iracundo
El huracan, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz: la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos:
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas;
No mas trinos de amor. Asi agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo
Solo en region extraña el oprimido
Ánimo hallar dulce descanso y vida.

Breve será, que ya la tumba aguarda
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar...... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
Á mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella..... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas

De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.



NOTAS.

(1) *Apenas, Fabio, lo que dices creo.* Esta sátira que publicó la Academia española en el año de 1782, y reimprimió despues en la coleccion de obras premiadas, ha sido posteriormente corregida por el autor, para darla de nuevo á la prensa.

Divídese en ella la poesía en sus tres géneros principales: lírico, épico y dramático, prescindiendo de los demas en que estos pueden subdividirse. Asi logró el autor hacer mas metódico y perceptible el plan de su obra, reduciéndole á lo que el poeta canta en la exaltacion de su fantasía y de sus afectos, á lo que refiere celebrando los héroes y los grandes sucesos que le dicta la historia, y á lo que enseña poniendo en el teatro una imagen de la vida, copiando los vicios ridículos ó terribles, para inspirar en el ánimo el amor á la verdad y á la virtud.

En la lírica, despues de hablar de los argumentos triviales y de ningun interes, censura los vicios de estilo, las metáforas violentas, la exageracion, la redundancia, los conceptos falsos, los juegos de palabra, los equívocos y retruécanos. Culpa la perjudicial manía de componer de repente, y la de solicitar el aplauso del vulgo con bufonadas y chistes groseros que desacreditan á su autor y á quien los celebra. Desaprueba en los poetas antiguos el uso destemplado de voces y frases latinas, de que resulta un estilo afectado y pedantesco, aludiendo particularmente á las obras de Góngora,

Villamediana y Silveira: y en los modernos, la mezcla absurda de los arcaismos con palabras, acepciones y locuciones francesas, que alterando la sintaxis de nuestro idioma, destruyen por consiguiente su pureza y su peculiar elegancia.

En la épica, se hace cargo de dos defectos muy considerables: falta y exceso de ficcion. Del primero resultan epopeyas lánguidas, ó mas bien, historias en verso sin artificio alguno poético, y por consecuencia sin interes ni deleite. Por el segundo, la fábula épica se confunde en una multitud de incidentes episódicos que alteran la unidad, y turban el progreso del poema; y cuando en ellos se abusa de lo maravilloso, hacen su narracion increible. Por las indicaciones que da el autor en esta materia, se infiere que consideró como faltos de invencion los poemas de *la Araucana* de Ercilla, *la Mejicana* de Gabriel Laso, *la Nueva Méjico* de Villagran, y *la Austriada* de Juan Rufo; y de imperfectos por el extremo contrario, *el Bernardo* de Valbuena, y *las Lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto. Extiende su crítica á las menudencias pueriles que degradan la sublimidad de la epopeya, á las imágenes repugnantes en las descripciones de las batallas, á los extravíos de la fantasía y á la inoportuna erudicion. Reprueba los gigantes, vestiglos, dragones, estatuas que hablan (y en esto se censuró el autor á sí mismo), carros aéreos, globos y espejos encantados, y otras invenciones derivadas de los libros caballerescos que ya no sufre la filosofía de nuestra edad, y exceden los límites de toda licencia poética.

En la dramática, acusa el autor á nuestros antiguos poetas de haber confundido los dos géneros trágico y cómico, de la inobservancia de las unidades, de la ignorancia de usos y costumbres, de haber aplicado al teatro los argumentos épicos, de no haber dado á sus fábulas un objeto moral ó de

instruccion, adulando los vicios groseros del vulgo, ó recomendando los de otra clase mas elevada como acciones positivamente laudables. No olvida tampoco las impertinentes chocarrerías de los llamados *graciosos*, el culteranismo de damas y galanes, los puñales fatídicos, apariciones de espectros, princesas desfloradas, rondas, escondites, cuchilladas, falso pundonor, lances (mil y mil veces repetidos) de la cinta, de la flor, del retrato, que dan ocasion á tan alambicados conceptos; y el voluntario y trivial desenlace con que finalizan aquellas enmarañadas fábulas. Las comedias de mágia, de santos y diablos, y las de asuntos y personages mitológicos (último exceso del error), merecieron tambien la desaprobacion del poeta.

Al leer la presente composicion, debe considerarse que la Academia solo pidió á los aspirantes al premio una sátira, no un riguroso poema didáctico. Juan de la Cueva escribió en verso (con poco método, redundancia, desaliño, y no segura crítica) una compilacion de preceptos relativos al arte de componer en poesía. Los franceses tienen en su lengua la excelente Poética de Boileau: nos falta en España un poema semejante, y mientras no aparece, solo la *Leccion poética* puede suplirle.

(2) *Si, la pura amistad que en dulce nudo.* Don Gaspar Melchor de Jovellanos, uno de los mas distinguidos españoles que ilustraron los reinados de Carlos III. y Carlos IV., literato, anticuario, economista, jurisconsulto, magistrado, buen poeta, orador elocuente, unió á estas prendas la amabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. Á este hombre célebre debió Moratin una cordial estimacion, que ni la ausencia, ni el tiempo, ni las violentas alteraciones políticas pudieron extinguir ni debilitar. No se omita en el recuerdo de un varon tan ilustre el mayor elogio que

puede dársele: sus ideas y su conducta no eran acomodadas á la edad de corrupcion en que vivia, ni al palacio que nunca hubiera debido conocer. No es mucho pues que el autor de *El Delincuente honrado* padeciese destierros y cárceles, sin que ningun tribunal tuviese noticia de su delito.

Agitada despues la nacion en el conflicto de una invasion extrangera; su Rey ausente; precisada á formar un gobierno para su conservacion y un ejército que la defendiese, volvió Jovellanos á ocupar el puesto que le pertenecia, y á poco tiempo la envidia, la ambicion, los privados intereses, el furor de los malvados le arrojaron de él: que en tales agitaciones y desórdenes nunca es el mando recompensa de la virtud, sino del atrevimiento. Insultado, proscripto, fugitivo de una á otra parte, anciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de *La Ley agraria* un asilo remoto en que poder espirar. Añádase este borron á los muchos que afean la historia de nuestra literatura.

(3) *A vos el apuesto complido garzon.* Los inteligentes dirán cual sea el mérito de esta composicion. Baste asegurar que una obra escrita en el lenguage que hablaron en Castilla nuestros abuelos cuatro siglos hace, en la cual no solo las palabras, sino las frases, el giro poético, la versificacion y las ideas han de suponer la antigüedad que el autor quiso darla, es un esfuerzo muy dificil.

En ella celebró el poeta el casamiento del Príncipe de la Paz con una nieta de Felipe V, y no será la única de las que escribió para el Príncipe, que ocupe un lugar en esta coleccion.

Mientras aquel personage mereció la prediLeccion del Soberano, y dispuso á su voluntad de los destinos de la mo-

narquía, los literatos y los artífices solicitaron su favor, como los prelados, los magistrados, los caudillos, los ministros, los embajadores, los grandes. Árbitro de la fortuna y aun de la existencia de muchos de ellos, ninguno desconoció la necesidad de complacerle: todos frecuentaron sus antesalas, su gabinete y su caballeriza. Distinguió á Moratin entre los humanistas que florecian entonces, y continuamente le estimulaba á escribir. Si algo valen las comedias originales de este autor, á él se le deben, y á la preferencia que daba á sus composiciones entre las muchas que á porfia le presentaban los demas. Error sin duda; pero no el mas grande de los que pudo cometer durante su gobierno.

Ni fue su amigo Moratin ni su consejero ni su criado, pero fue su hechura: y aunque existe una filosofía cómoda que enseña á recibir y no agradecer, y que obrando segun las circunstancias, paga con injurias las mercedes recibidas y solicitadas, Moratin estimaba en mucho su opinion para incurrir en tan infames procedimientos. Entonces trató de complacer á su protector por medios honestos, y entonces y ahora le deseó felicidad y se la desea. Todo el esfuerzo de las pasiones poco generosas, que llegaron despues á trastornar el orden público, habrá sido bastante para despojar á este literato español de cuanto recibió del Príncipe de la Paz; pero no habiéndole privado de su apellido y su honor, mientras los conserve, será agradecido. Esta virtud, que para los malvados es un peso insufrible que sacuden á la primera ocasion que se les presenta, en los hombres de bien es una obligacion de que nunca saben olvidarse.

(4) *¿Quieres casarte, Andrés? ¿Ó te propones.....* Para manifestar los defectos de lenguage y estilo en que han incurrido algunos poetas modernos, imaginó el autor que el medio mas breve era componer un centon de muchas de sus

frases y versos, y presentársele al lector imparcial, para que juzgue lo que su buena razon le dicte. Pudo recoger sus materiales con abundancia entre varios autores; pero le pareció que reduciéndose á cuatro de ellos no mas, facilitaria el cotejo de los pasages del centon con sus mismos originales. Esta precaucion y la de no haber añadido nada de su parte, le proporcionaron el desempeño de su objeto con toda la exactitud que en estos casos se requiere.

No intentó desacreditar en esta *composicion* el mérito de algunos coetáneos, cuyos aciertos reconoce y admira; quiso únicamente rectificar una equivocacion de las muchas que padeció don José Luis Munarriz en sus adiciones á las *Lecciones de Hugo Blair*. Allí se dice que *no se ha de aprender en Garcilaso, Jáuregui, Rioja, Arguijo, Lope de Vega, Quevedo, ni en ninguno de cuantos versificaron en su tiempo, ni en todos nuestros ingenios, hasta el tiempo de Melendez, porque no castigaron sus poesías*, en las cuales comunmente se observa incorreccion y desaliño. Por consecuencia, recomendó como exentas de estos defectos las obras de *Melendez, y las de otros escritores que á ejemplo suyo pulan, corrijan y perfeccionen sus poesías.*

En tanto pues que llega el caso de que nuestra juventud descaminada por tan falsa crítica, desprecie y abandone la lectura de los antiguos poetas españoles, creyendo hallar solo en los modernos las perfecciones que debe imitar, no será enteramente inutil la epístola dirigida á Andrés. Tal vez en ella se echará de ver que Munarriz se equivocó lastimosamente en lo que dijo, y que si deben leerse con precaucion los poetas antiguos, lo mismo debe practicarse con los muy modernos, y que si aquellos fueron incorrectos y desaliñados, algo hay en estos todavía que se pudiera y debiera limar, pulir, corregir, castigar y perfeccionar.

(5) *Ya los felices campos que corona.* Esta oda se escribió á nombre de doña Sabina Conti, natural de Madrid, esposa de don Juan Bautista Conti. Se imprimió en Lendinara con otras poesías italianas y latinas, compuestas al mismo asunto en el año de 1795.

En el año de 1799 un autor vergonzante publicó en Barcelona la misma oda, callando prudentemente de dónde le habia venido la inspiracion poética: aplicó á la festividad del Corpus el argumento, y añadió y quitó lo que le pareció suficiente para hacerla suya. Véase una prueba de su trabajo.

Ya las calles y plazas, que corona
Marcial cordon, y la piedad ocupa,
Oigo sonar con voces de alegria,
Que repiten los ecos.

Llena de pueblo, Barcelona humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
Al Rey triunfados, á cuya planta
Yace el herege impio. etc.

Asi prosiguió con su obra, la cual efectivamente ni puede llamarse original, ni imitacion, ni copia. Con esta misma delicadeza y acierto le han imitado á Moratin varias veces en las composiciones dramáticas: á la manera del dibujante inepto que pasa al trasluz una figura, estropeando todos sus contornos. Entre los varios métodos que se han descubierto para saber sin estudiar, este es el mas breve.

(6) *Flumisbo, el celebrado.* Don Nicolás Fernandez de Moratin nació en Madrid en el año de 1737, y murió en el de 1780. Cultivó con acierto varios géneros de poesía. En sus romances hay pinturas felicísimas que anuncian la fe-

cunda imaginacion del poeta, y el estudio que habia hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *las Naves de Cortés* se considera como lo mas perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestría al Petrarca: en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de lenguage y la armonía de la versificacion son comunes á todas sus obras. Menos apto su talento para la imitacion dramática, dió á luz una comedia y dos tragedias, que aunque muy superiores á todo lo que entonces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía á aquella dificil perfeccion que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los extravíos del mal gusto: sostuvo los buenos principios, y facilitó con su ejemplo el camino á los que le siguieron despues. Las noticias críticas é históricas de su vida, publicadas pocos años hace al frente de sus *Obras póstumas*, dan á conocer cuan benemérito fue este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo, y aún conserva en el aprecio de los inteligentes.

(7) *Id en las alas del raudo céfiro.* Sin abandonar el uso de la rima tan autorizado ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas adoptando en parte la versificacion de griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquellos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximacion (ya que la identidad es cosa imposible) basta un oido acostumbrado á conocer y comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el número y nos parecen prosa: defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imita-

cion aquellos en que no hay este inconveniente, se lograria dar á la versificacion castellana mucha riqueza y variedad.

Gerónimo Bermudez fue el primero que lo practicó en los coros de sus tragedias. Don Esteban de Villegas en su traduccion de Anacreonte y en sus hexámetros, sáficos y adónicos, repitió el mismo laudable atrevimiento, que debiera haber tenido mas imitadores. Aún quedan muchas cuerdas que añadir á la lira española.

(8) *Cupido no permite.* Bajo el nombre de Rosinda celebró el autor en esta oda á María del Rosario Fernandez, á quien llamaron *la Tirana.* Empezó á representar en Sevilla su patria: pasó despues á la compañía de los Sitios, y de alli en el año de 1781 á la que dirigia en Madrid Manuel Martinez. Fue primera dama en ella, y obtuvo los aplausos del público por las bellas prendas naturales que la adornaban, su constante aplicacion al estudio, y el zelo infatigable con que procuraba sostener la celebridad y los intereses de su compañía. Sobresalió particularmente en las comedias antiguas, en las cuales, si no imitó la verdad de la naturaleza (que no siempre es facil á un actor descubrirla en aquellas composiciones) supo á lo menos substituir en su lugar un estilo fantástico, expresivo, rápido y armonioso, con el cual obligó al auditorio á que muchas veces aplaudiese lo que no es posible entender. Su juventud, su gentil disposicion, la nobleza de sus actitudes, su animado semblante, el incendio de sus ojos andaluces, su buen gusto y magnificencia en trages y adornos la hicieron grata á la multitud, y precisaron á los inteligentes á mirar con indulgencia sus defectos. Murió retirada ya del teatro, en el año de 1803, á los cuarenta y ocho de su edad.

(9) *Ya la feliz ribera.* Amenazada Valencia por el ejército francés en el año de 1811, el gobierno de ella mandó

destruir los edificios exteriores mas inmediatos á sus murallas. La orden se cumplió con funesta prontitud, y en pocos dias se demolieron el convento de la Zaydia, una parte del arrabal de Morviedro, el palacio del Real y los parapetos del rio: se cortaron sus puentes, y se arrasó la hermosa alameda que coronaba sus orillas: todo á fin de facilitar la defensa de la ciudad, y la ciudad no se defendió. Pocos meses despues el mariscal Suchet, de acuerdo con el benemérito corregidor y ayuntamiento, hizo restablecer el plantío de la alameda, y formar junto á él una copiosa almáciga: la actividad de los zelosos ciudadanos que intervinieron en ello aseguró el acierto de la ejecucion. Esto alaba el poeta (y no mas que esto), persuadido de que plantar una arboleda en España es accion que merece elogio; y si como fue un francés el que estableció en Valencia un paseo magnífico, hubiera sido un negro bozal de Mandinga, igualmente lo celebrára.

Si en una especie de historia impresa pocos años ha se aplaude que el populacho de Madrid arrancase los árboles que mandó plantar José Napoleon desde palacio hasta la puerta de Castilla, el autor habrá tenido sus razones para adular aquel desahogo frenético de la plebe, hijo solo de su ignorancia. Tal es la variedad de los juicios humanos: el poeta celebra al general francés porque hizo plantar unos árboles, y el historiador se hace panegirista de los manolos porque los arrancan. Alguno de los dos se ha equivocado groseramente.

(10) *¡Te vas, mi dulce amigo.* Es sensible que á la *Historia de la dominacion de los árabes en España,* escrita por don José Antonio Conde, no acompañen algunas noticias relativas á la vida del autor. Bien pudiera haberlo hecho uno de sus mejores amigos, encargado despues de su muerte de concluir la edicion de dicha historia; pero tal vez se le debe

agradecer su silencio. ¿Cómo hubiera podido hablar de los últimos años de aquel literato virtuoso y modesto, sin llenarse de indignacion al considerarle fugitivo, expatriado, perdidos sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y robado y vuelto á robar, por auto de juez y á nombre de la patria? Bien hizo el editor de aquella obra en no escribir su vida. Si el mérito de Conde pudo envanecernos, su suerte nos avergüenza. Bueno es callar las aflicciones que tuvo que sufrir: bueno es que se ignore que un sabio español, en el ilustrado siglo décimonono, debió á la sensibilidad de sus amigos los últimos auxilios de la medicina, y los honores del sepulcro (*).

(11) *Deja tu Chipre amada.* El autor estudiaba á Horacio traduciéndole. No hay medio mas seguro de conocer hasta adonde llega el mérito de aquel poeta, y la superioridad del idioma en que escribió, comparado con los modernos. En las

(*) Cuando por un efecto de los acontecimientos políticos del reino recibió orden la Academia de la Historia en noviembre de 1814 para borrar de su catálogo algunos de sus individuos, entre ellos á don José Antonio Conde, mostró el mas grave sentimiento, y de ello hay señales en el acta del dia en que recibió la orden y en otros monumentos académicos posteriores. En los años siguientes, y en épocas de muy diversa naturaleza, la Academia hizo y repitió diligencias enérgicas para reparar tan dolorosa pérdida y recobrar sus amados compañeros. Habiendo facilitado algunas circunstancias particulares la vuelta de Conde á la corte, la Academia la aceleró con su influjo, la apoyó eficazmente en sus informes, y logró en fin el deseado fruto de sus esfuerzos. Los académicos todos, que no cedian á Moratin en el aprecio de aquel virtuoso y modesto literato, se dieron la enhorabuena por su vuelta, que se verificó en virtud de Real orden el año de 1816. La Academia le abrió espontánea y oficiosamente sus puertas; le vió con gozo restituido otra vez á su silla; le nombró bibliotecario y anticuario, cargos de la mayor distincion y confianza en el Cuerpo; y le alojó en el mismo edificio y aposento de sus juntas. En él habitó Conde lo que le restó de vida; en él contrajo su última enfermedad, y en él falleció asistido y llorado como un hermano por todos los académicos el dia 12 de junio del año 1820.

Estos hechos fueron públicos: Moratin era demasiado amigo y familiar de Conde para que no llegasen á su noticia: ¿cómo puede ajustarse la nota precedente de Moratin con los hechos? La Academia lo ignora. *(Nota de la Academia.)*

traducciones que contiene esta coleccion, se verá el deseo laudable de acertar, y la dificultad de conseguirlo.

(12) *Febo desde la tierna infancia mia.* Don Juan Bautista Conti, literato italiano, vivió largas temporadas en Madrid durante los reinados de Carlos III. y Carlos IV. Su caracter amabilísimo y su exquisito gusto en la poesía le facilitaron el trato y amistad de los sugetos mas instruidos de la corte, y entre ellos la de Moratin el padre. Muerto este, le debió su hijo un cariño constante, y con él, los mas acertados consejos acerca del estudio de las buenas letras y la eleccion é imitacion de los mejores modelos, de los cuales le enseñaba á percibir los aciertos y á notar los errores. Las traducciones que hizo Conti de nuestros mas acreditados poetas, y las notas con que las ilustró, manifiestan cuan util pudo ser su trato á un joven que empezaba entonces la carrera poética sin los auxilios que hubiera podido hallar en su padre, cuya celebridad aumentaba su temor y su desconfianza.

Entre las muchas poesías de Conti que han quedado manuscritas, no será indiferente á los lectores españoles un elogio que hizo del conde de Floridablanca, reduciéndole al siguiente soneto:

Fra i cari suoi vanta la gloria un figlio,
Che vivirai pria nel senato ibero
Sparse d' alta dottrina e di consiglio;
Poi dove han trono i successor di Piero.

Ei, fra l' ire di Marte e nel periglio,
Resse lo stato, e frenò l' anglo altero:
Tolse la patria all' africano artiglio,
E dell' Egéo le vie schiusse al nochiero.

Per lui Pallade ha tempio; e là, di quante
Natura erbe creò chiostra verdeggia:
Per lui piano è il cammin su gli ardui scogli.

Uom, non di fregi e d' or ch' offre la reggia,
Ma de suoi rè, ma di sua patria amante.....
Deh! si gran dono, ò ciel, tardi ritogli.

(13) *Basta, Cupido, ya, que á la divina.* El soneto se ha considerado siempre como la mas dificil de las composiciones cortas. Boileau siguió esta opinion, asegurando que apenas entre mil sonetos franceses, se hallarian dos ó tres dignos de estimacion. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España: pocos hay que puedan contarse por excelentes entre la multitud innumerable de ellos. Es evidente la dificultad del acierto; pero no debe sacarse la consecuencia que algunos críticos modernos han querido establecer como principio, afirmando que la perfeccion de un soneto cuando llega á lograrse, no vale el trabajo que cuesta, y que por consiguiente es un género que sería bueno abandonar. Nada de esto es cierto. Los buenos sonetos, vencida la dificultad que se ofrece al hacerlos, premian sobradamente la fatiga de su autor; y si no han de cultivarse en la poesía otros géneros que los muy fáciles, poca estimacion merecerán los que se dediquen á ella. Los Argensolas, Góngora, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Arguijo, Lope, Jáuregui, Herrera y otros, escribieron algunos sonetos iguales en mérito á sus mas estimadas obras; y si las dificultades que presenta su composicion les hubiesen retraido de hacerlos, aunque es verdad que no se hubieran escrito algunos millares de sonetos conocidamente malos, tambien lo es que no tendríamos una porcion de ellos que pueden competir con los mejores de Italia. No se extravíe á la juventud

con falsos raciocinios: no atajemos las sendas que dirigen á la inmortalidad; y si carecemos del talento y gusto necesarios para sobresalir en tales ó tales géneros, no nos empeñemos en desacreditarlos, esterilizando la fantasía de los demas con la propagacion de doctrinas absurdas.

Es dificil hacer un buen soneto; luego no se deben escribir sonetos. Tampoco es facil componer un poema épico, una tragedia, una comedia, una oda; luego no debe cultivarse ninguno de estos ramos de la poesía. Si lo que es dificil no ha de intentarse, ¿qué podrá escribirse? Nada, sino alguna compilacion indigesta de preceptos impertinentes aplicados á la teoría de las artes, que no háyamos practicado jamás.

(14) *Hoy que cerrado el templo de Belona*. La exposicion de los productos de la industria francesa sorprendió en el año de 1819 á cuantos la vieron. No era de esperar que aquella nacion, habiendo sostenido por espacio de mas de cinco lustros una guerra sangrienta contra todas las demas de Europa, ya defendiéndose, ya usurpando, ya vencedora, ya vencida, hubiera podido seguir cultivando en sus talleres y sus fábricas las artes industriales, que se han considerado siempre como frutos exclusivos de la paz. Los extrangeros admiraron el progreso de todas ellas, desde los utensilios rurales, á las máquinas mas ingeniosas; desde el barro endurecido al fuego para usos domésticos ó para la construccion de edificios, hasta las porcelanas y los cristales. Curtidos, encajes, lienzos, paños, bordaduras, tapices, muebles, grabados, pinturas, estatuas, joyas, flores, plumas, productos químicos, ediciones, encuadernaciones, péndulos, globos, armas, instrumentos músicos; cuanto es necesario á la vida social, cuanto puede apetecer el gusto mas delicado del hombre opulento, otro tanto se vió reunido en el palacio del Louvre, nunca mas suntuoso que en aquella ocasion.

(15) *Tú solo el arte adivinar supiste.* Isidoro Maiquez, natural de Cartagena, tejedor de sedas, aficionándose al teatro desde su juventud, empezó á representar en las compañías cómicas de Valencia. Tal es el principio que han tenido casi siempre los actores de España. Hijos de padres humildes, aplicados tal vez á algun ejercicio mecánico, inclinados á ver comedias y representarlas, y resueltos por último á abandonar su oficio por un arte en que es tan dificil acercarse á la perfeccion, sastres, carpinteros, impresores, zapateros, bordadores, peluqueros, monaguillos, soldados, cocheros, tejedores, confiteros, albañiles; esto han sido en sus primeros años los que con mas ó menos habilidad han ocupado la escena española desde Lope de Rueda hasta nuestros dias. Lo que ciertamente debe asombrar, es que entre tales cómicos hayan sobresalido algunos, no inferiores en su clase á los mas celebrados de los teatros extrangeros. ¡Qué fuerza de talento natural han necesitado para formarse, cuando les faltaban los auxilios de la educacion, de la instruccion, del trato culto de la sociedad; en suma, cuando era necesario que cada uno de ellos buscase y hallara los principios de un arte que nadie enseña entre nosotros! Pero como sea cierto que los primeros hábitos determinan para en adelante el caracter intelectual y moral de los hombres, toda la habilidad de nuestros mejores cómicos se ha reducido siempre á la imitacion de la ridiculez vulgar, y han sido muy pocos los que hayan sabido acercarse á la delicadeza, á la gracia decorosa, á la urbanidad y elegante expresion de la buena comedia. No llegando á esto, ¿quién deberia exigir de ellos la sublimidad que pide la tragedia en su declamacion robusta, heróica, patética y vehemente?

Maiquez, despues de haber representado algunos años en Madrid sin aplauso (actor extremadamente frio, que enten-

dia y no expresaba sus papeles) pasó á Francia en el año de 1799: vió en París el teatro francés, y no necesitó mas. Estudió á Talma con una atencion reflexiva de que él solo era capaz. La accion, el gesto, la entonacion, las transiciones, los extremos de dolor, de alegría, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de furia, cuantos afectos componen la imitacion trágica, otros tantos observó y retuvo; y como su defecto único era la frialdad, no halló en sí obstáculo ninguno que vencer, ni un solo resabio que destruir. Aun hizo mas. Conoció que no debia copiar, sino imitar los excelentes modelos que veia en el género trágico y cómico; y penetrada la razon del arte, variar, modificar su declamacion, y establecer la línea que debe separar la expresion francesa, de la que puede ser agradable á un auditorio compuesto de españoles.

Cuando volvió á Madrid, se dijo al ver sus primeras representaciones que copiaba á Talma en las mismas piezas que él repetia traducidas á nuestra lengua; pero cuando se le vió desempeñar otras que se habian escrito despues que él vino de Francia, se echó de ver que no era un copiante servil, sino un profesor eminente. Tambien se dijo (¿qué desaciertos no dice la envidia?) que en la tragedia era muy buen actor; pero que solo hacia tragedias; y que persuadido él mismo de su nulidad para los caracteres de nuestras comedias antiguas, siempre se abstendria de representarlas. Herido su orgullo (que era igual á su mérito) conoció la necesidad de sobresalir en todos los géneros para confundir á la ignorancia, y lo consiguió representando personages y afectos de tan diferente naturaleza, que parecia imposible aspirar en todos ellos á la perfeccion; y él supo hallarla. *Garcia del Castañar*, *Fenelon*, *el Vano humillado*, *Otelo*, *Orestes*, *el Pastelero de Madrigal*, *la Casa en venta*, *el mejor Alcalde el*

Rey, *la Zaira*, *el Rico Hombre de Alcalá*, *el Distraido*, *Pelayo*, *el Convidado de Piedra*, *Numancia destruida;* en suma, las tragedias extrangeras, las españolas, las piezas ligeras del teatro francés, las antiguas y modernas del nuestro hallaron en él un actor que nunca ha tenido semejante.

Ensayaba á sus compañeros en los papeles que habian de hacer con él; pero nunca trató de darles una instruccion metódica del arte, ni les comunicó las máximas que él habia adoptado como principios seguros para acertar en él. Su habilidad fue un secreto: ni tuvo rivales, ni quiso discípulos: con él empezó la gloria de nuestro teatro en la representacion, y con él acabó.

Su vida fue una continua alternativa de satisfacciones y disgustos. Empeñado y pobre muchas veces, otras opulento; desterrado por el gobierno de José Napoleon, y restituido despues por el mismo á la patria. Cuando ésta logró sacudir el yugo extrangero, Maiquez, digno intérprete de las ideas de libertad, excitó el entusiasmo general con la imitacion de afectos y acciones heróicas, recibiendo en la escena coronas y aplausos, hasta que por último llegó á verse otra vez odioso á la corte, desterrado, falto de salud y medios, y en edad que no resiste como la juventud á los desaires de la fortuna. En vano la generosa amistad de sus compañeros procuró dilatar su vida, haciéndola menos infeliz. Murió en Granada en el año de 1820.

(16) *¿Qué será que habiendo sido.* Hombres hay de tan adusto humor, que no solo no se rien, sino que se enfadan de que se rian los demas. Si por ellos fuese, no existirian en la república de las letras ni el asno de Sancho, ni la francida Zapaquilda. Suponen que toda composicion festiva y alegre es cosa de menos valer: como si fuera facil encubrir la instruccion con el deleite, pintar la deformidad del vicio en-

tre chistes y donaires, y excitar sin torpeza la risa de los hombres de ilustrado talento, la de las matronas y honestas vírgenes. Tal es nuestro orgullo, que no sufrimos la censura sino disimulada en formas halagüeñas: solo asi pierden su repugnante austeridad los preceptos filosóficos, y nunca se reciben mejor que cuando el poeta sabe hermosearlos con las pinturas agradables, los conceptos agudos, y las gracias de la ironía.

Los errores y defectos humanos excitaron la risa de Horacio y la cólera de Juvenal: uno y otro, proponiéndose un objeto mismo, acertaron á desempeñarle por camino diverso. Cada uno de ellos siguió su natural inclinacion. Sígala tambien el que aspire á sobresalir en cualquiera de las artes imitadoras. No se obstine en ser gracioso el que no debió á la naturaleza las cualidades que se necesitan para serlo; pero el que las tenga, no dude que en la poesía graciosa y ligera cultiva un género de muy dificil ejecucion.

Esta (considerándola en toda la extension que admite) exige un plan poético; una conveniente distribucion de sus partes; proporcion y oportunidad en sus ornatos y episodios; un objeto de utilidad al cual vayan encaminados todos los medios; imitacion constante de lo verdadero y de lo bello; eleccion y sobriedad en las descripciones; variedad y graduacion en los caracteres; expresion en los afectos; solidez en el raciocinio; agudeza y decoro en las burlas; inteligencia en el uso del idioma; pureza en el estilo; facilidad y armonía en la versificacion. Cuando en una composicion burlesca lleguen á reunirse estos requisitos indispensables, el que la desprecie merece lástima.

(17) *Cosas pretenden de mí.* En esta obra no hizo el poeta otra cosa que trasladar los diálogos que diariamente se repetian acerca de su persona y sus escritos. Su médico y ami-

go don Rafael Costa, le aconsejaba lo que mas convenia al estado de su salud poco robusta. Algunos de los muchos amigos y apasionados que tenia, deseaban que cada mes compusiera una comedia. Llenábanle de elogios exagerados (que la amistad es á veces tan ciega como el amor), y á vueltas de esto, abundaban en la máxima de que convendria sujetarle á una contribucion poética; lisonjeándose de que precisado á escribir para medrar, enriqueceria la escena española con mas acierto que los Zabalas, Moncines y Valladares, cuya fecundidad infeliz abominaban todos los hombres de sana razon. Entretanto sus enemigos (que no eran pocos) decian las mismas ó mayores necedades que el autor les hace decir en este romance. Todo su mérito consiste en la fidelidad de la copia: nada hay de invencion. Hasta el personage de Geroncio es traslado puntual de uno de los pedantes de aquel tiempo, á quienes incomodaba como ofensa propia la celebridad de Moratin.

(18) *No existe ya; pero dejó en el orbe.* El célebre Muhamet Ben Abi Amer, llamado Almanzor, floreció en los últimos años del siglo décimo. Cultivó su talento con buenos estudios de filosofía y literatura, se instruyó en el dificil arte de gobernar á los hombres, y le practicó haciéndose amar y obedecer; pero en aquella edad era poco seguro el mando, si no acompañaban á las prendas políticas el valor, la astucia, la actividad, la constancia, la robustez que pide el ejercicio de la guerra; y todas estas cualidades se reunieron en aquel hombre extraordinario. Nombrado Alhagib, dignidad que lo hacia segundo gefe del imperio, juró (y lo cumplió) perpetuo aborrecimiento á los cristianos, como Anibal lo hizo en daño de Roma. Su existencia fue una continua calamidad para sus enemigos, á quienes venció en mas de cincuenta batallas. Barcelona, Atienza, Osma, Simancas, Astorga,

Leon, Santiago y otras ciudades y fortalezas sitiadas, saqueadas y arruinadas por él, le abrieron el paso á toda la tierra adonde quiso llevar sus pendones. Todos los años volvia á Córdoba lleno de despojos, y precedido de millares de cautivos; y mientras se prevenia para nuevas empresas, fomentaba todos los ramos de la felicidad pública, administraba justicia, favorecia la industria, la agricultura y las artes: asistia á las academias, oia los discursos de aquellos sabios, se complacia con los versos de sus poetas, y los premiaba generosamente. Solo una vez le fue contraria la fortuna; y no supo aquella alma terrible sobrevivir á su desgracia. La batalla de Calatañazor fue tan sangrienta, y quedó su ejército tan disminuido de soldados y tan escaso de capitanes, que solo trató de aprovechar la obscuridad de la noche para retirarse en buena ordenanza. No quiso entrar en Córdoba con la nota de vencido: negóse á la curacion de sus heridas; y llevado por los suyos en andas, su despecho le quitó la vida cerca de Medinaceli, á los sesenta y cinco años de edad: su hijo Abdelmelic le dió sepultura, cubriendo el cadaver con el polvo de sus batallas.

No acuerda la historia de muchos siglos otro alguno que pueda compararsele: la gloria de nuestro Cid, que floreció pocos años despues, se obscurece al nombre de Almanzor.

(19) *En esta venerada tumba, humilde.* Don Francisco Gregorio de Salas, capellan de las Recogidas de Madrid, vivió muchos años en la corte estimado de cuantos le conocieron por la amenidad de su ingenio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversacion, su probidad y sus costumbres inocentes. Copió en sus obras á la naturaleza; pero no la imitó, no supo hermosearla. Entre muchos epigramas que compuso, se hallan algunos muy graciosos: el *Observatorio rústico*, la pintura de *La calle de san Anton*, y

alguna otra de sus óbrillas burlescas merecen leerse. Su persona valia mas que sus escritos.

El Príncipe de la Paz quiso varias veces favorecerle, y darle alguna de las mejores prebendas de España. Salas se lo agradecia, y le suplicaba que no le sacase de su cuartito de la calle de Hortaleza, ni le apartase de la compañía de sus monjas. Tenia un hermano, exento de guardias, y una tarde subiendo Carlos IV. por la calle de Alcalá, el hermano de Salas que iba al estribo del Rey, le dijo: *Señor, aquel clérigo que se quita el sombrero es mi hermano Paco.* Mandó el Rey parar el coche, y que llamasen al capellan, el cual se acercó sin admiracion, sin timidez ni orgullo. Le habló el Rey cariñosamente, diciéndole lo mucho que le agradaban sus versos, y el gusto que tenia de leérselos á la Reina: le encargó que no dejase de enviarle por medio de su hermano cualquiera cosa que en adelante escribiese. Salas agradeciendo el favor de S. M., prometió cumplir el encargo: despidiéronse, y el concurso que rodeaba al buen sacerdote, ya le suponia maestrescuela de Sevilla, arcediano de Alcira, ó abad de santa Leocadia; pero ignoraban todos hasta donde llegaba su moderacion filosófica. Las máximas de honesta pobreza con que otros versificadores de su tiempo (devorados de envidia y ambicion) rebutian fastidiosamente sus opúsculos éticos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectacion ni soberbia. Los niños corrian á buscarle cuando le veian de lejos; le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza, y en efecto la merecia. Honor á la sencilla virtud: que de esto hay poco.

(20) *¡Oh cuánto padece de afanes cercada.* Hay críticos que desaprueban sin distincion toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religion no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de He-

licona. El que no trate de reducir á formas poéticas las cuestiones de la teología, no dejará de hallar, si sabe buscarlos como otros lo han hecho, argumentos sagrados, propios de la lira, de la epopeya ó del coturno trágico. Los hebreos nos ofrecen abundante materia para la poesía. La creacion; el paraiso; el diluvio; los amores de Jacob; la interesante historia de José; la fuga de los hijos de Israel, retirándose el mar para facilitarla y hundiendo en sus abismos el ejército de Faraon; Josué, dilatando el dia para dar término á su victoria; David, aplacando al son de las cuerdas al feroz Saul; Jezabel despedazada; la soberbia Athalia; la humilde Estér; el paciente Job. Los que no hallen modelos poéticos en tales historias, no los busquen mejores en todas las fábulas del paganismo.

No son tan abundantes los que ofrece la ley de gracia, cuyos misterios, donde son meramente dogmáticos, nada prestan á la composicion; pero en los que son históricos, no sucede lo mismo. La Anunciacion, el Nacimiento de Jesucristo, la Descension al limbo, la Ascension, el Juicio final, bien pueden excitar la imaginacion del poeta. Bien pueden mover su sensibilidad los incidentes de mayor interes, que elevan á un alto grado de heroismo la constancia maravillosa de muchos mártires. El Infierno y el Serafin rebelde, que amenaza en su desesperacion la ruina del hombre; los tormentos que alli padecen los que menosprecian en el mundo las leyes eternas de la justicia y la virtud, presentan objetos terribles, que han sido ya digna materia para el Dante, para el Tasso y Milton. El cielo, morada de los justos, descanso de tanto afan, premio del inocente, del oprimido, del humilde; la presencia del inefable Numen; los Angeles, ministros suyos que le adoran y le bendicen, muchas imágenes ofrecen al estro poético. Una muger la mas perfecta de las criaturas, la

mas inmediata al trono de Dios, medianera entre él y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará mas digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus ficciones halagüeñas, no supo inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres.

Cierto es que prescindiendo de algunas pocas composiciones sagradas, obra de nuestros mejores poetas, son las demas tan defectuosas, tan pueriles, tan chavacanas y ridículas, que no parece sino que sus autores se propusieron escarnecer lo mas respetable de nuestra creencia. Pero no fue su intencion el origen de tanto yerro; fue su ignorancia: no eligieron bien su argumento, no acertaron á desempeñarle. Ó él no se prestaba á las formas poéticas, ó ellos eran poetas ineptísimos, de cuyo talento nada podia esperarse que no fuese absurdo.

Lo peor es que esta clase de obras, no solo ha entretenido la ociosidad del vulgo en las plazas y callejuelas, sino que auxiliado de la música ha resonado en nuestros templos, introduciendo en ellos una culpable profanacion. Véanse las colecciones de motetes y villancicos cantados de muchos años á esta parte en las principales iglesias de España, y diga el que lo alcance, cómo ha podido sufrir el clero (tan rígido censor de las libertades del teatro) lo que se ha cantado y se canta delante de los altares, interrumpiendo con episodios tan indecentes y groseros la religiosa pompa de sus misterios y sacrificios.

INDICE

DE MATERIAS CONTENIDAS EN LOS CUATRO TOMOS DE ESTA EDICION.

El primer número indica el tomo: *el segundo la* página.

*


UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SANTA CRUZ
3 2106 01499 5382



